







# LAS MUJERES CUENTAN





# LAS MUJERES CUENTAN

IX CONCURS LITERARI DE NARRATIVA PER A DONES

 GENERALITAT VALENCIANA  
CONSELLERIA DE BENESTAR SOCIAL

PLAN DE IGUALDAD DE OPORTUNIDADES  
PIO  
ENTRE HOMBRES Y MUJERES  
2006-2009



CONSELLERIA DE BENESTAR SOCIAL  
Hble. Sr. Juan G. Cotino Ferrer  
Vicepresidente Tercero del Consell  
y Conseller de Bienestar Social

*Diseño de portada y maquetación*  
Devicienti Servicios Gráficos

*Impresión*  
CENTRO ESPECIAL DE EMPLEO IVADIS

Primera edición: abril 2009  
© de los textos: las autoras  
© de la presente edición: Generalitat Valenciana, 2009

ISBN: 978-84-482-5189-5  
Depósito Legal: V-1410-2009

# SUMARI

<b>Pròleg</b>	9
<b>Conferència</b>	13
<i>Mujeres escritoras: del lápiz al ordenador.</i> Gloria de Frutos	13
<b>Primer premi</b>	
<i>Antes de tiempo.</i> Marta Salvador Vélez	27
<b>Accèssit associacions</b>	
<i>Croquetas.</i> Gemma Membrives Sarabia	37
<b>Accèssit lliure</b>	
<i>L'aigua miraculosa.</i> M <sup>a</sup> Dolores González Albert	47
<b>Finalistes</b>	
<i>La memoria trasladada.</i> Antonella Abatilli	65
<i>Una casa sense andana.</i> M <sup>a</sup> Carmen Antich Brocal	75
<i>Pacient 302: Susana - Diagnòstic: Anorèxia nerviosa.</i> Virginia Ballester Martínez	89
<i>¡Generación Coraje!</i> Pilar Cabanes Domingo	105
<i>La dona bonica de la bronxa.</i> Vicenta Maria Devesa Pérez	115
<i>¿Puede entrar mi señora?</i> Andrea Díaz Barrón	121

<i>La veritat més contundent que segueix la vida.</i>	
Elena Fuertes Ibáñez	127
<i>Muñeca de arena.</i> Yasmina Galán Pons	141
<i>2 y 1= XXI Sesgos de vida.</i> Berta Gil Alonso	155
<i>Un sueño hecho un fraude.</i>	
M <sup>a</sup> Dolores González Albert	169
<i>Los sellos de Tomás.</i> Cielos de Gracia Gomis	183
<i>Lazos de sangre.</i> Amparo Grífol Rubio	191
<i>El cumpleaños de María.</i> Isadora Guardia Calvo	205
<i>Cucarachas en vela.</i> Rocío Macho Ronco	215
<i>Berta, la funambulista.</i> Rocío Macho Ronco	227
<i>Hilvanes del tiempo.</i> Stella Manaut Roca	239
<i>De momento.</i> M <sup>a</sup> E. Martínez Iglesias	247
<i>Amor, (c'est tout).</i> María Moreno Vilches	257
<i>El botón dorado.</i> Elena Pérez Pastor	271
<i>Las saetas del reloj.</i> María Ponce Moya	289
<i>Nereida.</i> Rosario Leal Salcedo	305
<i>Un corazón en cada orilla.</i> Teresa Rubira Loren	315



La iniciativa que la Generalitat desarrolla desde el 2001, de publicar una selección de los mejores relatos presentados al Concurso de Narrativa para Mujeres residentes en la Comunitat Valenciana agrupadas en la conocida serie *Las Mujeres Cuentan*, alcanza en esta ocasión su novena edición. A este certamen concurrieron un total de 176 obras, en un esfuerzo de divulgación de la escritura femenina que, como tenemos a gala recordar, es pionero en nuestro país.

El tiempo transcurrido y la calurosa acogida que cada nuevo libro obtiene, tanto entre el público femenino, destinatario privilegiado del mismo, como los círculos literarios de nuestra Comunitat y más allá de ella, dan fe de la extraordinaria vitalidad de la creatividad femenina y del interés que ésta despierta. A su vez, corrobora el acierto de la decisión adoptada de crear un concurso específico de mujeres y de ofrecer a sus participantes la posibilidad de ver editados sus escritos.

Aunque la dotación económica del premio es importante, el mayor aliciente para las concursantes y lo más valorado por ellas, es la oportunidad de dar a conocer lo que han elaborado, de ver publicada su obra sorteando las trabas que la edición comercial comporta así como la amplia difusión que después se le da al libro. Esto supone una plataforma de lanzamiento que a alguna de ellas les ha permitido introducirse en el mundo de la literatura.

Con este nuevo ejemplar se continúa una trayectoria al servicio de la cultura, de la expresión femenina y de su promoción, que esperamos siga cumpliendo con los



finas asignados: poner al alcance de cualquier persona interesada la literatura escrita por mujeres, sirviendo de base para su estudio e investigación, además de servir de estímulo para que otras valencianas, con vocación de hacerlo, se decidan a escribir, y en su caso, a participar en el Concurso.

Estamos seguros de que los relatos que ahora ofrecemos al lector o lectora estimularán su imaginación y le llevarán a disfrutar de buenos momentos.

Juan G. Cotino Ferrer  
Vicepresidente Tercero del Consell  
y Conseller de Bienestar Social





La cita anual que la Dirección General de la Mujer y por la Igualdad tiene con las mujeres que escriben de manera no profesional en la Comunitat Valenciana a través de nuestro Concurso de Narrativa se traduce, materialmente, en el volumen de Las Mujeres Cuentan correspondiente a cada convocatoria.

Año tras año, se aprecia la calidad de las obras presentadas, la variedad y la actualidad de los temas tratados, así como el interés que el concurso despierta en los más diversos lugares, desde pequeñas poblaciones rurales hasta grandes urbes como Alicante, Benidorm o Castellón, y entre las más variadas capas de la población: amas de casa, estudiantes, profesionales; de todas las edades, desde aquellas que todavía no han alcanzado la mayoría de edad, hasta las que viven la plenitud de la madurez.

Ello evidencia la consolidación del Concurso, el eco despertado entre las mujeres y el prestigio alcanzado en toda la Comunitat dentro del enmarañado mundo de los concursos literarios que convocan las instituciones públicas y privadas.

La amplia difusión que se da a esta publicación responde al objetivo primordial de creación del concurso: dar visibilidad a la obra literaria de las mujeres, estimulando y posibilitando que ellas escriban, como siempre lo han hecho, y conseguir la máxima publicidad haciéndola llegar a los mayores espacios culturales.

Quizá lo más importante de todo para estas escritoras que han hecho el esfuerzo de dar vida a un relato y participar en un certamen ajustándose a unas determinadas



bases, sea que sus creaciones lleguen a otras mujeres interesadas en la literatura y también a los hombres, para que sirvan de base a cursos de animación a la lectura.

Nos consta que varias ediciones de “Las Mujeres Cuentan” han sido trabajados en talleres por Asociaciones de Mujeres y clubes de lectura de bibliotecas. Esto por sí sólo justificaría los nueve libros editados y es motivo de satisfacción para aquellas personas que hacen posible el concurso: mujeres participantes, jurado y administración que la convoca.

Celia Ortega Ruiz

Directora general de la Mujer y por la Igualdad





# CONFERÈNCIA DE GLORIA DE FRUTOS







# MUJERES ESCRITORAS: DEL LÁPIZ AL ORDENADOR

*Gloria de Frutos*



Estar en la entrega de premios de la IX edición del Concurso Literario de Narrativa para Mujeres, y tener el privilegio de dirigirme a todas y todos ustedes, tiene para mí un significado muy especial, porque hace siete años, en este mismo lugar, obtuve el primer premio un relato mío. Era mi primer premio literario, el segundo premio fue verlo publicado al año siguiente en *Las mujeres cuentan*. Puedo decir, con toda sinceridad, que aquella circunstancia cambió de alguna manera mi trayectoria literaria, efectivamente hay un antes y un después en mi vida, tras aquel reconocimiento, que me animó a seguir escribiendo.

Con el dinero del premio me compré un ordenador portátil, se acabó depender del horario lectivo de mis



hijas y de guardar turno para poder escribir o imprimir mis relatos. Cuando me vi frente a mi nuevo soporte informático me vino a la memoria la figura de Virginia Wolf y pensé que si la escritora hubiera vivido en el siglo XXI, además de hablar de las excelencias de una habitación propia para las mujeres, y de poseer una economía suficiente para no depender de nadie, también hablaría de la necesidad de tener un ordenador personal que dotara de autonomía y protegiera la intimidad de las escritoras.

Inevitablemente, cuando un suceso importante aparece en nuestra vida, solemos hacer un balance de todas las circunstancias que nos han llevado a cumplir un sueño, como era en ese caso, recibir un premio literario. Evoqué mis principios como escritora o mejor dicho como escribiente, sonreí al recordar el momento que cogí por primera vez el lápiz, que me hizo un cayo en los dedos, de tanto apretarlo para hacer unos aburridos palotes, o la etapa en la que la caligrafía con letra inglesa era un tormento, tarea que realizaba meticulosamente con un palillero y una plumilla mojada en tinta Pelikán. Las personas de mi generación saben de la amenaza de los temidos borrones que salvábamos con el socorrido secante. Tener una pluma estilográfica en aquella época era todo un lujo que sólo algunas privilegiadas disfrutaban y que como mucho al cumplir mayoría de edad, entonces a los 21 años para las mujeres, nos regalaban los padres como premio por haber alcanzado la madurez. También evoqué, al contemplar mi flamante ordenador, la llegada del bolígrafo, invento del yugoeslavo Laszlo Biro a primeros

del siglo XX, patentado hacia los años cuarenta y que en España no se comercializó hasta los años sesenta, una década que marcó cambios notables en los hábitos ciudadanos. El “boli” suponía una novedad muy útil para escribir en cualquier lugar y en cualquier momento.

Recuerdo también que la primera máquina de escribir que tecléé, fue una antigua Underwood que alquilaba por horas, porque eran tiempos de sobriedad económica que no daba más que para consumir sólo lo necesario. A saber qué dedos habrían acariciado aquellas teclas antes que los míos, me gustaba imaginar que quizás en esa misma máquina Pedro Salinas escribiera: “Quietas, dormidas están,/las treinta, redondas, blancas./ Entre todas/ sostienen el mundo”<sup>1</sup>.

Cuentan que León Tolstoi fue el primer escritor que utilizó esta nueva invención, en 1885. Además “permitió” que su hija aprendiese el manejo, y con el tiempo, le dictó sus obras y su correspondencia, por lo que la hija de Tolstoi se convirtió en la primera dactilógrafa de Europa. Tras este recorrido mental por la evolución de las diferentes herramientas utilizadas para escribir, me di cuenta de que las personas no somos lo que somos de manera individualizada, sino que somos la consecuencia de todas las que nos han precedido, como parte del entramado social al que pertenecemos.

---

<sup>1</sup> Salinas, Pedro. Poema “Underwood girls” en el libro *Fábula y signo* (1931)



De esta manera acudieron a mi memoria las escritoras que a lápiz o a tinta han ido transformando la sociedad que les tocó vivir y de las que de alguna manera soy deudora, y a las que quiero rendir un humilde homenaje, en este acto que premia la labor literaria de las mujeres actuales de nuestra comunidad.

Son muchas las que podría citar pero he elegido a cuatro mujeres que no sólo han destacado por su obra literaria sino por su compromiso con la cultura y la lucha por superar desigualdades entre hombres y mujeres: Emilia Pardo Bazán, Gabriela Mistral, María de Maeztu y Carmen Conde.

Emilia Pardo Bazán, fue la pionera del relato breve, de los que se contabilizan alrededor de quinientos, además dominó todos los géneros literarios, desde la novela a los artículos periodísticos, pasando por las crónicas de sociedad a la que ya bautizaba con el apelativo de “chismografía”, seguramente hoy Doña Emilia emplearía un calificativo más fuerte para denominar un género tan denostado.

Pero sin duda fue el tema de la promoción social, cultural y política de la mujer española, el que más le preocupó durante toda su vida. A través de sus ensayos *La mujer española* y *La educación del hombre y de la mujer*, se vislumbra la clara postura de la autora, a favor del reconocimiento del derecho de la mujer a recibir una educación idéntica, en contenidos e intensidad, a la del hombre. Educación que, debe redundar en la mujer misma, pues ésta es, citando sus mismas palabras “un ser

libre, capaz de bastarse a sí misma y ocupar dignamente su puesto en la sociedad". Emilia Pardo Bazán también denunció el problema de violencia de género en su obra novelística. "Doña Milagros", protagonista de la novela del mismo título, es tal vez el ejemplo más claro, ya que estuvo a punto de morir al ser apuñalada por el asistente de su marido. Otro estremecedor caso de violencia doméstica se da en "La piedra angular" donde una joven muere a manos de su padre, el zapatero Antiojos, que maltrataba a su hija a diario sin que ningún vecino se decidiera a intervenir. El compromiso de la escritora con la sociedad de finales del siglo XIX y principios del XX es significativo, tanto como denuncia, como de vía pacífica y efectiva para cambiar actitudes y comportamientos. Permítanme que aproveche este foro para remitirles al excelente estudio realizado por Pilar Faus, quien fue directora de la Biblioteca Pública de Valencia y miembro de Consell Valencià de Cultura, Pilar escribió la biografía de Emilia Pardo Bazán en dos tomos, disponibles en la biblioteca de la Dirección General de la Mujer, su título es *Emilia Pardo Bazán: su época, su vida, su obra*. En dicho libro consta que en 1906 fue nombrada presidenta de la Sección de Literatura del Ateneo de Madrid, y fue la primera mujer en ocupar este cargo. En 1910, fue nombrada consejera de Instrucción Pública y en 1916 recibió el puesto de catedrática de Lenguas Neolatinas de la Universidad de Madrid. Allí el claustro de profesores y los mismos alumnos que boicotearon sus clases, la rechazaron por ser mujer. Aún consciente del sexismo dentro de los círculos intelectuales, propone a Concepción Arenal para ocupar el sillón vacante en la Real Academia de la



Lengua, pero es rechazada; tampoco aceptarían a Gertrudis Gómez de Avellaneda ni a la propia Emilia que fue rechazada tres veces, en 1889, en 1892 y en 1912. Admirable fortaleza la de Doña Emilia que siguió vertiendo ríos de tinta, totalmente incombustible al desánimo.

Otra mujer que tengo siempre presente es Lucila de María del Perpetuo Socorro Godoy, quien posiblemente escribiera con un lápiz *Los sonetos de la muerte* que ganaron en 1914 el primer premio en los juegos florales organizados por la Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile, premio que sin duda marcó un cambio definitivo en la escritora, pues a partir de entonces firmó sus escritos con el nombre de Gabriela Mistral. A los 19 años ya ejercía como maestra y enseñaba a sus alumnos que los libros eran algo sagrado. En 1923 recopila una serie de textos poéticos y narrativos de varios autores, bajo el título de *Lecturas para mujeres*, en el prólogo, Gabriela Mistral escribe: “Ya es tiempo de iniciar entre nosotros la formación de una literatura femenina, seria. A las excelentes maestras que empieza a tener nuestra América corresponde ir creando la literatura de hogar, no aquella de sensiblería y de belleza inferior que algunos tienen por tal, sino una literatura con sentido humano, profundo”.

El reconocimiento a su vida y su obra le llegó en 1945 con la concesión del Premio Nobel de literatura, en virtud a los méritos de la obra literaria y docente de toda una vida. Hjalmar Gullberg, secretario de la Academia Sueca, en su discurso de entrega del premio, expresó: “Señora Gabriela Mistral: habéis hecho un viaje demasiado largo para un discurso tan corto... Para rendir ho-

menaje a la rica literatura iberoamericana es que hoy nos dirigimos muy especialmente a su reina, la poetisa de Desolación, que se ha convertido en la grande cantadora de la misericordia y la maternidad”.

De la pedagoga María de Maeztu sólo voy a destacar, por no alargar esta exposición, que en 1926 funda en Madrid el Lyceum Club Femenino, del que fue presidenta, el club tenía las mismas características de los ya existentes en Europa. Sus fines eran primordialmente culturales, ajenos a toda tendencia política o religiosa, trataban de fomentar en la mujer el espíritu social, facilitando el intercambio de ideas y encauzando las actividades que redundasen en su beneficio; todas las iniciativas y manifestaciones eran de índole artística, social, literaria y científica, orientadas en bien de la colectividad. Formaron la junta directiva como vicepresidentas, Isabel Oyarzábal y Victoria Kent y como secretaria, Zenobia Camprubí. El Lyceum Club se montó sin ayuda oficial, simplemente con el tenaz esfuerzo de un grupo de mujeres entre las que se encontraban las figuras de mayor prestigio intelectual del momento en el país. El Lyceum Club tuvo un gran impacto en el panorama cultural español porque no era sólo un lugar de reunión, donde poder tomarse una taza de té y cambiar impresiones, sino un centro cultural donde María de Maeztu organizaba cursillos, conferencias, conciertos y exposiciones a cargo de intelectuales, científicos y artistas nacionales y extranjeros. García Lorca dio en sus salones la conferencia “Imaginación, inspiración y evasión en poesía”, Unamuno leyó allí su drama *Raquel encadenada*; Rafael Alberti se presentó una tarde



de noviembre, vestido de manera estrafalaria con una paloma enjaulada en una mano y un galápago en la otra, ya que la conferencia se llamaba: “Palomita y galápago (¡No más artríticos!)” armando la marimorena, eso sí, surrealista, sorprendiendo a unos, escandalizando a otros y divirtiendo a la mayoría. Sin embargo, Don Jacinto Benavente, declinó la invitación de dar una conferencia en el Lyceum, replicando la tan conocida frase: “A mí no me gusta hablar a tontas y a locas”.

Por último citaré a Carmen Conde, cuyo legado cultural se custodia en el Archivo Municipal de Cartagena; formando parte de este legado se encuentra la correspondencia que mantuvo con su marido el escritor Antonio Oliver y con las personalidades más relevantes del mundo de la cultura que estuvieron en contacto con el matrimonio. Son más de 25.000 cartas escritas durante casi todo el siglo xx con textos inéditos de Juan Ramón Jiménez, Ernestina de Champourcín, Dulce María Loynaz, Juana de Ibarbourou, Jorge Luis Borges, Jorge Guillén, Azorín, Miguel Hernández, Antonio Machado, María Zambrano, Federico García Lorca, Vicente Aleixandre, Luis Rosales, Blas de Otero, Caballero Bonald, Concha Espina, María de Maeztu, Dámaso Alonso, Leopoldo de Luis, Buero Vallejo, Carmen Llorca, Octavio Paz, entre otros.

Carmen Conde y Antonio Oliver se hicieron un excepcional regalo de bodas: una universidad popular en Cartagena, juntos comenzaron la gran tarea de enseñar, convencidos de que la revolución pendiente era la cultural. El 10 de marzo de 1932 inició su labor la Universidad



Popular, la única obligación que tenían los alumnos era la asistencia “puntual y seria”. Se exigía lo fundamental en todo proyecto de educación y de los planes de enseñanza de todos los tiempos: antes de enseñar conceptos, hay que enseñar modos y normas sin los cuales aquella no podrá llevarse a cabo nunca.

Conferenciantes de reconocido prestigio y de todos los lugares y ámbitos tomaron parte en las tareas de la Universidad Popular, casi siempre de manera desinteresada. La continuidad, la supervisión y la dedicación plena eran obra del matrimonio Oliver-Conde que supo atraer a todas estas personalidades. El reglamento de la Universidad Popular consta de ocho capítulos impregnados de altruismo y generosidad donde se exponen los objetivos fundamentales. Si Carmen Conde no hubiera sido escritora ni hubiera desarrollado otras actividades, la creación de la Universidad Popular bastaría para hacerle ocupar un lugar señero entre las mujeres que pusieron su esfuerzo y dedicación al servicio de los demás, pero además nos dejó su obra escrita. Con la entrada de Carmen Conde en la Real Academia de la lengua española, en enero de 1979, se rompió el tabú que impedía a las mujeres, pertenecer a esta institución, a pesar de que algunas de ellas, reunían más méritos para ello, que algunos de los señores que las vetaban.

De su obra poética, quiero destacar su libro *Mujer sin Edén* escrito en 1947. Carmen aprovecha el panorama lírico propicio a los tópicos de poesía existencialista para hablar del doble desarraigo que sufre la mujer como ser humano, tras la sacudida de la guerra, y en virtud de



la marginación y la opresión de su sexo. Se anticipa así a una moderna corriente de crítica feminista que ve en la revisión y la subversión de los mitos forjados por el patriarcado, el camino hacia una identidad de mujer en permanente construcción. Su marido, fue un censor inexorable, le incita a romper gran parte de su primera obra. Ella asiste impertérrita a la destrucción de algunos de sus escritos, pero confiada en la persona que lo hace, comienza su libro *Brocal* con estos versos: “Yo no te pregunto a dónde me llevas./ Ni por qué./ Ni para qué./ ¿Tú quieres caminar? Pues yo te sigo”. Lo anecdótico de esta relación es que sucedió lo contrario, Antonio Oliver siguió a Carmen Conde en su arrolladora carrera literaria y vital.

Sólo he destacado una parte esencial en la vida de estas cuatro mujeres, la capacidad de trabajo en beneficio de la cultura, con la herramienta del lenguaje que han sabido utilizar de manera extraordinaria. Y por supuesto el compromiso social que en todas ellas ha imperado. El siglo XX ha sido una época de grandes cambios, sobre todo para las mujeres, hemos pasado del lápiz al ordenador, de la invisibilidad a ocupar el espacio que nos corresponde en igualdad de condiciones. Hemos pasado de ser protagonistas literarias a hacer literatura de calidad y una muestra de ello son los textos que se han presentado a este concurso. A las premiadas, además de darles la enhorabuena quiero animarlas a seguir escribiendo, a que sean gestoras de cultura y solidaridad. A ser las historiadoras de las vidas cotidianas y a dejar constancia de su presencia en el mundo de las letras. También animo a las



finalistas, a seguir por este camino de palabras sólo por el placer de ser, a través del lenguaje, protagonistas de vidas propias y ajenas. A las que empiezan a escribir, que no decaiga su empeño ante la indiferencia de un mundo mediático que sólo valora lo superficial, que utilicen el lenguaje para expresar su pensamiento, da igual si lo hacen a lápiz, con pluma, bolígrafo o en un ordenador, pero que sean siempre testigos fieles de la época que les ha tocado vivir.







PRIMER PREMI

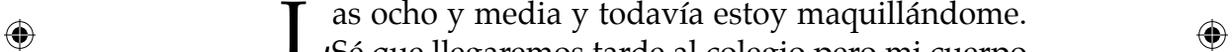






# ANTES DE TIEMPO

*Marta Salvador Vélez*



Las ocho y media y todavía estoy maquillándome. Sé que llegaremos tarde al colegio pero mi cuerpo se rebela contra mí y hoy no quiere correr. La niña tampoco me obedece. ¿Por qué se acuerda de que tiene que hacer pipí cuando ya tiene puesto hasta el abrigo? Supongo que será porque acaba de cumplir cinco años. Me aconsejo paciencia. Desayunamos en el coche galletas con chocolate mientras Franzino y la cría se pelean por mi atención. Hoy me toca llevar el agua para la clase y los cinco litros en cada mano impiden que estire de la niña. No debería llevar peso y tardamos una eternidad en llegar a la puerta. Cuando me despido de mi hija veo que le he puesto un suéter muy desabrigado. ¿Cómo no me he dado cuenta en casa? Estaré sufriendo todo el día y, encima, la ola esta de frío. Tengo una camiseta de cue-

llo alto en el maletero del coche. Vuelvo a entrar. La *señorita* me ve. Sabe que tengo prisa y viste ella a la niña. Estupendo. Por fin arranco el coche. Trato de desterrar de mi mente el rol de mamá, difícil. Miro el reloj: diez menos veinte. Sólo tengo quince minutos para llegar hasta el puerto y cinco más para encontrar la empresa de la que tengo que hacer un reportaje para la revista. Imposible. Es mejor no perder los nervios porque, de todas formas, no llego. He olvidado apagar el móvil y me suena el teléfono tres veces durante la entrevista. La gerente me mira desconfiada, y tal vez por eso es tan escueta en sus respuestas. Con esto no voy a tener ni para dos columnas. Por fin salgo. Las llamadas eran de la editora, mi ex-marido y mi chico. No me da tiempo a contestarles. Tengo que ir a otra empresa y no sé si encontraré la calle. Este otro se enrolla demasiado, pero esta vez he dejado el móvil en el coche. No sé qué hora es. Menos mal que le he puesto la grabadora porque estoy pensando en las llamadas que no he contestado y no le presto atención. Ya no sé si ha exportado más clementinas o navelinas. Después lo escucharé. Salgo. La una y media. He quedado con Marta a las dos para comer. Me tiene que contar otro de sus proyectos. Tengo media hora. Voy tranquila. Cuatro llamadas perdidas. Una es de Marta. A ver qué quiere: no tiene tiempo de comer. Nos tomamos algo, pero ya. A correr. Llama la editora, por fin le cojo el móvil mientras estoy en un semáforo. Quiere saber cómo van mis entrevistas. ¿Desde las diez de la mañana? Siempre me pone nerviosa, tal vez por el acento francés o porque tarda tres cuartos de hora en resolver algo que se dice con dos palabras... Cuando veo a Marta aún estoy ha-

blando con la editora. Se mira el reloj. Sí, ya sé que tienes poco tiempo. Cuelgo mi llamada. Total, ya no me estaba enterando... le diré que he entrado en un túnel. «Bueno, cuenta». «Nada, que si me haces dieciséis páginas para el viernes. Si nos sale esto es un buen negocio porque tal, tal...». He vuelto a hacerlo. Ya no le escucho. Estoy pensando que sólo tengo esta tarde, porque la niña está con su padre, y tal vez el jueves, si dejo de ir a la otra revista. «Bien, lo intento». Marta sonrío y sigue vendiéndome su maravilloso proyecto. Tres menos cuarto, sola y sin comer. Aprovecho para hacer la compra. Dentro del supermercado suena el móvil. Es mi ex. Se me había olvidado devolverle la llamada. No puede recoger a su hija. Compró lo justo. Subo a casa a guardar el congelado y, corriendo, al *cole*. La niña no quiere ir a baile. Me debato durante diez minutos entre la madre estricta y la benevolente. Gana *Rottenmeyer*. La dejo llorando para ir a hacer las camas, descongelar su filete de lenguado y poner la lavadora. Vuelvo a por la niña. Ya está contenta y me ha perdonado. Menos mal. Siete menos diez. A casa volando. Preparo el baño y me meto con ella para ahorrar tiempo. Preferiría cinco grados más pero no es bueno para la peque. Se pasa todo el rato jugando con mis pechos y yo sufriendo por ellos. Así distraída consigo lavarle el pelo. Mi chico ha llegado. Desde el baño le grito que le haga el pescado a la niña. Por fin salimos del agua con media hora de retraso. Si la cría se acuesta tarde, mañana no habrá quien pueda con ella. Con una mano le ataco con el secador mientras con la otra le acoso con el lenguado. Pablo hace su maleta; mañana se va de viaje. Acuesto a la peque. Cuando salgo ha hecho cous-cous

¡Qué rico! Mientras cenamos le cuento mi malestar por el lío en el que me ha metido Marta, por mi ex que no ha venido a por su hija y porque no sé si he hecho bien obligando a la niña a ir a baile. Discutimos. No lo ve como yo. Si lo de Marta no compensa, pues no se hace; a mi ex, que le cante las cuarenta; y lo de la niña no tiene ninguna importancia. Me enfado. Se da cuenta. Trata de arreglarlo. Ese beso es demasiado largo para una simple reconciliación. Quiere más. ¿No se da cuenta de que estoy deshecha, que no he parado ni un minuto en todo el día? No, no se da cuenta. Bueno, tal vez no sea tan mala idea. Definitivamente, no ha sido mala idea. Una menos cuarto. Por fin nos dormimos. Tres y cuarto de la madrugada: «Mami, pipí». La llevo al baño, me duermo en su cama y mi brazo también. Vuelvo a mi habitación a las cuatro y media. A las siete la veo aparecer en mi dormitorio. Sube a mi cama con el osito Trudy, ya somos cuatro. Está monísima, con su pijama y carita de sueño. Aún tienes una hora, cariño, vuelve a dormir. Diez minutos más tarde: «Mami, sangre». Efectivamente, hemorragia nasal. Todo el mundo en pie. Nueve y media de la mañana, salgo por la puerta del *cole* y aún no sé si voy a ir a las dos entrevistas que tengo concertadas o las cancelo y me vuelvo a casa. Es el coche quien manda; sin darme cuenta estoy abriendo el garaje comunitario de mi piso. Quiero pensar que las casualidades no existen. Subo, pospongo las entrevistas con un par de excusas poco convincentes y arranco el ordenador. Mientras se enciende el procesador pongo la lavadora con la ropa de color. Después de cribar la basura virtual aún tengo 33 mensajes por abrir. Por fin me pongo a escuchar y redactar la primera de las

entrevistas de ayer. Son las doce y cuarto. Tengo terminado el primer reportaje; me ha costado más de lo que debería, intentando alargar las respuestas de aquella empresaria desconfiada. Mientras envió la noticia por correo electrónico a Francia hago la cama de la niña, que por cierto le ha dado tiempo antes de desayunar de sacar todos los peluches del baúl y desperdigarlos sobre el sofá. Vuelvo a la mesa y pongo la grabadora con la segunda entrevista. Me voy con los auriculares a tender, esperando a que el hombre diga algo de interés. Me da tiempo a colgar toda la ropa sin detener el aparato. Ahora sí; continúo. Envío la entrevista a las dos y veinte; también tarde, esta vez por tener que recortar. Voy a hacer mi cama, me tiento. Me tumbo. Suena el teléfono, miro el reloj del despertador, ¡son las cuatro! Me lo va a notar. «¿Qué has dicho?». Es mi chico y he debido de pensar en voz alta y con el teléfono descolgado. «Nada». «¿Cómo que nada? Has dicho algo». «No sé...». «¿Que te voy a matar o algo así? ¿Por qué te tengo que matar? ¿Qué has hecho?». «Pues, que aún no he comido». Improviso sin darme cuenta de que esta respuesta es peor que haberle dicho que estaba dormida «¿Cómo que no has comido? ¿Hoy tampoco? Sara, no te puedo dejar ni un día sola ¿eh? Pues come algo antes de irte a por la niña, aunque sea un sándwich». «Vale, no te preocupes». «¿Que no me preocupe? ¿Cómo no me voy a preocupar?». Continúa con su perorata pero ya no le escucho pensando que si quiere que me haga un sándwich o algo de picar debería dejar ya el teléfono porque he de ir al *cole* dentro de media hora. Por fin cuelga. Cuando llego a la cocina vuelve a sonar. «Dime», contesto pensando que

es Pablo otra vez desde Santander siguiendo con su re-  
gañina. «Sara, soy Fina de la agencia». «¡Ah! Dime», res-  
pondo tratando de recomponerme. «¿Te acuerdas de la  
presentación de Maruja Torres del jueves?». «Sí, claro,  
dime». «Pues me equivoqué de día no era el jueves sino  
hoy». «¡¿Hoy?! ¿A qué hora?». «Eso sí te lo dije bien, a las  
siete». «Vale, vale no te preocupes, ya me organizo; lue-  
go hablamos». Continúa disculpándose pero yo sólo  
puedo concentrarme en pensar qué hago con la niña. Es  
miércoles y mi madre tiene la tarde ocupada con su se-  
sión de acupuntura; mi ex, trabajando; mi prima, si no le  
aviso tres días antes es incapaz de mentalizarse; mi her-  
mano, de viaje con la orquesta. Marco el teléfono. «Papá,  
te llevo a la cría». «Bien ¿a qué hora la traes? ¿Tengo que  
recogerla yo?». (No estaría mal pero sería abusar.) «No  
papi, no te preocupes. La recojo y te la llevo». «Vale, os  
espero». Vuelvo a la cocina pero ya sin tiempo para ha-  
cerme un sándwich. Cojo merienda para la niña, con do-  
ble ración para su madre y al *cole* pitando. Media horita  
de parque y empaqueto a la niña con su yayo. Llego a la  
presentación con la lengua fuera y parece que no soy la  
única. Maruja Torres, con media hora de retraso ofrece a  
los medios unas breves declaraciones. Necesito más in-  
formación para la agencia de contenidos de Internet, así  
que me quedo a la presentación de su libro *Hombres de  
lluvia*. Pongo la grabadora en marcha y me cuelo entre  
los pacientes asistentes para hacer algunas fotos desde  
cerca. Para no molestar demasiado con mi volumen, me  
quedo en las primeras líneas del público y hago las fotos  
arrodillada en el suelo. Noto que las piernas ya no van a  
responderme mucho más, me levanto y me voy hacia la

izquierda. Dejo sobre una estantería de libros mi bolso, la cámara digital y saco la libreta de notas. Suena mi teléfono disputándole el protagonismo a la mismísima Maruja Torres. Recuerdo mi problema con los móviles y decido que hoy mismo lo tiraré a la basura mientras busco entre mis bártulos la procedencia del sonido. Se me cae el bolso al suelo con tan mala fortuna que mi teléfono se queda, sonando todavía, debajo de la estantería. Deja de sonar y disimulo como si no fuera conmigo. Por suerte, o desgracia, la mujer que hay sentada a mi lado trabaja en la librería y, sabiendo que la estantería tiene ruedas, me propone que la empujemos entre las dos para poder coger mi móvil. Mientras hacemos la operación oigo que Maruja dice «¿Veis? tengo poder hasta con los libros, les atraigo...». Levanto la cabeza asustada para comprobar que no estoy aplastando a la periodista con la librería y me dirige una mirada entre el hastío y la vergüenza ajena. Termino la operación, vigilada por toda la sala y por fin consigo apagar el aparato. Cuando termina la presentación me acerco para tomar mis últimas fotos; para no molestar más de lo que ya lo he hecho disparo la cámara arrodillada delante de la mesa donde Maruja Torres todavía está sentada. Noto en su gesto otra vez la vergüenza que siente de mí y sé que no se puede reprimir: «¿Niña, es que me tienes manía? ¡Qué empeño en sacarme todo el tiempo desde abajo!». Lo que más me molesta es el menosprecio del «niña», a mis treinta y tantos, pero he de reconocer que me lo he merecido, y podría haber sido peor. Me tienta la idea de olvidar mi grabadora en la mesa de la presentación con tal de no mirar de nuevo a la famosa periodista, pero temo

que mi honor quede todavía en peor lugar. Por fin consigo abandonar la sala de mi vergüenza y trato de desterrar esta tarde de por vida. Llego a casa de mis padres a recoger a la peque; son ya las diez y cuarto. Mi madre entra en casa al mismo tiempo que yo. Mi padre tiene a la niña bañada y cenada pero se altera con nuestra llegada y no hay forma de sacarla de casa de los yayos. Tengo que sentarme y tomar aire, si no sé que descargaré sobre la niña la tensión de la tarde. Una contracción. No puede ser. Estaré nerviosa, tengo que seguir respirando. Otra, esta es más fuerte. Aún no toca *chiqui*, te falta mes y medio. Necesito relajarme. Otra, más fuerte aún. Otra más. No puede ser ahora, tengo que escribir la reseña de Maruja Torres, la niña se tiene que acostar pronto, aún no le he contestado a Marta, tengo que avisar a mi ex para que recoja a la niña mañana y Pablo, de viaje... Otra contracción...



# ACCÈSSIT ASSOCIACIONS





# CROQUETAS

*Gemma Membrives Sarabia*

Se despertó a las seis en punto. Antes de apartar las tres mantas que le cubrían la boca palpó su nariz. La sintió congelada, así que iba a hacer un día muy frío, ese termómetro no fallaba nunca. Al meter los pies en el rizo de las zapatillas sujetó con cuidado la almohadilla del juanete, y corrió al refugio acolchado de la bata rezando –¡Virgen santa, que rasca!–. Pero lamentó haber pensado en voz alta y volvió la vista hacia la cama, temiendo que él se hubiese despertado. Lo observó un momento y no parecía inmutarse, así que fue al baño con sigilo. La pastilla de La Toja era un pez negro que se escurría entre sus manos, y el agua helada salpicaba sus axilas flácidas, haciendo encoger aún más la curva de su espalda. Barruntaba, mientras tanto, que si pretendía tener la casa caldeada para la cena, no quedaba más re-



medio que encender la caldera, pero no quería pensar en el grito que iba a dar Manuel si al abrir un ojo notaba la calefacción puesta. Decidió que era mejor esperar hasta mediodía y aguantar con un radiador eléctrico en el dormitorio, a ver si hacía caso al médico y se quedaba en la cama a curarse el catarro.

Echó un vistazo al reloj de carillón del pasillo, al que sólo Manuel daba cuerda, siempre metódico, con aquella llave chiquita y plana, que luego guardaba celoso en el bolsillo izquierdo de su chaleco, como si fuera el dueño del tiempo. Tenía que ponerse manos a la obra cuanto antes. Se vistió y bajó apresurada los peldaños de caoba, que protestaban a cada paso. Acalló los lastimeros crujidos deteniéndose en el rellano, que atufaba a mohó, para abrir el ventanuco que daba al patio y dejar entrar una bocanada gélida.

En la cocina luchó con la rosca de la cafetera, su vieja enemiga rebelde entre sus manos retorcidas. Cuando el olor negro despertaba su espíritu comenzó la faena calentando aceite y picando una cebolla que le inundó la vista y le hizo fallar con el cuchillo. La hoja mal afilada y un milagro salvaron su anular contraído, pero se hizo un buen corte que contuvo envolviendo el dedo en papel de cocina, hasta que encontró el esparadrapo al fondo del cajón. Corrió a remover la mezcla de la sartén. No podía descuidarla o la pasta de croquetas se agarraría al fondo. Ellos las adoraban desde niños. Entraban a hurtadillas en la cocina para probar un poco de masa recién hecha, y se ganaban un buen manotazo si los pillaba. A veces alguno lo conseguía arañando un pellizco por debajo

de la costra ya endurecida que reposaba en la encimera. Creían que no se notaría la falta pero ella encontraba los huecos delatores después al prepararlas.

El sol blanquecino de enero intentaba filtrarse por los visillos del salón cuando sonó el teléfono.

–Fefilidadez biza.

–Hola cariño, ¿como está mi niña?

–Men.

–¿Vienes hoy a verme? te estoy preparando una cosa....

–No te escucha, se fue detrás de Oscar que le quitó el juguete. Bueno abuela, ¡muchas felicidades!

–Gracias cielo. ¡Como parlotea esa peque!, no la voy a conocer cuándo la vea. ¿A que hora vais a salir? –dijo secándose el cuello con el pico del delantal.

–Después de comer. Tengo que acercarme un momento al despacho porque he dejado un asunto pendiente. No te preocupes que llegaremos a tiempo.

–Pobrecita mía, siempre trabajando, incluso hoy sábado. Tienes que descansar. Duerme un rato antes de coger el coche, y conduce despacio. Sabe Dios si habrá hielo por la carretera.

–No creo, parece que va a hacer buen tiempo.

–Eso será por Alicante, aquí en Madrid estamos bajo cero.

–Le diré a Ximo que meta ropa de abrigo en la maleta.

–Que coja bufandas y gorros. Y a la niña que le ponga leotardos.

–Lleva pantalones, abuela.

–Bueno, pues que se los ponga por debajo.

–Ya. ¿Necesitas que te llevemos algo?

–¡Ni se os ocurra! Tengo la cena casi lista. He hecho croquetas.

–Eres un sol, pero deberíamos haberlo organizado en un restaurante. Vamos a ser muchos entre hijos, nietos y bisnietos. Te estarás pegando un palizón.

–¡Que va!, si esto se hace en un momento. Y, además, en un restaurante tu abuelo ¡ni loco!

–¿Como está?

–Sigue acatarrado, pero nada importante. Mala hierba... ya sabes, y como se le crucen los cables no quiere ver a nadie. Bueno, a sus amigos sí, y mira, con tanta petanca y tanto parque ha pillado este resfriado. Ayer dijo que le tenía hartos con lo de la fiesta, que se iba a quedar en su cuarto, pero ya le convenceré.

–Tú hoy a disfrutar, abuela, que ochenta no se cumplen todos los días. Te dejo, estoy oyendo a las fieras chillar. Esta noche nos vemos.

–Adiós, cielo, venid con cuidado. Un beso.

Subió a llevarle el café, entrando en el dormitorio con la taza humeante.

–Manuel despierta, que te toca el antibiótico –susurró.



Le tocó suavemente el hombro sobre las mantas, pero no fue bastante para despertarlo, así que levantó un poco la persiana. Seguía sin inmutarse. Se acercó a destapar un poco la colcha y al rozar la mano que le asomaba advirtió que estaba rígida. Un escalofrío le recorrió la espalda y apartó apresurada las sábanas. Sacudió su cara, sus brazos. Tocó aquella boca entreabierta, palpando una mueca petrificada. Acercó el oído a su pecho. Sólo escuchaba su propio latido desbocado en la garganta. Retrocedió sin dejar de mirarlo, hasta tropezar con el banquillo raído de la coqueta sentándose de golpe, con la cara blanca y un nudo en el estómago. Esa noche no lo había oído roncar e intentó calcular cuanto tiempo llevaría así. Restregaba sus manos callosas una y otra vez, como si ellas fueran a darle la respuesta.



Bajó al comedor. En el aparador detrás de los montones de latas de mejillones guardaba una botella de mistela que le trajo su nieta en su última visita. Llenó con ella una de las taza de consomé del estante de abajo, y la bebió de un trago.

–Qué casualidad. Hoy precisamente. –Musitó temblando.

Se sirvió otra taza. Y luego una más. El licor recorría espeso su garganta y bajaba calentando sus venas.

–¡Pero qué mala idea tiene! –Bebió de nuevo.

Volvió al dormitorio, ya sin atreverse a mirarlo. Giró la llave de paso del radiador hasta cerrarla completamente y abrió de par en par la ventana. Una ráfaga infló la cortina cuando salió cerrando la puerta tras de sí. Recorrió de





nuevo la escalera hasta el sótano y puso en marcha la caldera con el termostato al máximo. Una sensación extraña, nueva, le acompañó de regreso a la cocina. Comenzó a dar forma a las croquetas y la artrosis de sus dedos ya no era un obstáculo, se movían ligeros, con la destreza de cuando era muchacha. Sentía los hombros más rectos. La cabeza más alta. Preparó el resto de la cena y dejó que la casa entera se fuera embriagando del olor verde agridulce de la tarta de manzana.

El cielo comenzó a teñirse de naranja y de un violeta suave, casi transparente como una gasa. Ya estaba acabando de freír la última croqueta y la colocó sobre la fuente de porcelana. Colgó el delantal antes de revisar la mesa, alisando el mantel y moviendo al milímetro una copa de la cristalería buena, la que tenía sin estrenar desde las bodas de oro. Entonces llegaron y en un momento todo fue barullo invadiendo el comedor con saludos a voces, palmadas en la espalda y besos sonoros. Entre llantos de niños y risas de adultos, el papel de envoltorio crepitaba calentando el comedor y su pecho.

—Mmm, ¡como huele abuela!, esto levantaría a un muerto.

Ella tragó saliva.

—¿Quién quiere sidra? —replicó.

—¿Y el abuelo? ¿No baja?

—No, el abuelo no va a bajar. Ha dicho el médico que guarde cama para curarse el catarro. Se fue a dormir y dijo que no le molestemos. Pero no sufráis por el ruido.



Desde donde está, no va a enterarse de nada. Y ahora venga, atacad las croquetas, ¡que se enfrían!

Observó cómo cenaban. Escuchó su charla, sus carcajadas y anécdotas, sin entenderlas apenas. Y luego los gritos de júbilo de los pequeños al ver la tarta llena de velas. Sintió una mano minúscula y aceitosa que tomaba la suya. La apretó fuerte y cerró los ojos. La canción de cumpleaños desafinada le inundó el corazón y los pulmones se hincharon con un aire recién estrenado. Olía a nuez moscada y a libertad.

Entonces sopló.







ACCÈSSIT LLIURE



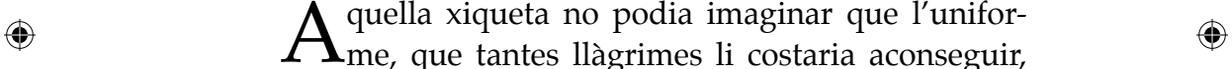




# L' AIGUA MIRACULOSA

*María Dolores González Albert*

*A Clàudia,  
vertader miracle.*



Aquella xiqueta no podia imaginar que l'uniforme, que tantes llàgrimes li costaria aconseguir, després acabaria sent en el temps, la vestimenta quasi diària per molts anys, tots els que necessitaria per a la fi jubilar-se. No s'ho acabava de creure, perquè l'afecció a aqueix treball li degué venir més endavant, però, això sí, aleshores completament vocacional. Ara, tal vegada, triaria una altra feina i és que viure al costat colze a colze amb els que pateixen, acabes primer patint tu també, després en ganes d'enviar-los a passejar, per motius de supervivència.

Ella, quan plorà de valent per aquell vestit blanc, no li importava gens ni mica el significat que conduïa en si, no s'ho imaginava, només pensava en el viatge, en el tren...



doncs era la primera vegada, malgrat ser ja un poc majoreta, catorze, quinze anys, que sortia no sols del poble, a més a més anava a travessar la frontera del seu país, i això era massa per a ella, estava molt contenta però també esbalaïda. Tanta era l'alegria que ni s'adonà del ridícul que podia fer quan sa mare li va dir que de comprar tela blanca per al vestit, ni un pam, que a la calaixera hi havia llençols de fil molt bons, autèntics i preciosos heredats de les àvies avantpassades, un poc engroguits, però que ella els rentaria i en una estoneta al sòl del corral quedarien més blancs que la neu. Parlar de modista tampoc es podia, si de cas vindria Maria la de la Farina, una dona que tallava la roba, qui anava a les cases i cobrava per hores.

Crec que val la pena entretindre's amb aquesta dona, donat que Maria era tot un personatge, curiós i molt entrançable. Perquè Maria tenia una edat indefinida, estaria o hauria passat la quarantena i no havia tingut sort amb els homes, doncs era fadrina i així acabaria malgrat disposar d'aquells atributs que podien seduir-los, ja que era el tipus de dona "casolana", és a dir, bona pitrera, natges rodones i fermes i amb no massa estatura. Però el que sorprenia de Maria era una versatilitat sembla que innata, augmentada per una temporadeta que deia haver viscut a França exercint de costurera i és per això que parlotejava el francès amb molta gràcia, tret característic que impressionava la xiqueta. L'inconvenient era que al mateix temps que tallava la roba, parlava, i era a tal velocitat que feia tremolar, ja que una vegada pegà una tisorada per marcar un escot i com que aplegà fins al melic, el vestit projectat hagué de transformar-se en una



faldilla. Malgrat tot, la nena es sentia atreta i es quedava com clavada al sol, davant d'ella, bocabadada.

La mare que anava més bé curta de diners, aprofitava l'estada de Maria a casa per fer un munt de coses: l'uniforme de la il·lusió, un vestit per a ella, un altre per a la germaneta i un parell de camises per als homes, és comprensible que Maria anara més que "Meló" entre llengües diverses. Això sí, marejant a tothom tisora en mà.

La tela blanca de fil, per moltes rentades que li va fer sa mare, quedava osca i la veritat no massa bé, però a la xiqueta li era igual i sa mare no volia veure-ho, i Maria prou tenia a practicar el francès perquè sabia que impressionava. Sort que com la model era primeta i alteta, l'efecte llàntia dissimulava un poc, tot es podia permetre perquè hi havia un viatge en joc, i a més a més, si la tela bufava millor que millor, faria que paregués més fadrina i això era bo, ja que l'edat importava i la xiqueta devia aparentar amb aquell uniforme almenys disset o divuit anys, és el que deia moltes vegades Vicent el del Corralet, perquè Vicent era l'artífex d'aquell viatge.

Vicent el del Corralet també mereix un capítol a banda. Va nàixer deforme i com que fou a una casa humil, agreujada per una mala època de mancances i en un poble, li van faltar mitjans per poder-se rehabilitar a temps. Així li va créixer solament el cap i el cos fins a la cintura, les cames li quedarien per sempre penjant d'unes croses tan grans que semblava que caminaven soles, donant una imatge de conte de terror. El cap era enorme, la cara aplanada on només destacava unes ulleres grosses de cul

de got sobre uns ulls rodons i miops. La veu no era veu, era una veuota que atemoria i solament les mans tenien cert encant, perquè eren molt blanques i fines i amb elles podia, pogué fer moltes coses, entre elles signar, signatures irregulars en la majoria dels indrets. Era un home instruït, això deia el veïnat. Ningú sap com ni quan va aprendre a llegir i escriure, però a la seua escoleta, que va muntar en el corralet de sa casa, penjava a la paret, per cert, amb uns claus massa grans per a subjectar-los, uns marquets xicotets on hi havia una sèrie de títols, inclús el de Magisteri. No està clar si disposava del permís pertinent d'ensenyament; sembla que les autoritats competents feien la vista grossa front a l'evident minusvalidesa. Allí, en un espai molt xicotet, un grapat de xiquets anaven al que diríem ara "repàs", o alguns que no podien assistir, malgrat l'edat, a l'escola normal perquè de ben menuts ja se'ls enduien al camp els pares. Tots junts doncs, cantaven la taula de multiplicar: dos per un és dos, dos per dos quatre, dos per tres sis... Però Vicent era polifacètic. A més de fer de mestre, organitzava viatges fent de guia turístic amb crosses incloses. Una altra vessant era que arreglava els papers per tal d'aconseguir el permís de conduir, així com també venia paperetes de loteria per a quasi tots els sortejos de l'any. L'assumpte de la conducció era curiós i miraculós. Aquell home que del poble no aprovava el permís a València a la cinquena o sisena vegada, anava per l'escoleta de Vicent un parell de dies i li tramitava la documentació per a examinar-se a Conca o Terol i en una setmana feia un viatget amb ell i venien tots dos amb el permís a la butxaca.

El tema de la loteria era alguna cosa pareguda. Venia moltes paperetes, de diversos colors, amb números bonics, ho deia ell amb orgull perquè repetia aquells que li agradaven, el quatre, el sis, sempre parells, però l'inconvenient era que no tocava mai la sort. Les males llengües deien que el problema vindria si un dia tocava un dels primers premis.

Però el que ens interessa és la seva vessant d'organitzador de viatges. A l'estiu ho feia a les platges properes; gràcies a ell la xiqueta havia conegut Benidorm, Gandia, Orpesa i Peníscola. Encara recordava l'últim a Elx, que li va suposar un malson, perquè com la idea era veure el Misteri, la representació de l'Assumpció de la Verge, era necessari fer nit allí. Per començar Vicent venia més seients dels que comptava l'autobús i en el moment de l'eixida, entre crits i avalots, tot s'arreglava posant catre en el passadís de l'autocar. Els xiquets menuts, era matemàtic, al braç dels majors. A la xiqueta li va tocar un avi vidu que no entenia perquè es va posar en saber-ho, molt content. No podia dir res donat que Vicent la duia a tots els viatges debades i ella volia veure món, era l'única forma. Perquè a ell també li interessava endur-se-la, donat que, de vegades l'ajudava en l'escoleta i a més a més el seu pare estava lligat a l'Ajuntament del poble.

La nit a Elx també fou per a recordar. La gent degué passar-la fent cabotades entre els palmerals ja que el tema d'hotel ni s'ho plantejaven, a la xiqueta la van endossar amb el conductor i la dona, una parella que feia dos mesos que s'havien casat, qüestió que es va fote prou perquè aquests si tenien una cambra reservada per

dormir a una pensió de mala mort, però que a la fi disposaven d'un matalàs. La xiqueta no entenia el mal humor del conductor, davant tanta festa i tampoc que l'enviaren tantes vegades fora per comptar les estreletes del cel.

Tot quedava oblidat davant aquest viatge d'ara, perquè, ni més ni menys es tractava com deia abans, d'eixir de la Península, botar els Pirineus i arribar fins a Lourdes. Era tot un nerviós, tota una il·lusió per a ella, per a la mare, i també per al seu avi, que es va alegrar. L'avi només adonar-se que la seva néta viatjava a Lourdes va veure el cel obert, la possibilitat d'un miracle i com no podia ser d'altra manera, d'una curació, doncs estava en qüestió la fe i ell en tenia molta ja que era profundament religiós i a més a més de capelletes. L'home tenia des de feia molts anys una piga que anava fent-se gran a un costat del front, el que ara diríem científicament una *Queratòsi seborreica*, que ell se la tocava i se la mirava contínuament i així anà fent-se gran, prenent la forma d'una nou molla.

El viatge era organitzat per la Diòcesi de València, subvencionada per alguns rics de la capital, entre ells els Trénor, que fundaren l'Organització Valenciana de Malalts, sota el nom de Fraternitat. Aquests tiraven de camilla o carret de rodes més per aparenyar el que no eren i posaven en marxa un tren, sí, un tren sencer, que traslladava a malalts i impeditos en peregrinació a la Cova Miraculosa. Tot un esdeveniment i com no podia ser d'altra manera, Vicent el del Corralet allí estava ficat fins a la cabota.



L'eixida de l'Estació del Nord era digna d'haver-la rodada Berlanga. Cants, plors, carros i carrets, crosses, rosaris, banderoles, els patrocinadors xuclant càmera, molt de blanc, infermers, infermeres i metges i enmig de l'avalot un floquet blanquet com si fos de neu, pertanyia a la xiqueta que anava perdudeta, esbalaïda i pegada a roda de les crosses de Vicent. El tren era molt gran, pensava ella, tot adornat, i tirava un fum molt negre i espés, i xiulava tan fort que ensordia.



Açò feia que a la nena li bategara el cor de por. Dalt del tren el caos era total, quasi no es podia donar un pas i si no estaves llesta podia ser que et passaren un orinal a prop del nas. Els malalts disposaven de lliteres i calia gitar-los i alçar-los, la nena per fi va debutar amb aquell uniforme que tan a gust portava. En l'itinerari estava prevista una parada de trenta minuts a Mora de Rubielos per tal de beure i desguassar els cuidadors i estirar una mica les cames. Per cert, els de la fotografia no es deixaren veure en tot el camí, i al preguntar la xiqueta li van dir que ells anaven en un vagó especial, el primer del tren i que era de luxe, segur que portaven excusat inclòs. A ella açò li importava ben poc, prou tenia a apretar-se una bosseta que duia cosida al sostenidor perquè allí guardava un tresor; un encàrrec que li havia fet el seu avi molt seriós, ja que li va donar un bitllet de cent pessetes perquè li portés una ampolla d'aigua de la Cova de Lourdes, per mullar-se aquella piganou cada dia dues vegades, de matí i de nit, acompanyat del rés d'un Ave Maria i de segur, pensava l'home, que allò que tant el preocupava desapareixeria.

La xiqueta anava més bé curta de diners perquè, en saber la mare allò del bitlletet, va recurtar el pressupost, ja que a la fi, repetia, ho duia tot pagat. Ella no digués res, però en tenir el bitllet a les mans el va besar pensant en un somni que mai no havia complert i ara el podia fer realitat costés el que costés. Sí, el primer que volia fer era en aplegar a Lourdes buscar una tenda, o bé una paradeta al carrer, per comprar-se unes ulleres de sol que era la il·lusió de la seva vida. Il·lusió que va quedar ben complida ja que no sols va trobar unes ulleres de sol que a més a més va triar les més boniques sense mirar preu, sinó que als aparadors de la tenda del costat hi havia també una espècie de bosseta, tipus moneder, que la va encisar. La bosseta duia fins i tot un mirall xicotet en una butxaqueta, estava cosida tota ella amb cristalls de colors imitant pedres precioses, hi havia verdes com les maragdes, roges com els robins, grogues com el topazi, etc. I a més, es tancava amb una cremallera. Era tot un somni i també la va comprar. El bitllet de cent pessetes quasi va volar. De l'ampolla d'aigua encarregada pel seu avi, amb tanta fe, ni se'n recordava.

Tota feliç i contenta es va dedicar de debò a desenvolupar les tasques per les quals feia el motiu del viatge i que l'obligava el sentit de l'uniforme que lluià. Així doncs, els carrets del malalts i impeditos anaven i tornaven a la Cova Santa que pareixia que volaven, viatges interromputs sols per alguna que altra ullada a les tendes per mirar altres possibilitats perquè encara li quedaven algunes pessetes, però sobretot, per veure's reflectida als miralls lluint aquelles ulleres de sol que més que una in-

fermera li tornaven la imatge d'un caco a punt de fer un atracament.

L'esplanada de la Cova Miraculosa era un formiguer de gent; pelegrins, malalts i impeditos es barrejaven plorant, resant, amb rosaris i llumins a les mans. De sobte alguna cosa va reclamar l'atenció de la xiqueta. La gent omplia en la font unes ampolles en forma de Mare de Déu, fent una cua molt llarga. Déu meu!, pensà, el meu avi... la pansanou, el bitllet, i se li va fer de nit, i ara què? Va intentar comprar-ne una, però els diners que li quedaven no li arribaven. Dins de la seva angoixa, cercà a Vicent, però no l'havia vist i de segur que s'havia perdut juntament amb els de la foto, perquè ell abans ja li va recomanar a unes dones conegudes perquè tingueren cura d'ella. Tampoc feia falta, donat que la xiqueta es va aprendre el camí de l'hotel a la Cova i carret amunt, carret avall, va passejar fins i tot a estrangers, sense entendre's parlant, però el camí era ple de tendes.

És així com li va venir la salvació, solament en part. El dia de la tornada cap a casa, en un contenidor de fem, va trobar una ampolla d'aquelles que volia i no podia comprar, però estava buida. Va intentar arrimar-se a la Cova Santa, per omplir-la d'aigua. Impossible. Una cua molt llarga la envoltava. Intentà esmunyir-se entre la gent, però unes àvies que eren encarregades de tenir cura d'ella, corrien el risc de perdre el tren, i va desistir de l'intent. Va guardar l'ampolla dient-se: "Ja pensaré alguna cosa"

Vicent la va rebre a peu de tren mig enfadat, pegant-li un calbotet, més per fer callar a aquelles dones que per

altra cosa, prompte va desaparèixer i mai no va saber en quin vagó del tren viatjava. Ella tampoc el va trobar a faltar, doncs tenia tota l'atenció concentrada en l'encàrrec que li havia fet el seu avi. No podia presentar-se davant d'ell, amb les mans buides, per molt que amagués les ulleres de sol i el moneder.

Mentrestant, el tren anava fent el seu camí, indiferent a la preocupació de la xiqueta. Xiulava si cap més fort, rodant aviat per a arribar a Mora de Rubielos, lloc que marcava l'equador del viatge de tornada. A dintre d'aquell animalot, l'activitat era menys frenètica que a l'anada. Els ànims ja s'havien calmat, l'ansietat i el desgavell de la il·lusió d'un miracle, havien donat pas a una calma, a una pau, trencada només per l'anar i vindre dels bacins, a més d'algunes decepcions per no haver pogut deixar allí les crosses. Cap miracle es va produir, excepte l'augment de la fe que faria que dintre d'un any es repetís l'experiència.

Ella pensava i pensava, i mentalment embastava mil situacions possibles que pogueren treure-la del compromís del seu avi, fins i tot va arribar a una solució que la feia esgarrifar. Sempre podria omplir l'ampolla amb líquid propi, però solament de pensar-ho va sacsejar els múscles i el cap.

En anunciar per megafonia que s'acostaven a Mora de Rubielos, on tenien prevista la parada, li va venir la solució, és a dir, aprofitaria la baixada i ompliria l'ampolla als serveis de la estació. Nerviosa i tremolosa, l'agafà i molt abans de parar el tren ja era a la porteta, a l'últim graó de l'escaleta, per baixar la primera. No va tenir sort, era

massa menuda i d'una empenta va veure prompte que la cua es formava, que cada vegada era més llarga, que hi havia cops i empentes i ella quedava molt lluny. Tenia ganes de plorar i tot, els ulls li anaven de la vista del tren a la porta del serveis, com si estigués assistint a un partit de tennis seguint la pilota. Ja en quedaven pocs al davant però el tren xiulava posant-la malalta, i li van venir aquelles ganes incontrolables de bossar, una cosa curiosa que l'acompanyava en situacions límits.

Per fi va arribar a l'abast de l'aixeta. Déu meu! Quanta merda! No sabia on ficar els peus, comprensible degut a la situació. Sense mirar, el vòmit estava assegurat, cercà quasi a les palmetes aquell fil d'aigua perquè no en sortia més, i va omplir l'ampolla. Va eixir com un coet estrenyent-la al pit, de la mateixa manera que ho havia fet uns dies abans amb aquell bitllet que havia curullat les seves il·lusions, però que també li va portar quasi una roïna. Tenia a la fi l'ampolla plena d'aigua. Asseguda al seient la va mirar, la va eixugar i la va guardar en la bossa de viatge, ben recteta perquè si després de tot es desbordava, és moriria de cop.

L'arribada a l'estació de València fou quasi tan espectacular com la sortida. Havia càmeres i fotògrafs, i es va repetir el ritual. A la xiqueta, coneguts i desconeguts, però sobretot la família, la besaven i l'estrenyien amb tanta alegria que ella es preguntava si venia de Lourdes o d'un segrest.

La primera cosa que va veure a l'entrar al poble, fou el seu avi assegut al sofà, on prenia cada dia la fresca,



mirant en direcció a la carretera, esperant-la, i el cor li va donar un salt. Va pensar en l'aigua miraculosa, i va començar a sentir remordiments. Una altra abraçada, ofegant-la i aviat la pregunta per l'encàrrec. La xiqueta va assentir, i quan li va donar l'ampolla, més que agafar-la fou com furtar-li-la, per a anar-se'n corrent a la farmàcia a comprar un bon paquet de cotó-en-pèl, doncs aquell dia ja es va mullar i de valent la pansanou del front.

La xiqueta tampoc havia previst que el ritual que el seu avi repetia amb tota la fe del món, acabaria creant-li immensos problemes de consciència. Mentre l'ampolla baixava de nivell i ella mirava la cara aigualosa del seu avi, i escoltava la plegària, un nus cada vegada més gros i més fort li prenia la gola, deixant-la sense aire per a respirar. Mirava de reüll la piga i cada vegada la veia pitjor, doncs s'havia fet més negra i gran. Ella dubtava si reomplir o no l'ampolla i a la fi es va decidir pel sí, cosa que l'home ho va considerar més miracle encara, perquè deia que s'ho mullava de debò i cada vegada hi havia més aigua en l'ampolla. Ella ja no va poder suportar més i va anar a confessar-se perquè els remordiments no la deixaven dormir. Tenia molt bona relació amb el capellà de la parròquia, perquè en un poble com aquell, l'època feia que la gent amb inquietuds contés per fer alguna cosa fora de la rutina amb l'Església, que disposava de confraries, catequesi, activitats extres i ella pertanyia fins i tot a l'Acció Catòlica i a las Hijas de Maria. Aquell home, doncs, la coneixia, ella també era conscient que l'apreciava, perquè podia comptar amb ella per a qualsevol activitat, i al escoltar la seva angoixa, va haver de fer



un esforç per no esclatar a riure. Va intentar ficar-se seriós i tranquil·litzant-la li va dir que el que comptava era la intenció, la bona intenció i després haver reconegut la frivolitat de l'engany del dimoni i del món que s'havien mostrat mitjançant unes ulleres de sol i un moneder. Açò la va matar. És que anava a prohibir-li lluir-les el proper diumenge, que seria l'enveja de totes les seves amigues? No li ho va preguntar per si de cas, i va resar tota fervorosa la penitència que li posà. Pensà que l'assumpte ja estava conclòs, però cada vegada que veia al seu avi amb la cara mullada, l'estómac se li'n pujava a la gola i li entraven ganes de vomitar. Va tornar un parell de vegades més al confessorari i el capellà ja no sabia què dir-li. Com no trobava consol, va estar molt a punt de contar la veritat a tothom per purgar la falta i quedar-se tranquil·la.



Un dia l'avi la va cridar de matí amb tanta alegria que quasi no entenia el que volia dir-li, perquè l'home parlava i plorava a la vegada, solament al cap d'una estona va entendre el que passava. La pansanou ja no era al front, havia desaparegut i jeia entre els llençols del llit, fins que ell, amb tota cura, la va ficar en un potet de vidre per poder-la mostrar i pregonar el miracle. La xiqueta no s'ho acabava de creure, però estava mirant-lo i al mateix temps que es va sentir alliberada, va creure un poc més, va augmentar la seva fe, oblidant-se de la procedència de l'aigua miraculosa. Ni que dir de la fe de l'avi, més que fe, va entrar en una eufòria sense límits i aviat va trobar, en el veïnat, destinataris per a l'ampolla d'aigua de l'aixeta.





D'aquesta manera, aquella figura de la Mare de Déu de Lourdes que en un principi era blanca en conjunt, però que el mantell era blau, la corona i el rosari daurats , prompte es van transformar en groc amarronat de tantes mans per les quals va passar. L'aigua de Mora de Rubielos, de l'aixeta de la seva casa va curar molts mals i va alleujar de debò dolors, perquè igual s'aplicava, fins que en va quedar una gota, a genolls artrítics, a múscles dolorits pel treball pesat dels llauradors, a mals i ferides, panses i nous, a qualsevol part del cos on hi hagués alguna cosa que molestés.





FINALISTES







# LA MEMORIA TRASLADADA

*Antonella Abatilli*



Nunca lo pensó, ni siquiera se lo había imaginado; tampoco se lo habían preguntado, quizá porque no había alternativa: la abuela Cora viajaría con la familia.

Cora vivía en casa de su hija desde que abandonara su última relación amorosa con Julián, muchos años después de la muerte del abuelo Genaro.

La abuela era una mujer enjuta, de dedos largos y finos, con una expresión amable en el rostro que no se le quitaba ni siquiera cuando nos reprendía. Margarita, le decía a mi hermana mayor mientras meneaba la cabeza de un lado a otro, esas no son formas de dirigirte a tu hermano, yo no sé de dónde has aprendido este tipo de modales. La abuela me defendía siempre que Mar-





garita se enojaba conmigo y me gritaba. Sí, siempre que ella descargaba sus ataques de ansiedad conmigo, salían detrás de los labios finos y secos de la abuela Cora una sucesión de palabras amables que brotaban claras desde su garganta; sólo entonces mi hermana dejaba de chillar: Cora le traía un vaso de agua, Margarita lograba relajarse, y los gritos cesaban. Era un evento sistemático, que se resolvía mágicamente, la voz dulce y amable de la abuela inundaba la habitación logrando calmar a mi hermana cuando era una fiera.

Cora había sido maestra de escuela primaria durante treinta años, recién cuando se jubiló pudo dedicarse a tiempo completo al trabajo del oro y la plata, mi abuela Cora era una excelente filigranista.



En un cuarto retirado de casa, que había antes de llegar al jardín, tenía su taller. Allí la abuela pasaba toda la mañana y, muchas veces, gran parte de la tarde siempre enfrascada en su trabajo. Recuerdo que reiteradas veces quisieron comprarle las miniaturas que fabricaba, y aunque mi madre insistió en que ello ayudaría para pagar, por lo menos, la factura del agua, la abuela no vendía nada de lo que hacía, salvo que necesitase comprar más material o algún utensilio que se le hubiese roto. No había caso, si no era una necesidad para ella, la abuela Cora no vendía.

Cuando mi madre y mi tía llegaron a la conclusión de que las cosas así ya no podían continuar y que estaban hartas de vivir en un caos de sobresaltos, decidieron que nos mudáramos. Ni siquiera nos lo consultaron. A todos



nosotros, a mi hermana a mi abuela y a mí, nos pareció una broma. No lo pensamos ninguno de los tres, creímos que era un plan fugaz y evanescente, como tantos otros, de las reinas de la casa. Tanto mi hermana como yo crecimos oyendo planes fantásticos en los que nos trasladaríamos a vivir al campo porque el calor y el ruido en la ciudad eran insoportables, que en poco tiempo marcharíamos de vacaciones a algún lugar remoto del Asia tibetana porque el estrés laboral (y escolar, agregaría yo) era algo inhumano, que a partir de la semana próxima todos los comensales de la casa pasarían a ser vegetarianos porque la salud corporal era muy importante y los animales seres tan respetables como cualquier otro ser vivo, y así una larga lista de ocurrencias palpitantes que pasaban de largo como el agua del río, sin dejar rastros.

Esta vez, sin embargo, estaba decidido: nos mudábamos.

Hasta el momento mismo en que no nos vimos embarcados en la humilde y horrorosa tarea de hacer las maletas y embalar los muebles, cosa que confirmaba la mudanza, no se nos ocurrió a ninguno de los tres preguntar a dónde íbamos a ir a vivir.

Una noche mientras cenábamos, Margarita sin ningún tipo de sutileza sacó bruscamente el tema. O sea que es verdad que nos vamos, dijo con un tono sobrio. Mi madre y Martina, su hermana, se miraron; las dos en un gesto casi planificado, asintieron. Se hizo un silencio largo hasta que la abuela Cora, con su expresión siempre amable, dejó caer la pregunta que a los tres nos rondaba



en la cabeza pero que ni siquiera Margarita se atrevía a pronunciar. Y bien, ¿a dónde vamos a vivir?, exclamó mientras inclinaba la cabeza hacia la izquierda con los ojos fijos en el dúo aventurero.

Nos vamos a vivir a España, dijo mi madre con los ojos fijos en una miga de pan que reposaba en cuadro rojo del mantel. Después: silencio, nuevamente silencio. La noticia había caído como una bomba, y ninguno fue capaz de reaccionar: la resistencia que podíamos oponer mi hermana y yo era poco más que efímera, a la abuela en cambio le podrían haber preguntado, pero no lo hicieron, que la abuela viajaba con nosotros era un hecho.

Una vez más la que rompió el silencio sepulcral que inundaba el comedor fue la abuela Cora. Y yo, preguntó ella tímidamente, ¿voy a poder llevarme los utensilios de mi taller? Tenía un hilo blanco enredado en el índice de la mano derecha, que enrollaba y desenrollaba del dedo, la abuela parecía tensa. Claro que sí, respondió mi madre, te puedes llevar todo lo que tengas dentro del taller, por eso no te preocupes.

Dejamos el Uruguay un día caluroso de enero, camino hacia Carrasco no vimos ni siquiera los pájaros en la Alameda, ni a la sombra se podía aguantar el calor húmedo. En España nos recibió un enero lluvioso y frío, el viaje había sido difícil, pero mucho más trabajoso nos resultó volver a construir desde cero la cotidianidad de cada una de nuestras vidas.

Mientras mi madre y mi tía se preocupaban de la subsistencia material de la familia, mi hermana y yo con-



validamos cientos de papeles después de largas filas en los más diversos sitios, hasta que por fin retomamos los estudios. La abuela, durante todos esos meses se dedicó con la tenacidad de una filigranista a dar largos paseos por el barrio y a charlar con los vecinos. No hacía dos meses que vivíamos en el número nueve de la calle Lorca y todo el barrio ya conocía detalles mínimos de nuestras vidas; un día me demoré en el portal de la finca porque no encontraba la llave para entrar y el panadero de la esquina, que pasaba por ahí, me deseó suerte para el examen de matemáticas que yo tenía al día siguiente.



Ya habíamos reconstruido nuestras rutinas diarias y la casa, ahora en España, volvía tener su ritmo propio, mi madre, trabajaba en una academia como profesora, mi tía Martina decoraba interiores para una pequeña empresa, mi hermana Margarita cursaba su primer año en la universidad y yo estaba en último año de la escuela secundaria. De mi abuela Cora sabíamos poco, la veíamos por la tarde, eso sí, antes de las seis que era la hora en la que se encerraba en su habitación, donde había improvisado el taller de la filigrana.

Pasaron unos cuantos meses, y todo parecía estable, quizá demasiado tranquilo. Las cosas parecían tener un orden que ya nos hacía rozar el límite de desconfiar de nosotros mismos.

Allá por el sexto mes, ocurrió el suceso que nos confirmó que seguíamos siendo nosotros, que la familia era la misma a pesar del traslado, y que la calma no era sino ficticia. Un domingo por la tarde, a eso de las cinco, lla-



maron a la puerta de casa, abrí la puerta y era Jaime el panadero de la esquina que preguntaba por mi madre. Ella lo invitó a que pasara y bebiera un café, pero él rechazó la propuesta; en cambio, se quedaron en la puerta hablando bajito durante casi una hora.

Mi tía, que estaba esperando en la cocina con el mate ya preparado, le preguntó que si ocurría algo, a lo que mi madre respondió que no era nada, que Jaime había venido a ofrecerle una rifa del club de fútbol de su hijo pequeño y que se habían demorado conversando sobre otras cosas. No pasa nada, dijo mi madre al fin, no hay de qué preocuparse. Tía Martina hizo su gesto de incrédula, entornó los ojos y con una mueca le dijo, si era eso nomás, está bien.

Mi madre se había quedado un poco inquieta pero era casi imposible que contase qué era lo que realmente había hablado con Jaime.

El miércoles siguiente, llamó a la puerta de casa la vecina de arriba y me dijo que quería hablar urgentemente con mi tía o con mi madre, llamé a mi madre y, como con Jaime, ella se quedó un largo rato en la puerta susurrando palabras que Margarita y yo no fuimos capaces descifrar. El viernes se repitió el evento, pero esta vez vino Concha que era la peluquera de la otra calle, y como mi madre no estaba fue tía Martina a hablar con ella.

Cuando mi madre llegó de la cena de fin de curso que tenía programada para ese viernes con sus alumnos, encontró a la tía en la cocina sentada detrás de una taza de leche caliente. Te estaba esperando, le dijo con la voz baja





pero firme, hoy vino a casa Concha la peluquera de aquí bajo y me contó lo de Cora, supongo que es lo mismo que hasta ahora me habías ocultado, lo mismo que vinieron a contarte Jacinto y la vecina de arriba. Mi madre se quitó el abrigo y lo colgó en el perchero, dejó su bolsa encima de la estantería de la cocina, se sentó justo en frente de Martina, bajó la cabeza y con la voz suave y los ojos fijos en alguna miga de pan olvidada en el mantel desde la cena, asintió con la cabeza. Se quedaron hablando en voz baja, mi madre no paraba de menear de un lado a otro la cabeza y Martina abría y cerraba los puños mientras intentaba articular alguna explicación sensata a lo que sucedía.



Aunque las dos estaban preocupadas no nos dijeron ni una sola palabra, Margarita y yo sentíamos una terrible curiosidad, para conformarnos nos dimos a la tarea de especular sobre qué era lo que pasaba. A los dos se nos ocurrió que si Martina y nuestra madre estaban tan preocupadas, lo que pasaba tenía que ver necesariamente con la abuela Cora. Sin embargo, no teníamos idea de qué podía ser, la abuela estaba como siempre: amable y tranquila, y además había logrado reconstruir su pequeño taller de filigranista, y se pasaba tardes enteras sin salir de él. Decididamente ni siquiera podíamos imaginarnos lo que sucedía.

Ese fin de semana continuó el desfile y se extendió hasta el final de la siguiente. Por casa pasaban vecinos, dueños de tiendas del barrio y hasta vinieron las barrenaderas de la plaza de enfrente. La rutina se repetía: salía Martina o mi madre, hablaban en voz baja con la visita



durante una hora, siempre sin entrar a casa. Fue entonces cuando Margarita y yo decidimos salir de dudas y preguntar abiertamente qué era lo que estaba sucediendo, mi madre dio algunos rodeos y titubeó, Martina en cambio fue más directa: la abuela no está bien, dijo con un tono de voz sobrio. La respuesta de la tía nos cayó como un cubo de agua helada, era francamente sorprendente escuchar a Martina tan decidida decir eso de la abuela Cora. La respuesta que nos dieron nos sembró más dudas de la que ya teníamos. Al ver nuestras caras de asombro, mi madre prosiguió con la explicación, lo que pasa, dijo, es que la abuela Cora cree que aún vivimos en Montevideo, parece que todavía no se dio cuenta que nos mudamos, agregó con cierto desdén. Los vecinos, continuó explicando ella, preocupados han estado viniendo a contarnos que les llama por otros nombres y les pregunta por su familia equivocándose también los nombres y, a veces, incluso les agrega miembros que no existen.

Nada de lo que mi madre relataba parecía tener sentido, yo no podía creer que la abuela hubiese enloquecido silenciosamente, sin que dentro de mi casa no nos percatásemos de nada. Era evidente que faltaba una parte de la explicación, la tía Martina se encargó de dárnosla. Resulta, dijo retomando la palabra después de un silencio largo y estático, que la abuela Cora llama Melchor al panadero de la esquina, Jacinta a la peluquera, Doña María a la vecina de arriba... Ya entiendo, interrumpió Margarita con un gesto abrupto, la abuela reemplazó los nombres de los vecinos de calle Lorca por los nom-



bres de los vecinos de Arroyo Seco, de nuestro barrio en Montevideo. Eso es, dijo Martina, la abuela cree que aún vivimos allí.

Yo me había quedado en silencio pensando en cómo se resolvería el problema, porque la verdad es que no se me ocurría nada. Lo pregunté, mi madre y Margarita ya habían tomado una decisión que nosotros debíamos aceptar sin ningún cuestionamiento, el plan consistía en que nadie le diría nada a la abuela Cora, íbamos a hacer como si no pasara nada. De los vecinos del barrio, ya me encargo yo, dijo la tía Margarita, voy a hablar con cada uno de ellos para que nos hagan el favor de actuar lo más naturalmente que puedan, intentando en todo momento hacer como si nada extraño ocurriese.



De esa forma lo resolvieron las reinas de la casa después de mucho cavilar, lo hicieron creyendo que era lo mejor, lo que menos daño le causaría a la abuela Cora y, sin duda, así fue.

Margarita y yo lo aceptamos, sin embargo, nunca acabé de creerme que la abuela perdiese de esa forma tan repentina la conciencia del lugar donde estábamos viviendo. Claro que mientras vivía en casa con Martina y mi madre resistí cuanto pude la tentación de hablar con la abuela.

Habían pasado unos cuantos años, yo vivía ya en otra ciudad e incluso trabajaba, cuando tuve que viajar a aquella primera ciudad de España que nos había recibido, porque la abuela Cora estaba enferma.



En un momento que nos concedieron a solas, aproveché para hacerle la pregunta que hacía años pensaba y repensaba y que tantas veces había pospuesto. La abuela no se sorprendió, con su rostro siempre amable, me confesó que simplemente había trasladado la memoria, porque temía que se le perdiesen algunos recuerdos cotidianos de su querida Montevideo. Eso mi hijo, me dijo con los ojos llenos de un brillo intenso, es lo que me ha permitido vivir aquí y también allí, al otro lado del Atlántico.

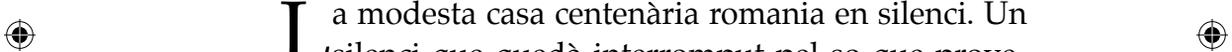




# UNA CASA SENSE ANDANA

*M<sup>a</sup> Carmen Antich Brocal*

*Als meus pares i als iaïos, que dignificaren  
una època plena de indignitats.*



**L**a modesta casa centenària romania en silenci. Un silenci que quedà interromput pel so que provenia del vell campanar anunciant les deu de la nit, i pel moviment del pèndol del rellotge, que penjat a la paret, presidia la xicoteta habitació. Dos fanalets entelats subministraven a l'estança una llum esmoreïda. Groga com el paper de les fotografies que reposaven impassibles damunt dels mobles corcats. Groga com la pintura que cobria la paret deslluïda pel pas del temps, un temps que semblava estancat en cada racó d'aquell habitatge que desprenia olor a ranci.

Havien passat cinc minuts quan trucaren a la porta. Insistien. Carme, amb moviments calculats, va recolzar una mà tremolosa a la tauleta rodona que tenia davant

albergant un braser. L'altra la descarregava al braç de la butaca agafant impuls per alçar-se. Mentre avançava cap al carrer, arrossegant els peus, pensava en veu alta:

–Qui podrà ser a aquestes hores? Els meus fills tenen claus!

El forrellat que assegurava l'antiga porta de fusta es resistia a moure's xerricant a cada moviment dels seus dits. En obrir va comprovar que fora no hi havia ningú.

–Quines ganes de fer parlar tenen alguns! –mussità.

Lentament feu el camí de tornada. L'esforç li havia provocat pantaix i va seure de nou entretancant els ulls.

Un soroll a la cuina trencà el ritme de la seua respiració accelerada i li va fer pensar que algú feinejava amb els atifells. L'aroma a timó i canyella, a llorer i herba-sana li envaïa l'olfacte.

–Qui està ahí? –preguntà Carme alarmada.

–Sóc jo, ta mare.

–Però..., mare! –exclamà incrèdula– Que fa vostè ací?

–No t'alegres de veurem? He vingut per acompanyar-te.

–I tant com me n'alegre. Estic tan sola... –es lamentà l'anciana.

–De vegades em quede observant tot el que m'envolta i em sembla que fou ahir quan vivíem ací tots junts. Aleshores la casa estava tan plena de gent que gairebé no hi cabíem.



–Ho recorda mare?

–Com no ho havia de recordar –li contestà acomodant-se al seu costat.

–Els records ens acompanyen per tot arreu, ens ajuden a viure i a morir. Persisteixen a través de les coses i les persones. Aquesta casa està feta de records, dels nostres records... i cada mur, cada moble, cada objecte, es queda impregnat de l'esperit d'aquells que l'habitaren.

Immòbil al seu seient d'humil condició, els llavis de Carme dibuixaren un somriure d'infant. Mentrestant, en la penombra de l'habitació el silenci continuà parlant amb la seua fantasmal retòrica i els paisatges nuvolosos de la seua memòria s'ompliren de rostres que, fins i tot, mai no havia vist.

–T'he explicat alguna vegada el que hagueren de fer els nostres avantpassats per tal de conservar aquesta casa? –preguntà la mare– I sense donar-li oportunitat de contestar, com era el seu costum, continuà dient:

–Els meus avis la llogaren per casar-se. Era xicoteta i no tenia andana, però posaren en ella tota la il·lusió de formar una llar on criar els seus fills.

L'àvia, tan eixerida com era, anava i tornava a València carregada amb cistelles plenes de queviures: ous acabats de pondre que repartia per les cases, animals de corral, dolços i pastissos que comprava als millors forns de la capital i venia després pel poble. Les veïnes li feien encàrrecs de les botigues de vetes i fils i ella també els portava.



–La meua iaia Florentina –evidentment tu no la cone-  
gues– era menudeta, però molt valenta com totes les  
dones d’aquesta família. S’alçava a l’alba i preparava les  
comandes. Després es dirigia a la parada del tramvia.  
Els consumers, que eren els empleats municipals que co-  
braven les taxes sobre les mercaderies, estaven sempre  
a l’aguait. Les cues als fieltos eren inacabables: llaura-  
dors, pescateres, carboners, i fins i tot els barbers, es diri-  
gien a la ciutat per guanyar-se el pa. Alguns tramviars,  
que ja la coneixien, amagaven al seu vehicle alguna de  
les cistelles perquè s’estalviés de pagar alguns cèntims.  
En agraïment, quan aplegava Nadal, ella els convidava  
a dolços i licors.

Tot anava d’allò mes bé quan hi hagué una epidèmia  
de còlera que des de Xàtiva es va escampar per tot Va-  
lència. El meu avi va ser una de les milers de víctimes.  
Ma mare tenia aleshores tres mesos i dues germanes un  
poc més majors. La iaia estava desesperada... D. Bernat,  
el metge, li va dir que havia llegit un anunci al diari on  
donaven raó de nodrisses que s’havien d’adreçar al nú-  
mero tretze del carrer dels Cavallers de València. Sense  
pensar-s’ho dues vegades agafà la més menuda en bra-  
ços i es va dirigir cap a la ciutat per vendre l’única cosa  
que aleshores posseïa, la seua llet. Prop de tres anys es-  
tigué alletant pàl·lides criatures que, en poc de temps,  
lluïen les seues galtetes rosades.

Passat el temps les filles es feren grans i totes quatre  
treballaven tant com podien per poder comprar la case-  
ta. Les ties Empar i Teresa es posaren en amo i la meua  
mare cosia vestits i feia jerseis des que eixia el sol fins

que s'amagava, continuant després que encenien el cre-sol. La sobtada malaltia i posterior hospitalització de la tia Teresa es va emportar gran part dels diners que les dones havien guanyat. Els amos de la vivenda, que ho eren també de la meitat del carrer, amenaçaven a fer-les fora si no la compraven. Aleshores, la iaia, es va mudar la roba, es va calçar les espadnyes noves, i una altra vegada buscà a València alguna solució.

Ricard Borràs i Brull era un prestigiós advocat al qual ella coneixia molt bé. Cada any, pel Nadal, el lletrat li enviava un present amb una nota. Com un tresor guardava la que li va escriure quan encara era un adolescent. Va fer que li la llegiren un munt de vegades fins que la va memoritzar. Doncs, com la majoria de persones de la seva edat i condició, la iaia, no sabia de lletra.

*A mi madre Florentina, que aunque no me dió  
la vida, me ofreció su más preciado elixir. Sin el  
cual no hubiese podido vivirla.*

*Firmado: Tu Ricardito.*

I gràcies a la intervenció de l'advocat pogueren, elles i la resta dels veïns, continuar vivint en les cases de lloguer.

Quan les dues germanes majors es casaren anaren a viure amb els seus marits. La meua mare ho va fer anys després i, junt amb el meu pare, es quedaren en aquesta casa en companyia de l'àvia fins que es va morir. Prompte començaren a tenir fills. Sis en tingueren, però un no va sobreviure a causa del *group*. Amb l'avi Andreu, que era el meu avi patern, érem huit a casa.

El meu pare era cap de guardes de les terres de la marjal, a més a més, s'encarregava del motor del port. Tenia un barquet on passaven, ell i la mare, moltes nits enmig del sequiol amb els *mornells* preparats esperant que botés la gamba que ella venia després pels bars i als particulars al crit de: "xiquetes! compreu gamba fresca!".

A peu, carregada amb la panera atapeïda de l'exquisit fruit de l'Albufera, feia el camí de tornada al poble quan el sol clarejava i els homes s'incorporaven a treballar la terra. En arribar a casa l'esperaven cinc criatures famolenques i l'avi Andreu, que era ben bé com un altre xiquet.

–Dolors, –li deia a la meua mare– per què no alceu la caseta? Ací tots no cabem!

Dormia a una cambreta que hi havia damunt del corral. Un dia es va quedar adormit mentre fumava i de poc no es botà foc tota la casa. Les espurnes cremaren el matalàs que estava fet de palla de cacauer i s'emportà un bon ensurt. La resta de la seua vida romandria carregat de remordiments... Pobre home!

A la meua germana xicoteta la mare encara li donava de mamar. A ella i al fill d'una veïna que xuplava amb tanta gana que la deixava sense forces. La mare del xiquet, que no tenia llet, però tenia possibles, li portava carn i fruita perquè s'alimentara bé, però la nostra ho guardava gairebé tot per a nosaltres. Aquells eren temps difícils, molt difícils... Malgrat tot, i gràcies a un préstec, pogueren comprar la caseta.

De tots cinc vaig ser jo la que va continuar vivint ací després de casar-me. El teu naixement, filla, va ser la cosa més important que mai no m'havia passat. Més endavant, un darrere de l'altre aplegaren els teus germans.

Sense tenir-te al meu costat no hauria pogut suportar els tràngols que haguérem de passar durant la Guerra Civil, quan s'emportaren el pare al front amb els de la quinta del sac. Tenies catorze anys i una malaltia a les cames que afortunadament es va curar, però ell no ho va saber fins que no va tornar.

–Sé que allò no ho has oblidat –asseverà la mare.

–Com es pot oblidar una cosa així? –digué Carme amb veu entretallada.

–Encara ressona als meus oïts l'estrèpit d'aquella bomba que tiraren a l'estació... Quan escoltàvem volar la *pava*, i vostè no estava a casa, les nostres veus emmudien de pànic i ens amagàvem baix del llit convençuts que així no ens assolirien. L'angoixa no desapareixia fins que aquelles mans invisibles no deixaven d'estrènyer la gola i a la fi esclatàvem en un plor.

Una sensació semblat em produïa veure-la ací mateix, de peu, escudellant el dinar. Nosaltres seiem impacients al voltant de la taula mentre anava repartint fins que no en quedava més. Aleshores deia:

–Jo he esmorzat tard i no tinc gana, mengeu!

–Però, a mi no m'enganyava. És per això que em va costar molt de comprendre com, sense dubtar-ho, va acollir ací els meus cosins en morir-se la tia.



–Ella també ho hagués fet per nosaltres. I no cal parlar-ne més! –sentencià. I ens haguérem d’apanyar tots nou amb les dues habitacions que hi havia.

Puc escoltar encara les nostres rialles innocents a l’hora d’anar-nos-en al llit quan, invariablement, ens mormolava. Als meus records, mare, sempre apareix seriosa, sempre cansada, sempre gran... Ni tan sols l’alegria pel retorn del pare ens va durar gaire temps. Mancàvem de tantes coses imprescindibles..., el pare malalt i nou boques per alimentar.

Em meravellava veure com feia condir les quatre coses que ens donaven amb la cartilla de racionament. I quan eixia de casa amb una panereta d’ous i tornava amb unes botelles d’oli. I el mateix ocorria amb l’arròs i l’abadejo, les creilles i la farina...

Fins i tot Vicent, quan venia a festejar, ens ajudava a picar l’arròs que mesclàvem amb la farina de dacsa per pastar el pa.

–S’ha de dur a coure a la primera fornada que així ix més bo! –em deia sempre. I dues vegades per setmana fèiem camí cap al forn, a les sis del matí, carregades amb la pesada post. Perquè d’aquells llonguets mai no en menjàvem prou.

Carme, emocionada, va agafar entre les seves les mans de sa mare i les va besar.

–Ens va deixar massa prompte, mare. No sap com l’he trobada a faltar!

Pensàvem que el pare també es moria però, no li ho varem permetre, tenia massa persones al seu càrrec,



massa responsabilitat. Quan va aconseguir refer-se no deixava de repetir:

–El que més em dol és no haver complert la promesa que feu a la mare d'alçar la caseta.

Però, com ho podria haver fet –ens preguntàvem– si els diners que amb tant d'esforç havíem anat estalviant, en acabar la guerra, no valgueren per a res? Digueren que eren diners de la República. Com si no haguessin costat el mateix de guanyar!... Desgraciats!

Passat un temps, quan pareixia que la trista normalitat s'havia instal·lat definitivament a casa nostra, la imprevista arribada d'un home molt especial marcaria per sempre la meua vida.

Era una nit fosca d'hivern, els llamps i els trons no em permetien agafar la son. En un interval d'esperpèntic silenci vaig escoltar una veu que xiuxiuejava des de la finestra del carrer:

–Pepet obri, sóc jo, Joan.

Passaren uns minuts i el pare, després d'assegurar-se que tots dormíem, el va deixar entrar. Parlaven en veu baixeta, fins i tot em va semblar que ploraven. Vaig escoltar com obria el rebost, supose que per donar-li alguna cosa per menjar.

–Tan sols seran uns dies fins que tot açò es calme –li deia l'home mentre repicava les dents de fred.

–Estàs amerat! et trauré roba eixuta. I pots quedar-te tot el temps que calga –el va tranquil·litzar mon pare.

–A Carmeta li semblarà be? –li preguntà.

Novament, el tant temut silenci s'apoderà de la gelada atmosfera i, a poc a poc, el pare li va explicar al seu estimat amic de la infància i adolescència com havia succeït la tant sentida pèrdua. Finalment em vaig deixar vèncer pel cansament i no recorde rés més d'aquella nit.

L'endemà tots es comportaven amb normalitat, encara que jo trobava el pare un poc nerviós. Aprofitant que ens havíem quedat sols li vaig preguntar directament qui era aquell home i on estava ara. Davant la meua insistència no va tenir més remei que explicar-me allò que, des d'aquell moment, seria el nostre secret més ben guardat.

Prop d'un any tinguérem amagat Joan dalt del corral. El pare va tapar l'entrada amb unes fustes al·legant que així no baixarien les rates que tanta por els feien als meus germans menuts. Jo, amb molta cura, li pujava el menjar i li rentava la roba. Com que era la del pare no despertava sospites. Ell era molt amable i educat. Jo tractava d'aconseguir-li llibres per a llegir i algun periòdic. Un dia, decididament, li vaig preguntar:

–De qui s'amaga vostè?

–De la injustícia, –em va contestar– d'aquells que no toleren que ningú qüestione els seus actes ni denuncie els seus crims. Dels mateixos que ens tenen atemorits a tots pel fet de no pensar ni sentir com ells.

–Doncs, jo no tinc por! Ara ja no en tinc! –Em vaig afixar a contestar-li.- Li ho deia sense poder-m'ho creure.

Perquè, a cada cop que s'escoltava pel carrer el so que feien les soles de les inusitades sabates de la parella de la Guàrdia Civil, la sang se'm gelava a les venes, i temia que s'emportaren també el pare i ens quedàssem orfes del tot.

El dia que Joan va decidir anar-se'n el pare i jo plorarem plegats. Sabíem que es jugava la vida malgrat que l'havien donat ja per mort. Era un home honest i culte que defensava els seus ideals de democràcia i llibertat per al poble, aleshores oprimint i acarnissat pels seus governants. Mai més tinguérem notícies seves però, al llarg de la meua vida l'he tingut present infinitat de vegades.

—Com pot comprovar, mare, la casa encara està igual amb les dues habitacions de sempre. Ara fins i tot em sembla gran, com que visc jo sola...

—Sap que em vaig casar amb Vicent?

Era molt bo, tant com el pare. Acostumada com estava vaig treballar de valent. Criàrem vaques i algun porc al corralet. Jo les munyia de bon matí per vendre la llet. Ell era jornalero del camp i quan acabava treballava el nostre trosset de terra i cuidava els animals. Jo també hi anava..., a plegar creïlles, cebes, o collir cacau. A la temporada de la taronja al magatzem, o a encaixar enciams, o triar fesols.

Vaig tenir un fill i després una filla. Li diuen Carme, igual que a vostè i a mi. Ells viuen en cases altes, tan altes que han de pujar en ascensor. A mi em fan por els ascensors per això mai no he volgut anar a viure amb ells. A

més, tenen uns bons treballs que no han de deixar per a tenir cura d'una vella.

El meu fill, que li posarem de nom Josep, com el pare, diu que algun dia farà obres a la caseta i a la fi serà una casa alta. Jo no sé si ho veuré, estic tan cansada...

Reclinada en la vella butaca, amb els ulls clucs i la boca lleugerament entreoberta, Carme s'endinsava en el més profund dels somnis. Per sempre quedaria ja indemne a la solitud amb la qual coexistia.

Novament s'escoltaren uns cops que provenien de la porta del carrer. Immediatament la dona s'alçà de la butaca i es va dirigir a obrir. Es va quedar bocabadada en comprovar que les cames ja no li pesaven, que el cos el movia lleuger, que els ossos deformats de les mans eren rectes i la pell blanca i estirada. Sense cap dificultat va descórrer el forrellat i va obrir. No va veure ningú.

–Però, una altra vegada! –exclamà– Què està passant ací?

Aleshores sa mare li va dir:

–Carme, filla, és hora que vingues amb mi, hem de fer un viatge sense retorn.

–I no podré tornar mai més a la nostra casa? Però, no m'he acomiadat dels meus fills!

–Tu sempre estaràs ací com ho estic jo, i els meus pares, i els meus avis... Malgrat que ningú no et pugui veure, malgrat que ningú no escolte la teva veu ni aspire la teva flaire. La teva presència perdurarà en la memòria



dels qui t'estimaren i et coneixeren. Ells, amb la seva il·lusió, et faran tornar com tu m'has fet tornar a mi.

Les sorolloses màquines estaven preparades per començar l'enderrocament. Josep feia una darrera ullada als mobles i objectes que s'amuntegaven enmig de casa. Una estranya sensació, que no hauria pogut explicar, li impedia continuar amb el seu comés. De sobte, la remor de l'aire l'incità a dirigir la mirada cap a un calaix entreobert que mostrava una fotografia arrugada i borrosa de contorns ondulats. En negre sobre blanc apareixia una dona menuda asseguda en una cadireta de boga davant de la casa que ara tenia els minuts comptats. Després de mirar-la se la posà a la butxaca i donà l'ordre de començament.





PACIENT 302: SUSANA  
DIAGNÒSTIC: ANORÈXIA  
NERVIOSA

*Virginia Ballester Martínez*

A cí començà l'experiència més difícil i, alhora, més enriquidora de la meua vida.

Tenia per aquell temps tan sols 13 anys, em desenvolupava correctament dins del meu ambient social, el col·legi, la família... i ningú haguera sospitat mai que en poc temps la meua vida acabaria donant un grandíssim gir.

En el col·legi treia bones notes, i sempre gaudia dels elogis dels professors. Els pares no tenien cap queixa de mi, era obedient, responsable i sincera.

Però, tal vegada, no tenia el factor més important de tots: l'estima cap a mi mateixa, com a persona, com a adolescent, com a dona, com a Susana.

El 16 de febrer d'aquell mateix any, em vingué la regla.

Estava a l'escola i vaig notar com una sensació estranya, semblava haver-me orinat damunt, però li vaig restar importància i vaig seguir la classe amb tota normalitat. En arribar a casa em vaig adonar que tenia la falda de l'uniforme tacada. En descobrir que aquella cosa que m'havia ocorregut no era més que la meua primera regla, em va caure el món damunt.

En eixe moment vaig pensar que era el pitjor que podia passar-me.

Sentia por. Por de ser dona, por de canviar, de créixer, por que algú s'assabentara del que m'havia passat.

La mare no em digué res, solament m'indicà què és el que havia de fer en eixa situació i a penes li prestà importància al fet. Però per a mi tenia importància, clar que en tenia, i molta. Vaig passar diversos dies sentint-me com un monstre. Anava a classe i pensava que tots em miraven perquè sabien que tenia la regla. Vaig arribar a sentir-me tan malament que vaig decidir buscar una solució al meu suposat problema. No vaig tardar molt a informar-me sobre la situació de les gimnastes rítmiques (entre altres coses), per tal de saber què podia fer-me desaparèixer la regla. La resposta fou clara: el pes influenciava en els canvis hormonals del cos. Em trobava feliç, ja havia trobat la solució, però quedava la part més difícil: posar-ho en pràctica. Vaig decidir amb tan sols 13 anys posar-me a dieta per tal de perdre pes i fer així desaparèixer el meu gran turment: la regla.

Vaig deixar de menjar com aquell que juga al parxís. Exactament, era això el que estava començant a fer: jugar



a un joc amb les meues pròpies regles, pensant en guanyar i ignorant, a la vegada, que inevitablement anava a perdre molt més que una partida.

El joc començà com una cosa més a la meua vida. Em posava normes per deixar de menjar, feia exercici en excés i dedicava tot el temps restant per a estudiar i poder seguir sent la millor de la classe.

En qüestió de pocs mesos el pes va baixar. La regla, no hi havia aparegut i jo em sentia totalment segura que ho estava controlant tot de meravella.

Passava el temps i el meu joc continuava amb més intensitat. Ja no era una cosa més a la meua vida; era l'única cosa de la meua vida. Cada vegada més prima, més dèbil, més insegura... i a la vegada, més involucrada en el meu objectiu. Objectiu? Quin objectiu? No hi havia objectiu. Mai hi havia hagut objectiu. Ara tota la meua vida girava entorn del menjar, el cos i el pes.

Havia entrat d'una manera molt ràpida dins un cercle que mai m'haguera imaginat que fóra tan perillós. Al meu joc apostava dia a dia la meua pròpia vida, i inclús, de vegades, quan era conscient del problema, ignorava la seua complexitat. Amb cada quilo que baixava, perdia també una part de ma vida. Les amigues, l'estudi, la família, els xics, els dissabtes al cinema, els sopars amb gent, els xurros amb xocolata de l'àvia, el somriure, la mirada... tot hi anava desapareixent repentinament i a penes m'importava, perquè la meua vida era ja presa d'una malaltia que em tenia en un estret fil separant-me subtilment de la mort. El pes continuava baixant escan-



dalosament. Cada vegada tenia més por de menjar. Em mirava a l'espill i m'agradava veure com la meua carn deixava entreveure la forma dels ossos.

A casa la tensió augmentava considerablement, els pares m'havien portat a diversos metges, però semblava que ningú m'hi donava una solució. Jo feia tot el màxim possible per ocultar el problema i continuar jugant. Jo ja no era Susana, era altra persona. Tot havia canviat. I la mort cridava a la porta cada vegada que em desmaiava, que m'ingressaven o que pensava a suïcidar-me.

El joc estava arribant a la fi i havia de posar-hi punt i final si no volia acabar amb el pitjor dels finals.



Tenia por de continuar com fins aleshores, però també tenia por de canviar. Pensava que el pes no pararia mai de pujar, que no podria controlar-me, que em vindria la regla i ningú em miraria mai més. A més, la meua afició pel ballet (cosa que vaig haver de deixar) feia que encara m'aterrira més el fet de notar canvis al meu cos.

De sobte la meua estima havia passat a dependre del meu cos, del meu ideal de bellesa, de les meues ganes per mostrar als altres que jo valia la pena; havia passat a dependre de coses tan superficials com el pes, la talla dels pantalons o les calories que ingeria al dia.

Prompte m'adonaria que la meua malaltia era molt més complexa que tot això.

Pel setembre de l'any següent vaig ingressar en un centre de dia a València.



Eixe estiu a penes vaig poder eixir a banyar-me amb les meues amigues. Físicament estava massa dèbil per alçar-me del llit i el meu estat d'ànim estava per terra.

En començar el tractament, em vaig negar a acceptar l'ajuda. Negava la meua malaltia i m'esforçava inútilment per fer creure que jo no tenia cap problema. Però, a qui volia enganyar?

Els pares posaren tot de la seua part per facilitar-me el tractament. Però els primers mesos foren molt durs. L'hora de dinar era una autèntica angoixa. Havíem d'acabar-nos tot el que se'ns posava al plat i per a mi era una autèntica exageració. Les companyes que portaven més temps allí m'ajudaven per tal de fer-me més fàcil l'estada al centre. La meua actitud al principi era molt negativa i a penes donava importància als tallers que hi féiem la resta de companyes i jo.

Hi havia tallers d'imatge corporal, de família, de programació del cap de setmana, d'autoestima, d'habilitats socials, d'emocions...

Per sort el tractament era molt intensiu i vaig acabar acceptant que estava malalta i, el que era més important, necessitava ajuda perquè volia curar-me.

Cada xicotet pas que feia dia a dia era un gran èxit per a mi. Cada llàgrima compartida amb les companyes, cada somriure de les terapeutes, cada segon en aquell lloc m'estava convertint, quasi sense adonar-me, en una nova Susana molt més madura i segura de mi mateixa.

Vaig haver de deixar l'escola durant el primer any de tractament. Però el següent hi vaig poder retornar als meus estudis amb més normalitat.

Amb 16 anys, el 10 de gener em vingué de nou la regla. Em trobava al centre i les terapeutes i les companyes es van alegrar moltíssim. Per a mi també fou un gran fet de satisfacció, ja que significava que físicament estava molt millor i que el meu cos començava a funcionar amb normalitat. I això, al contrari del que havia pensat anys enrere, era una cosa molt positiva. Em començaren a créixer els pits i el meu cos arribà fins al pes que necessitava per estar sa. Psicològicament també estava preparada per afrontar tots aquests canvis.

El tractament durà dos anys i mig. Dos anys de continu aprenentatge, que vaig seguir posant en pràctica a la meua vida per tal de ser una persona més realitzada.

La part més difícil del tractament fou el final. Havia d'aplicar tot el que havia après, a la meua vida diària, perquè, a la fi, no anava a estar tota la vida protegida en la clínica. Havia d'enfrontar-me als problemes de la realitat.

I és ací, en aquest precís moment, en què comença la meua història.

Ja feia un any que m'havien donat l'alta al centre i únicament hi anava a algunes consultes puntuals per tal de veure com m'anava tot. Les recaigudes són molt perilloses i calia prevenir-les.

La meua vida ja havia tornat a la normalitat: havia recuperat les amigues, em trobava segura del que feia,

havia deixat de ballar ballet i havia preferit fer altre tipus d'esport que fóra sols per a divertir-me i no per a exigir-me, els estudis els havia recuperat i ja no em matava a estudiar per tal de ser la millor de la classe.

La família era una de les parts que més em reforçaven dia a dia. A més, havia començat a eixir amb un xic (cosa que abans em semblava totalment impossible) i, el que era el més important, m'estimava molt a mi mateixa.

Un dia qualsevol d'agost, ja complits els 17 anys, en què havia quedat amb unes quantes amigues amb la bici, em passaren una successió de fets que em farien comprendre algunes coses que ni jo m'imaginava.

Tocaren les 6 al rellotge del menjador. Vaig agafar ràpidament el berenar i vaig telefonar a Marta per avisar-la que arribaria un poc tard.

Passaven exactament huit minuts de les 6 i ja estaven totes esperant-me a la plaça Major. En arribar-hi, començarem a emprendre la marxa cap a la caseta de Núria.

El sol cremava quasi les nostres pells a eixes hores de la vesprada i alhora quasi ni ens adonàvem, ja que l'aire ens colpejava fortament de cara, produint-nos una gran sensació de frescor.

Mentre anàvem a la caseta, réiem de bona gana cantant en la bici les últimes cançons de l'estiu que estaven de moda. No vam tardar molt a arribar-hi i ens vam asseure sota l'ombra d'uns arbres per berenar i descansar. No havien passat més de deu minuts quan em sonà el telèfon mòbil. Sí, eixe accessori que ja sembla formar

part del nostre ser i que, de vegades, ens fa ser esclaus d'ell.

Era Josep, el xic amb el qual eixia des de feia uns mesos. M'enviava un missatge dient-me que havíem de parlar i que a les huit i quart m'esperava al lloc on sempre quedàvem. Em vaig estranyar prou, ja que no havíem quedat fins dissabte, perquè ell estava molt ocupat anant al gimnàs, i de seguida vaig pensar que alguna cosa li havia hagut de passar per a enviar-me un missatge així.

Vaig estar berenant i banyant-me amb les meues amigues fins a les huit, encara que durant tota la vesprada no vaig deixar de pegar-li voltes al mateix.

A les huit les meues amigues baixaren a la plaça per prendre un gelat i jo em vaig acomiadar d'elles, tot explicant-los el missatge de Josep.

Vaig arribar uns minuts abans de l'hora i el Josep ja era allí esperant-me. El seu rostre estava seriós, i la seua mirada es dirigia cap a terra.

–Hola Josep! Què hi passa? No em digueres que hui no acabaves fins a les 10 del gimnàs?

Silenci. Josep no contestà, ni tan sols em mirà. Alguna cosa estranya hi passava.

–Mira Susana, em sembla que hem de deixar-ho.

–Què? Deixar el què? *Lo* nostre? Per què? Què hi passava? Ja no em volia? –Segur que li agradava altra xicona. Però, què no funcionava en la relació perquè em deixara?

Totes aquestes qüestions passaren per la meua ment en qüestió en dos segons.

–Estic agobiat –em digué mirant-me als ulls per primera vegada–. Per a mi ara el més important és l'esport, competir i dedicar tot el meu temps a això. A penes quedem i veig que les coses no són com abans.

–Què? Ell sabia que tenia llibertat per fer la seua vida però si no quedàvem més sovint era perquè ell estava sempre ocupat. Com em deia ara açò a mi?

–Em sembla que no estàs sent sincer ni amb mi ni amb tu. Què ocorre realment? –li vaig dir traent totes les forces que hi tenia.

–Hi ha altra persona. Ho sent Susana.

El món va caure damunt meu, igual com quan em vingué la primera regla. Tot l'univers semblava estar en contra meua. No hi havia paraula que poguera pronunciar en aquell moment. Estava col·lapsada. Sentia ganes de plorar, de cridar, de desaparèixer.

–Bé, doncs ja està tot parlat.

Em vaig girar i em vaig acomiadar d'ell mentre intentava arribar el més prompte possible al cantó del carrer per tal d'amagar les meues llàgrimes d'adolescent rebutjada.

A penes sentia ja la veu del Josep que em cridava perquè tornara... jo ja m'havia allunyat massa i plorava com si mai ho haguera fet. En girar el cantó, vaig baixar l'avinçada corrent. A penes em sentia les cames, que anaven

soles, a una velocitat desmesurada i, mentrestant, les llàgrimes em dificultaven la vista. Me les anava aixecant mentre el meu cor palpitava com si tinguera la intenció d'eixir-se'n del seu lloc.

En arribar a la plaça, les meues amigues vingueren de seguida on jo estava. No va caldre dir-los res. Les paraules sobraven. Totes sabíem el mateix, però de diferent manera.

Jo no parava de plorar i totes lluitaven per donar-me ànims. A totes els havia passat alguna vegada. De vegades eres tu qui deixes l'altra persona. De vegades, és l'altra persona qui et deixa a tu. Açò últim era, per a mi, més dolorós, però a la vegada, em faria adonar-me que la vida era això: un munt de coses que no pots ni deus planejar mai, ja que no es pot controlar tot.

Vaig estar unes setmanes donant-li voltes. Per què altra? Potser era millor que jo? Què tenia aquella xicona que l'havia tornat boig? Era pel físic?

Prompte em vaig adonar que els motius tenien igual. Fóra o no pel físic, per la manera de ser, o per qualsevol altra cosa, jo no era menys que ningú. Jo era Susana, amb els seus defectes com tots i això no em feia responsable del que havia passat amb el Josep. Havia après durant el tractament de la meua anorèxia que les relacions de parella són com un trencaclosques. No és qüestió que ningú siga millor que ningú. Simplement hi ha persones que aconsegueixen encaixar les seues peces amb les de l'altra persona i hi ha vegades que les peces no encaixen. I no hi ha un perquè, senzillament és així.

Jo havia passat una malaltia molt seriosa i sabia de sobra que qui m'estimara ho havia de fer coneixent realment la Susana que s'amagava darrere aquell cos que, lluny dels cossos ideals i irreals que ens volen vendre a les revistes i a la televisió, era un cos preciós. Perquè tots els cossos ho són.

La meua estima cap a mi mateixa no havia de dependre de ningú. Jo em valia a soles per a fer tot el que volguera a la meua vida.

No anava a menysprear tampoc el Josep, perquè no hi ha culpables en aquestes situacions, si la sinceritat va per davant. I el Josep, malgrat tot, havia sigut sincer. I això era important.

Al poc temps vaig aconseguir oblidar-me del Josep. El veia com un amic, però ja no hi sentia res. No sentia amor per ell, però tampoc odi. La història podria haver sigut al contrari i no era just sentir rancor cap a ell, perquè això també significaria que jo em guardava rancor a mi mateixa, per no haver pogut donar-li el que ell volia. I jo no havia de donar a ningú res que no volguera.

Voler una persona no és donar-li-ho tot. I açò ho vaig comprendre alguns anys després, quan vaig conèixer Carles, la meua parella actual. Ens enamoràrem exactament per aquest motiu, perquè ningú intentà donar a l'altra persona res que no fóra o tinguera.

Ens mostràrem tal com érem des del primer dia i així fou com descobrírem que realment ens estimàvem.

El temps passà i després de cinc anys de relació, vam decidir tenir família. Ens estimàvem tant que desitjà-

vem, per damunt de tot, tenir un fill o una filla. Si era xic, l'anomenaríem Joan; si era xica, Helena.

Però semblava que, una vegada més, la vida havia preparat distints plans per a mi.

Després d'haver-ho intentat durant bastant temps, no vaig aconseguir quedar-me embarassada. El Carles i jo decidírem anar a un metge especialitzat per tal de fer-nos unes determinades proves. Els resultats tardarien unes setmanes, així que ens posàrem d'acord per tal de no perdre la calma, encara que, tant Carles com jo, ens moríem de nervis per dins.

Arribà dijous de vesprada, a les 19:00 h teníem consulta amb el doctor Sierra.

18:45 h: jo estava tocant el timbre de la clínica quan Carles arribava amb el cotxe roig de sa mare i em deia que anara muntant, que ara pujava ell.

Vaig preferir esperar-lo al portal.

Per sort no tardà massa, ja que havia trobat un lloc d'aparcament de seguida.

En arribar, em donà un bes i pujàrem cap al tercer pis. Ens obrí la porta Sandra, la secretària, i ens acompanyà fins a la sala d'espera.

Vam seure en dues de les cadires de braços que hi havia a l'habitació.

–De seguida vindrà el doctor per vosaltres, d'acord?  
–ens digué Sandra mentre entretancava la porta.

–Val, gràcies –contestà Carles.

Jo quasi ni m'havia adonat del que deia la secretària. Estava fullejant una revista sobre moda i absorta als meus pensaments. Em passava cada vegada que veia anuncis que promocionaven la primesa com ideal de dona bella i atractiva.

Em succeïa també quan anava a comprar pa i em trobava revistes que intenten vendre dietes miracle, o que promocionen medicaments per no engreixar-se.

Eixos segons eren per a mi com una espècie de teletransportador. Em venia a la ment la meua figura esquelètica amb només 14 o 15 anys, el meu afany per comprar totes eixes revistes que ara tant odiava, el meu somni d'arribar a ser com les models de la televisió...

I tota eixa mena de records em produïen molts sentiments contradictoris. Per una banda, tristesa i impotència, per haver-me perdut tantes coses importants durant la meua adolescència i pensar que, hui dia encara li ocorria a altres joves. Per altra banda, satisfacció. I aquesta satisfacció era fruit de dues coses: la meua lluita i força de voluntat per tal de superar la malaltia i, a més, la possessió de tots els coneixements que m'havia donat el tractament de la meua anorèxia, que em feien poder escapar de les xarxes de la moda, l'atractiu i el cos com a mitjà per ser feliç. I tots aquests coneixements que jo havia après, per desgràcia, no tothom els posseïa.

Estava pensant en tot això, quan la porta s'obrí i el doctor Sierra ens demanà que l'acompanyàrem.

Entràrem a la consulta i el doctor començà a explicar-nos:

–Bona vesprada, Susana i Carles. Començaré per unes cosetes que us volia comentar.

En primer lloc, els dos esteu molt bé de salut, no presenteu cap malaltia ni cap tipus d'anomalia orgànica. Esteu millor que dos joves de díhuit anys –hi vam riure tots subtilment–. En segon lloc, ja tinc els resultats de les proves que us vau fer. Respecte al Carles, tot correcte. No hi ha cap disfunció sexual. Però les proves de la Susana no semblen estar massa clares. A nivell de funcionament hormonal, tot sembla estar en ordre. Es va detectar en l'ecografia un úter de dimensions més reduïdes del que és el normal, i sembla que aqueixa és la causa que el teu cos, Susana, no siga capaç de fer desenvolupar un embrió, i per tant expulsi l'òvul fecundat abans que arribe a desenvolupar-se més. Segons el teu historial mèdic, la teua anorèxia a l'adolescència pogué ser un dels factors que condicionaren el teu desenvolupament reproductor. Però, Susana, recorda que tu no hi tens res a veure, són coses de la mateixa natura.

Em vaig quedar pàl·lida. Vaig pensar que açò no podia estar passant-me a mi. Carles em mirava, jo ho sentia, però no el veia perquè tenia la mirada perduda en altre món, d'altres dimensions, ple d'imatges que reflectien la meua vida, records que la meua ment no aconseguia processar correctament. Em sentia culpable. Em sentia dèbil. Em sentia buida. Més records. Jo ja no hi sentia res.

–Susana, et trobes be? –em va sobresaltar la veu del doctor. Carles em tenia agafada de la mà i jo, ni tan sols m'havia adonat del fet.

–Sé que és dur, però hi ha moltes altres dones com tu. No eres l'única, i t'assegure que elles han pogut trobar solució al problema. Sempre hi ha una solució per a tot. Però el primer pas és acceptar la realitat. Aquesta és la direcció d'un especialista en aquests casos. És un vell amic meu. És psicòleg i segur que us pot ajudar. Susana, no deixes que la vida t'amague dins d'una cova. A més, tens l'ajuda del Carles. Aprofita-la.

Des d'aquell dia, la meua manera de veure el món encara va fer un gir molt més gran del que ja havia fet. El Carles i jo assistírem a diverses consultes del doctor Xavier, el psicòleg. Ens ajudà bastant veure altres casos i tenir altres punts de mira.

Passà un temps i el Carles i jo decidírem fer-hi el pas.

Adoptàrem una xiqueta russa, Lídia, de tan sols quatre anys.

Ella ens va fer veure que la vida era molt més senzilla del que moltes vegades pensem.

El Carles no es separà de mi en tot eixe temps. Compartírem el problema com si fórem una única persona. I després disfrutàrem de la nostra recompensa més feliços que mai.

La Lídia va créixer com la resta de xiquets de la seua edat, però des de menuda, el Carles i jo la vam educar des de les nostres experiències passades, per evitar que poguera caure en les xarxes de la societat, com em passà a mi.

Ella cresqué i es va convertir en una dona forta i valenta. Em sentia tan orgullosa d'ella...



Ara, des de la meua tomba, continue pensant que ja ha triomfat i continuarà triomfant en la vida pel seu coratge. Com ho vaig fer jo, malgrat els obstacles que em vaig trobar al camí, ja que vaig ser una dona forta i capaç d'enfrontar-me al món que m'envoltava.

Al Carles, que encara viu, li estaré sempre agraïda per tot l'amor que m'ha donat, per tota la comprensió que m'ha anat regalant segon a segon. Per ser com és, continue estimant-lo com el primer dia.

“Encara que no puga ser amb vosaltres, estic feliç de la família que som i serem sempre”.





# ¡G

## ENERACIÓN CORAJE!

*Pilar Cabanes Domingo*



**E**s muy posible que los mayores de 60 años hayan adivinado que me refiero a nosotros, los nacidos en la posguerra.



No, no tuvimos oportunidades, y no me refiero a oportunidades laborales, de esas si las experimentamos; tal vez demasiadas. Además trabajos duros, de los de cansancio físico y callos en las manos.

Particularmente los que residíamos en pueblos de labradores, no sufrimos las consecuencias del racionamiento, ni necesidades alimenticias, pues en casa había pan, verduras, leche de cabra, matanzas de cerdos, conejos, pollos...

Personalmente, al no carecer de estos alimentos nunca los valoré, sin pensar que en las grandes ciudades esto era un verdadero drama.

Hubo una cosa que envidié (con sana envidia) de los que residían en la ciudad; su mayor fortuna era tener la oportunidad de estudiar al residir en ella.

En mi corto conocimiento de ese momento, odiaba el pueblo por lo siguiente:

– Cuando llegaba la recolección en el campo, la trilla, la siega, escardar, la almendra, la aceituna, la vendimia, etc... los niños teníamos que colaborar. Los niños íbamos detrás del arado tirando las semillas (para que después germinasen).

Cuando germinaban a una altura de 5 ó 6 cm, había que escardar, que consistía en con una azada de mango largo de madera pesada para nuestra edad, cavar la tierra para airearla y retirar toda la mala hierba, que cargábamos en capazos para llevárnoslas a casa para que comiesen los conejos.

– Siempre antes de ir al campo, y dado que no existían las canalizaciones de agua, teníamos que traer agua de las fuentes para dejar llenos los cántaros, botijos y vasijas, para beber, fregar, cocinar, y poder asearte cuando volvías del campo.

– Para lavar la ropa, debíamos ir todo el mundo al lavadero, con sus balsas de lavado, enjuagado y aclarado. Daba igual que fuese invierno o verano; esa era la forma de lavar.

– La siega: muy costosa, por supuesto manual y en pleno mes de julio con muchísimo calor.

– La trilla: una vez segado, consistía en echar en una era toda la siega (mies le llamaban) de lo que tocase

ese día: trigo, cebada, centeno, *barrachat*... Los animales (un mulo y un caballo en mi caso) daban vueltas sobre esa cama de la siega con el "trillo" y la "trilla" (esta última un poco más grande) y eran unas tablas redondeadas en su punta, cómo un esquí, y en toda su parte baja llena de piedras encastradas y con su punta hacia el exterior. Así, al dar vueltas la mies se rompía y se separaba el trigo (o lo que fuese) de la paja, que después había que separar lanzándolo al aire (aventar); el trigo al pesar más no es desplazado como la paja.

Yo la primera vez que vi el final de la trilla, me quedé alucinada que se dice ahora (entonces se decía "quedarse de piedra"); resulta que después del grano en sacos y limpio, venía la "Fiscalía de Tasas" a coger los impuestos en género, un % de los kg.

Cómo esto ocurrió antes de mis 13 años, la verdad me dio mucha rabia, con tanto sacrificio de mis padres y ahora les quitaban lo que querían y después de limpio ya y en sacos...

- Y además, estaban las almendras, aceitunas más costosas por el frío que hacía en pleno diciembre (de los de entonces...) y totalmente manual en el que estábamos unos dos meses entre olivos, la uva en su recolección y elaboración del vino, las algarrobas, algún que otro nogal y frutal para casa, y el huerto donde regando a mano (llevando el agua en el carro) en una extensión cercana a casa, con buena tierra, plantábamos las hortalizas y todo lo necesario para casa y el campo (tomates, cebollas, lechugas, azafrán, plantones de olivos y almendros...).



Mis padres heredaron de los suyos una almazara para hacer el aceite, y no sólo hacían el suyo sino el de la gente del pueblo. Además de la familia había trabajadores.

Consistía esencialmente en unos rulos de piedra movidos por los animales noche y día sobre una superficie de aceitunas, y una vez conseguida una pasta se ponía en unos discos llamados “espartines” (de esparto) que se introducían en una guía central a modo de palo, uno tras otro, y se prensaban a mano con cuatro operarios, llevando una barra de hierro de delante a atrás, hasta conseguir que saliese todo el aceite virgen de un lado y quedase la pasta seca en los “espartines” llamada “piñol” que era vendido para alimento de animales y sucedáneos de aceites.

Pero como mi padre también tenía inquietudes, indagó e indagó y encontró lo que buscaba; mecanizar su empresa con el fin de tener más producción y menos mano de obra.

Fue estupendo, el rulo rodaba solo; la prensa prensaba sola... ¡Que maravilla! Visto desde mis pocos años...

Pero aquello sólo duró unos años, pues ya llegamos a 1945 y todas las almazaras las convirtieron en una gran cooperativa, la cual aún tenemos actualmente, donde llevamos los géneros y sin preocuparnos de su elaboración (esto en estos últimos años) se nos convierten en un excelente aceite de oliva virgen, un excelente vino sin necesidad de aplastar la uva como hicieron ellos en su día con los pies.



Y así llegamos a los 50 y 60, todo avanzaba, fueron llegando la segadora, la trilladora, embaladora de la paja, tractores, maquinaria agrícola, abonos, pesticidas... Todo esto supuso unos avances muy importantes cuando aparecían y un motivo de espectáculo cuando se veían funcionar por primera vez, todo el pueblo a ver cómo funcionaba aquello, algunos para criticarlo y la mayoría para admirarlo.

Durante siglos y siglos las cosas se hicieron siempre de la misma forma; mi padre utilizaba las mismas herramientas que había heredado del suyo, y la forma en que trabajaba era la misma que sus abuelos y bisabuelos, así generación tras generación sin cambio alguno.

La introducción de estos avances, maquinaria, tratamientos herramientas (y por supuesto el avance de la sociedad en general) ha supuesto que los niños de hace ya unas décadas y los actuales de esos pueblos, puedan acudir a colegios, institutos, universidades y tienen un autobús para ellos, que los lleva y los recoge si deben asistir a clase fuera del pueblo.

Afortunadamente para todos ellos, ahora sí tienen las mismas oportunidades que los residentes en la ciudad.

Hasta la edad de desplazarse fuera del pueblo, ahora tienen buenos colegios y profesores; ellos no tienen faltas de asistencia motivadas por las recolecciones y labores del día a día; no son niños trabajadores que de vez en cuando si no había nada que hacer acudían a “la escuela”.

¿Alguien puede entender ahora porqué yo “odiaba” el pueblo?

Y no era un odio en sí por ser el pueblo, si no por lo que no podía hacer por falta de oportunidades. Con mis inquietudes aquello resultaba mortal.

Cuando nosotros no asistíamos a clase por todo lo referido anteriormente, nadie pedía explicaciones y nadie las daba.

Así crecimos y maduramos, demasiado deprisa para mi gusto.

Lo poco que asistíamos a clase, las niñas por las tardes teníamos "labores": coser, apedazar, bordar, zurcir, vainica, festón, punto de cruz, etc...

Se suponía que nuestro futuro era ser amas de casa, y esto era lo esencial entre otras tareas.

Ahora bien, no penséis que fui una niña desgraciada; en absoluto, sí inquieta y desilusionada por esa falta de oportunidades.

Con toda honradez os diré que uno de mis mejores recuerdos de aquella vida (además del buen jamón, el pan, embutidos, todo casero y buenísimo hecho por mi madre), y viendo ahora la forma de vida que tenemos; es que, como no teníamos ni radio ni televisión ni nada parecido, nos pasábamos las veladas delante del fuego en el hogar. Nuestros padres se sentaban con nosotros y nos contaban historias, o cuentos, jugábamos con los palitos de la leña (sarmientos) a cruz en raya, a juegos imaginarios; al veo veo... en definitiva me refiero a que había más familiaridad y contacto humano.

Lo recuerdo con verdadera nostalgia.



Estaréis conmigo en que ahora con tanta tecnología del ocio individualizado (la tele, los mensajitos del móvil, el ordenador, los marcianitos, Internet...) en la familia cada uno va a la suya; no hay contacto humano, nos sabemos estar el uno con el otro, no se escriben cartas ni postales, ¡con la alegría que daba que el cartero te trajese una carta!

A veces sin ser pesimista, pienso que la humanidad esta bastante deshumanizada.

Cómo vendréis observando por mi relato, yo viví mi infancia y parte de mi adolescencia acomplejada por no asistir a clase y tener la oportunidad de estudiar. Esto me llevó como tantas otras y sobre todo por el enamoramiento de mi querida Valencia (porque la verdad no existía ninguna necesidad en mi casa), a bajarme definitivamente a Valencia (a los 13 años menos un día), a trabajar claro, que era lo único que podía hacer dado que no había estudiado.

El cambio fue malo para mí, aparte del trabajo; allí sí que sufrí, el racionamiento, el no ser valorada como una niña que era... pero no tenía elección, aquello o el pueblo.

Claro, me hice fuerte una vez más y me tuve que quedar con aquello, y a pesar de todo pensaba... "viva yo", estaba donde quería: ...en "mi" Valencia.

Una vez "resuelta" mi estancia, empecé a indagar y preguntar y encontré un colegio de monjas para sirvientas y obreras. Todavía existe y siguen haciendo mucho

bien por los demás. Está entre la calle la Paz y la Plaza de la Reina.

¡Ya había encontrado lo que tantos años venía deseando!...: poder estudiar.

Acudíamos muchas chicas en mi situación, en vez de frecuentar otros lugares. Estábamos muy a gusto allí. Sólo acudía en mis dos tardes libres, pero me sirvió de mucho, me sentía considerada y gané en autoestima y en volver a tener un hogar en el que era alguien (el otro estaba en el pueblo, y volver habría sido reconocer mi fracaso).

Fui superándome culturalmente que es lo que a mi me preocupaba.

Es muy posible que este relato os aburra... tan personal, pero desgraciadamente tan común en esa época.

Con esta historia de mi vida, verídica, quisiera llamar la atención de los jóvenes actuales, a fin de que valoren la gran suerte que tienen de vivir en esta época de abundancia cultural.

Por favor, como yo les digo a mis nietos que ya son universitarios, y a todos los nietos de nuestra generación; que lo aprovechen y se hagan hombres y mujeres de bien (que hoy parece que abunda más lo contrario, pero creo que en realidad no es así, siempre hay más gente buena).

Que valoren el sacrificio de sus padres.

Nosotros nos hemos sacrificado por nuestros hijos y afortunadamente nos han superado, como sus hijos los superarán a ellos.

Y por favor, que se borre la leyenda de que “como tuvo una infancia tal y cuál, por eso ha salido así”, para mí eso no me vale, a parte de la educación que te den tus padres (que también cuenta por supuesto y son unos buenos cimientos que quedan), uno después también se tiene que hacer a si mismo, valorar lo bueno, desechar lo menos bueno y seguir por el camino limpio, aunque casi siempre es el más costoso y menos remunerado (algo que no va con los tiempos).

Tengo 68 años, artritis reumatoide, artrosis y muchos achaques más, no ya por la edad (que también) sino por todos nuestros duros trabajos.

¿A que sí compañeras desconocidas?

Nada es fácil para nadie, ya lo sé, pero ¿quién dijo que la vida es fácil? Nadie, ni lo es.

También vosotros jóvenes de ahora tenéis problemas, vale, aunque lo tenéis “chupao” (cómo decís ahora) al lado de vuestros ancestros, y no estáis acostumbrados a esforzaros como lo han hecho ellos, consideraréis que lo merecéis todo sin más.

Os pido que estudiéis, sed “empollones” pues los milagros no existen si no ayudamos a que se realicen y creemos de verdad en ellos.

Dios dijo: “ayúdate y te ayudaré”.

Ya sé que no me expreso cómo una universitaria; si lo hubiese sido nunca os hubiera podido escribir esto con tal torpeza.

Pero eso sí, lo hago desde el corazón y quisiera poder llegar al vuestro, y que entendáis que os deseo todo lo mejor para vosotros.

Una última cosa querida juventud, si llegáis a leer esto, no lo toméis como "batallitas de abuelos romancesos y plastas", y que nunca se os olvide que:

"Buena porte y buenos modales, abren puertas principales."

Afortunadamente también son buenos tiempos para nosotros los sexagenarios; pues los que tenemos anhelo de aprender, tenemos la Universidad Popular, en la cuál encontramos estupendos compañeros y maravillosas profesoras que nos lo explican todo de manera que lo entendamos y memoricemos, adecuadamente para nuestra edad. Con ello estamos continuando lo que se quedó pendiente en su momento. Gracias por esta oportunidad...

¿Sabéis que aprender cada vez engancha más y más?

¡¡Que sano enganche!!

# LA DONA BONICA DE LA BRONXA

*Vicenta Maria Devesa Pérez*

Aquesta història podria haver passat a qualsevol poblet de la nostra Espanya, ja que en tots es donaven les mateixes condicions de vida i els personatges clàssics de tot poble que s'aprecie: els terratinents, el cacic, el rector, la mestra, el metge, el boticari, l'alcalde, el secretari de l'ajuntament i el poble pla que treballava de sol a sol, això sí, l'honestedat, el respecte i la solidaritat eren patrimoni de "quasi" totes les classes socials, sobre tot de les menys afavorides.

Ens situem, doncs, a Alfasat, xicotet poble costaner de la Comunitat Valenciana, on no hi faltava cap d'aquestes figures, exceptuant el boticari, perquè a Alfasat no hi havia farmàcia, les aspirines i el piramidón, es venien en una d'aqueixes tendes en les quals es podia comprar de tot: des de sucre fins a pedres i metxa per a fer foc.

Allà van nèixer Maria i Miquel, els nostres protagonistes. A la seva xicoteta església els van batejar i van rebre la primera comunió.

Els carrers, aleshores sense esfaltar, encara recorden la polseguera que alçaven al córrer Maria i les seves amigues per un costat i Miquel i els seus amics per l'altre. Elles amb els seus jocs amb la corda i les nines, ells amb els tiradors i les baldufes.

També, com manaven els cànons de l'època hi havia de tant en tant baralles entre ells, i alguna estirada de trenes entre elles.

Mentre aprenien a l'escola, anava passant el temps. Els ametlers florien una i altra vegada cada hivern, i cada primavera Miquel i Maria duien cadascun el seu ramell de flors, acabat de collir del seu hort, a l'escola per a celebrar el mes de Maig: "amb flors a Maria que mare nostra és...".

Els llauradors, sembraven, segaven i corbellaven el blat i arplegaven les collites de garrofes, ametles i olives.

Elles brodaven i teixien precioses randes, per a l'aixovar. Ells començaven a ajudar els seus pares al camp i jugaven a la pilota al carrer major:

"15-30. Rebot. A bolera. A raspall". Se sentien les seves fortes veus.

Una vesprada d'estiu, Maria va collir capollets del gessamí que hi havia a l'hort de la seva casa, i els va anar enllaçant, un a un, fins a completar una preciosa *bronxa*.

Al posar-se el sol i refredar la vesprada, van anar obrint-se els capolls, i va florir el gessamí deixant sentir la dolça flaire, i convertint la *bronxa* en una xicoteta diadema.

Maria se la va posar amb pintes, retirant amb ella cap a la dreta la seva negra i acaragolada melena.

Era la primera vegada que s'enflocava amb gessamí a l'estil de les xiques fadrines d'Alfasat, i veient-se a l'espill va somriure satisfeta.

Va eixir al carrer amb aroma a terra banyada. Els veïns havien arruixat amb aigua per agranar, i asseure's més tard a les cadires de boga a jugar a les cartes i rebre la brisa fresca de la vesprada.

Era diumenge i Miquel acabada la partida de pilota, amb l'alegria d'haver guanyat, va refrescar la seva cara i cabells sota el xorro del botijó, va emprendre el camí cap a casa.

Tots dos es van trobar a la meitat del carrer Major.

Es miraren l'un a l'altre, com si s'acabaren de descobrir en aquell moment. Com si mai abans s'hagueren vist.

Ell no va poder evitar alçar la mà fins a la cara de Maria, que no va arribar ni tan sols a llepar.

No hi va haver paraules, sols els ulls es van parlar de voler.

I va sorgir el festeig. Es buscaven i es trobaven sempre que podien. Ballaven, passaven llarges vetlades a la llum de la lluna amb els amics. Vivien un conte de fades, que

tristament va acabar el dia que un raig de violència i malícia, va partir amb dos el xicotet poble.

Les famílies de Maria i Miquel van quedar cadascuna a un costat. La seva relació va anar de mal a pitjor.

No els permetien veure's, encara que la complicitat d'algun bon amic fera l'impossible per ells.

La situació es va fer tan tibant, que va fer impossible donar continuïtat a la relació.

Miquel va decidir anar-se'n al front. No podia continuar a Alfasat, sense poder veure Maria.

Es van acomiadar al carrer. Aquesta vegada tampoc van fer falta les paraules, les llàgrimes els van remullar com pluja salada, les seves cares a l'abraçar-se, la seva mirada va ser prou per adonar-se'n que el seu voler seria per a sempre.

La tensió augmentava a mesura que passava el temps.

Maria sense notícies del seu amor, durant un any, teixia i brodava el seu aixovar mentre, pedalejant la seva màquina de cosir, resava baixet pel seu benvolgut, perquè arribara algun senyal, ignorant que una fosca mà, s'encarregava de trencar les cartes que arribaven de Miquel.

En esta difícil època, va aparéixer per Alfasat un home ben paregut, templat, que venia de fer les Amèriques.

Quan va veure Maria, va quedar *prendat* de la seva fina i subtil bellesa. La tristesa dels seus ulls, eren un encant més per a ell, i es va jurar a ell mateix fer-la seva.

Tenia diners, i parlant amb els pares de Maria els va prometre el millor del món.

Ella, tancada amb la seva pena, es va deixar dur, i quasi sense assabentar-se es va trobar casada amb aquell home a qui no estimava.

Aquesta boda va canviar la seva vida. Va canviar la seva màquina de cosir per branques per a la llar i llavar la roba al llavador.

Els seus brodats per un xicotet ramat de cabres que tenia que pasturar a diari.

Els llargs i bonics cabells de Maria van acabar aplegats amb un monyo, i l'amargor va anar augmentant a l'assabentar-se que estava esperant un fill.

Va anar apagant-se com un cresol sense oli i es va posar malalta. No li van quedar forces per al part i el seu fill va nàixer mort.

Ella també va morir a les poques hores.

Els vells d'Alfasat diuen que es va deixar dur per la mort.

Miquel no va arribar a temps de tornar a veure-la, però una bona amiga li va contar que va morir pronunciant el seu nom.

Li va contar com la va arreglar deixant-la bonica, com de veritat era, amb el seu monyo solt i una *bronxa* de gesamí arplegant-li la part dreta.

Quant li preguntaven a Miquel perquè no es casava, sempre contestava: "La meva dona es va morir".



I en el record d'una xiqueta sempre estarà la imatge de com sa mare, arreglava a Maria per a posar-la ben bonica per al seu primer i últim viatge.

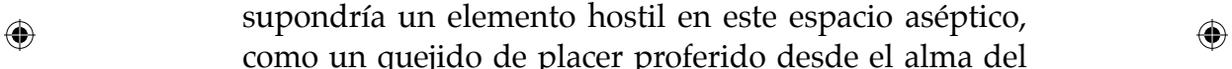
La xiqueta d'eixa amiga, que agarrada al davantal de sa mare, va veure la blancor del gessamí confondre's amb el rostre quasi transparent i immaculat de qui ella sempre anomenaria: "La dona bonica de la *bronxa*".





# ¿PUEDE ENTRAR MI SEÑORA?

*Andrea Díaz Barrón*



—¿Puede entrar mi señora? Su señora, querido amigo, supondría un elemento hostil en este espacio aséptico, como un quejido de placer proferido desde el alma del asceta.

Y el demente se revuelve bajo el paño estéril. La cirujana suspira con afectación de actriz, y prosigue. Disección conjuntival con tijeras romas. Cauterización de la superficie escleral. Incisión con bisturí de 30. Yo la sigo en sus pasos con sumo cuidado. Voy limpiando los restos de sangre con la hemosteta para permitir la correcta visualización del campo quirúrgico en todo momento. Tras su mano sigue la mía de movimientos torpes. “¡Suero!”. He de irrigar la córnea que permanece ajena y reseca, orientada hacia *El Hades* por el hilo de seda que, a modo de polea, suprime su voluntad. ¿En qué se transforman

las miradas de los ojos que no son ojos sino marionetas construidas con hilos de seda? El paño recubre toda la cabeza del demente dejando al descubierto *El Ojo*. La cirujana ha atrapado el músculo recto superior con un hilo de seda de cinco ceros de grosor y ha tirado de él hacia arriba, provocando la obscena posición de la córnea, que muestra su expresión de expiación por pecado jamás cometido.

Y el párpado que no la recubre le otorga un inusitado sentimiento de vergüenza ante la desnudez concedida. El párpado está atrapado en un cepo que suprime su voluntad de parpadear. Pobre ojo, desnudo y arrepentido. Si se lo mirase desde abajo diríase que es asombro lo que lo envuelve. O algunos pensarían que el pánico invade su desorbitado espacio. Mirada desorbitada desde abajo, aflicción impuesta desde arriba.

“¿Puede entrar mi señora?” La cirujana detiene su actividad precisa. “¿Qué le sucede, señor?” En brusco ademán deja el bisturí sobre la mesa y su voz también es brusca. Se escucha un balbuceo. “No puedo respirar”. La expresión de tal estado de angustia la irrita todavía más. “Sí que puede respirar”. Y prosigue su tarea. Disección del colgajo escleral hasta el limbo corneal. De nuevo cauterización. El lecho blanco parece una cama de sábanas recién cambiadas. Un espacio que invitara a la creación. Pero no hay posibilidad de creación, los pasos han sido perfectamente aprendidos, laboriosamente practicados durante lustros, automáticamente reproducidos durante décadas. No existe la osadía de modificar la trayectoria impartida por los predecesores sabios. La mano del ciru-

jano es la del ensamblador de piezas en la cadena de una fábrica. No hay nada que temer.

El demente se revuelve, gimiendo. “No puedo respirar”. La auxiliar de voz dulce se aproxima y le dice que no se mueva. “Es que no puedo respirar”.

Yo sólo quiero liberar al demente de mirada afligida. “Le haremos un agujero en el paño para que pueda respirar”. La cirujana ha detenido de nuevo su actividad y resopla desde su trono. Yo irriego la córnea.

Quiero que entre mi señora, si ella entrara... No podemos concederle su deseo, querido amigo demenciado por el pánico que le hemos impuesto a su ojo si se le mirase desde abajo.

El anestesista mira por encima de sus gafas de cerca. No tiene intención de participar en la escena. Ni siquiera parece irritado por haber sido interrumpido en su lectura. Tan sólo mira, ausente.

La cirujana pretende acabar su tarea. Aún queda la aplicación de mitomicina a concentración de 0,02 %, realizar la trabeculectomía y cerrar. Pide a los asistentes que comuniquen al anestesista si acaso pudiera hacer algo...

“De acuerdo, 5 mg de midazolán, así se tranquilizará, compañero”. Empiezo a inquietarme, pero la esterilidad envolvente me impide dar muestras de mi estado porque he de tener cuidado de no contaminarme con lo ajeno. Me irrita la utilización de la palabra “compañero”, ese ademán de cercanía resulta grotesco y acrecenta aún más la soledad del demente que gime desde su estática

postura. Indefenso ser en la oscuridad de lo prohibido. Indefenso ser que yace bajo el paño estéril. Acaso lo único certero que en esa palabra haya sea nuestra común incapacidad de mostrar los funestos sentimientos por el miedo a contaminarnos con lo ajeno. Pero él yace en lo prohibido, en el mundo contaminado, bajo pliegues de verde impoluto, y yo me hallo en el lado de la pureza, sudando bajo mi túnica. La reina suspira en su trono mientras el enfermero sigue las instrucciones del anestesista e induce el dulce sueño.

Empapa la cirujana reina el lecho escleral con mitomicina a la concentración de 0,02 % durante sólo unos segundos. Luego yo irriego con abundante suero fisiológico para no prolongar el efecto antimitótico que sería destructivo a la larga. “¿Puede entrar mi señora?”. “¡Pero qué significa esto!” Con el bisturí alzado por la interrupción diríase que se dispone a batirse en duelo. “¡Qué significa esto, no comprende que no puede moverse ni hablar, que no nos está dejando hacer nuestro trabajo!” “¡Pero es que yo ya no quiero que me operen, lo único que quiero es salir de aquí, no lo soporto más!” Mucho me temo, mi querido demente, que eso debiera haberlo pensado antes. Su ojo ya ha sido mancillado y el daño tan sólo puede repararse con unos minutos de paciencia. “¿No me oyen? ¡Quiero salir de aquí, quiero que entre mi señora!” Ahora sus movimientos muestran la vehemencia del que lucha por un noble ideal. Se contorsiona en movimientos que adivinamos por los pliegues que surcan el paño como carreteras y canales y ríos... El demente se contorsiona ante mi mirada atónita. Trago

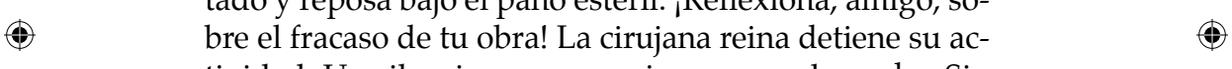
saliva y sólo se oye el roce de su cuerpo contra el paño verde. Pobre larva que aún no debe abandonar la crisálida. “¡Esto es intolerable! ¡Debían haberme advertido de esto!” compungida la cirujana desde su trono. Tras su voz atronadora se escucha un golpe seco. “¡A ver si así se está quieto!” Primera estocada, *touché*. Pero los nudillos han sustituido el florete y la frente, el pecho. Escucho risitas entre el público. La saliva inunda mi boca y trago una y otra vez. ¡Resiste, compañero de lo prohibido! Durante unos instantes el paciente yace inmóvil. El anestesista sonrío. “Compañero, no crea que esto es maltrato, tan sólo queremos que se esté quieto”. El enfermero ríe de felicidad con chillidos agudos. “¡No se rían de un pobre viejo!”. La auxiliar se compadece. “Caballero, tiene que dejar terminar a la cirujana, tranquilícese”. Algo se recompone en mi interior.

“¡Dejadle en paz, menudo numerito está montando, y esa obsesión por su señora, jamás entendí esa dependencia hacia el cónyuge de algunas personas!”. Yo me revuelvo en mi silla. “Ya lo ha oído, compañero, no es usted un hombre de verdad”. De nuevo los agudos chillidos del enfermero. “No se enfaden conmigo, yo sólo quiero irme...” Segunda estocada de nudillos sobre la testa. “¿Aún no ha aprendido a estarse quieto, o qué? ¡Habrased visto cosa semejante! Perdiendo mi tiempo por este viejo que no para de llorar... ¡Agradecido debería de estar por operarle, señor, menudo numerito!”.

Quiero desaparecer de la escena. Liberar al bufón y correr. Miro de reojo a la cirujana. Remolinos de arrugas se aúnan en una sola línea, dando origen a los rasgos de



notable sobriedad. Frente altiva y verbo belicoso. Pero noble ejercicio al que ha consagrado su existencia con una pasión que aún percibo en el aletear sigiloso sobre los ojos de los seres que precisan su arte. Seguidora de las últimas tendencias en moda y literatura. Suficientemente satisfecha de su matrimonio con Don Fermín. Tiene la mirada huidiza de quien ha sido expuesta a la opinión pública. Pero su esbelto cuello la elevó sobre los ecos de calumnias que se cernieron sobre ella cuando fue nombrada Cirujana Jefa. Detesta la insolencia y la manifestación de los estados internos. Pero lo que más detesta es la descortesía del demente frente a su arte. Noto las gotas de sudor cayendo por mi espalda. Hace mucho calor aquí dentro.



De pronto, el paciente ya no gime. Su lucha le ha agotado y reposa bajo el paño estéril. ¡Reflexiona, amigo, sobre el fracaso de tu obra! La cirujana reina detiene su actividad. Un silencio espeso se cierne como la noche. Sin terminar la trabeculectomía, cierra las heridas impuestas. ¿Acaso he visto cómo le temblaba la mano mientras suturaba la esclera? ¡Si tan sólo pudiera ver su boca, que imagino contraída en arrugas de perdón! Pero su cara es una sonrisa quieta tras la mascarilla.

El enfermero suspira y el anestesista retoma su lectura, *“Efectos el propofol sobre la memoria inmediata”*.

La cirujana se alza del trono y abandona la sala.

Bajo el paño estéril la masa profiere un bostezo. “¿Puede entrar mi señora?”

# LA VERITAT MÉS CONTUNDENT QUE SEGUEIX LA VIDA

*Elena Fuertes Ibáñez*

*A Manolo*

Al iaio se li escapà una part de la mirada una vesprada de diumenge, mentre mirava una pel·lícula de l'oest al seu silló de sempre. Ningú se n'adonà. Tan sols jo vaig observar com una xicoteta part se n'anà volant per la finestra i l'altra es quedà suspesa en l'aire fins acabar esmicolada en les parets grises del corredor.

Jo estava segut al seu costat, com sempre els diumenges, després del dinar familiar esdevingut a casa de l'oncle Rafel, quan els meus pares em portaven a casa del iaio perquè els majors parlaren coses que ells diuen que són d'adults.

Recorde eixe dia amb nitidesa perquè quan els xicotets grams de mirada aparegueren en escena el meu interès ja no estava en la *pel·lícula* que feien a la tele sinó que estava fora

del pis del iaio, en concret a la galeria a la qual s'accedia des de la cuina.

Ja estava nerviós perquè eren les sis i quart i encara no havia esdevingut el miracle. Repassava el meu comportament durant eixa setmana i llevat de la rabieta que vaig tenir amb ma mare per no voler menjar, que em va costar cinc minuts cara a la paret, i el dur enfrontament amb Marcos, el meu company de classe, no havia comés cap malifeta greu. Clar que hi havia hagut vegades que no tenint un comportament exemplar s'havia produït igualment i a l'inrevés; després de tenir una conducta irreprouxable m'havia quedat sense cap aparició divina.

Eixa vesprada no es va produir el miracle. Al principi vaig pensar que tindria a vore amb la pèrdua de mirada del iaio, però els esdeveniments posteriors em farien desestimar aquesta teoria.

A partir d'aquell diumenge també les mirades dels membres de la família quan parlaven del iaio canviaren per complet. L'enuig tendre que solien tenir cap a ell es va convertir en preocupació barrejada amb una llàstima tintada de morat obscur davant el nou i desenraonat comportament del iaio.

A mi intentaven si no ocultar-me-la, no fer evident la nova i incomprendible conducta, però hi havia vegades que la realitat s'imposava com una llosa que cau i destrueix tot possible rastre de normalitat.

–Ja ve Maria?– va preguntar el iaio durant el següent dinar familiar.



El pare mirà cap a un altre lloc, l'oncle Rafel continuà parlant de futbol amb l'oncle Miquel, les tietes seguien menjant en silenci i la mare se n'anà a la cuina a per una altra cervesa per a mon pare, va dir. L'únic que el va mirar vaig ser jo. Estava seriós i desconcertat. Havia fet una pregunta molt important que havia sigut ignorada per tots.

–Ja ve Maria de la cuina o què? –va tornar a preguntar amb un volum de veu més elevat.

Tots el miraren en silenci durant uns segons que em paregueren eterns.

–No, pare. La mare no està a la cuina. La mare no està ací, morí ja fa dos anys –li digué ma mare entrant per la porta amb un pot de cervesa a la mà i els ulls endolorits.

El silenci es tornà a apoderar de tots els membres de la família, inclòs el iaio que continuà menjant com si li hagueren dit que la seua dona estava en casa de la veïna i que ara venia.

L'oncle Rafel inicià la conversa d'un altre partit de futbol i a poc a poc anà desapareixent la petjada d'una malesa que creixia a un ritme frenètic sense que ningú se n'adonara en eixos moments.

“El iaio no vol menjar, ha vingut la infermera, no té bona pinta eixe dit, li han receptat més pastilles... la roja, la blava, la blanca...”

Totes li les va guardar la mare en un pastiller que marcava el dia que devien ser preses. Quan estava a casa





del iaio, m'agradava agarrar-lo per mirar-les des de ben prop, eren com llepolies que tenien la seua pròpia casa organitzada amb compartiments separats. La mare em llevava de seguida el pastiller de les mans i em renyia amb la mirada mentre ell se les prenia sense cap entusiasme.

Jo sabia el perquè de tan poca fe en les vistoses llepolies. Jo sabia que la seua mirada se li escapava a poc a poc per qualsevol clivella de la casa i que no hi havia cap manera d'amarrar-la.

L'oncle Miquel, un dia telefonà a casa dient que al iaio se li havia anat del tot el cap, que deia coses que no tenien cap lògica. La mare penjà el telèfon reproduint les paraules del seu germà i deixant caure el cos a la cadira.



Mon pare li digué que no es preocupara, que li dirien a Rosalina que estiguera les vint-i-quatre hores al seu costat perquè no fera cap barbaritat ell sol. Rosalina era la dona que tenia cura del iaio des que es morí la iaia. Era d'algun país de Sud-Amèrica que a ningú li pareixia important el nom. De vegades algú de la família parlava malament d'ella perquè no netejava com calia o perquè demanava més sou. "Si no li agrada que se'n vaja al seu país". A mi no m'agradava escoltar eixes paraules. Quan jo estava amb ella notava una escalfor especial, era com si m'abrigara amb la mirada cada vegada que em preguntava si tenia fam o si volia que traguera els joguets de l'habitació.

Després del que va dir l'oncle Miquel vaig fer conscient la necessitat que tenia de passar temps al costat del

iaio. Així que totes les vesprades, després del col·legi me n'anava allí a berenar, a fer els deures i a fer els trenca-closques que m'havien caigut del cel en les últimes setmanes.

Una d'eixes vesprades, aplegà la tia Carmen que vingué a veure'l des de París, que és on ella vivia des de feia uns quants anys. Ella intentà tenir una conversa amb ell, però fou impossible. El iaio només contestava monosíl·labs i tan sols somreia de vegades, si ella es posava a riure histèricament per una broma que sols entenia ella.

Quasi res anava amb ell ja, la poca mirada que li quedava no el permetia vore molt més enllà de la seua realitat més íntima. S'estava convertint en un caragol baix un cel sempre nuvolat.

La tia Carmen es quedà a dormir en la meua casa i per la nit li contava molt afligida l'encontre amb el iaio. "Ja no parla, ja no pensa, pareix un nen menut, la ment ja no li funciona" –deia acabant d'assimilar el vertader significat de les paraules que acabava de dir.

Tan sols jo sabia que això no era cert. Cada vesprada el iaio tenia serioses converses amb éssers del passat i per això no podia atendre a les menudeses de la vida quotidiana.

Un dia parlà amb Eugeni, un soldat que li ensenyà a jugar els escacs en un camp de concentració a França. Recordava el iaio com va fer ell les peces, modelant la fusta que havien agarrat d'un tronc amb un ganivet i com van pintar el taulell a terra amb altres trossos de fusta cremada.

Eugeni dedicà paciència i entusiasme a ensenyar al seu camarada allò que ell considerava una de les coses més valuoses a la vida: l'art de Kayssa.

I així fou com dos homes en terra de ningú, amb el passat devastat i el futur robat ompliren les hores i l'ànima d'una amistat que duraria el que dura la vida, que no és sempre. Eugeni morí en una presó set anys després de la guerra. El iaio se n'adonà un any després quan preocupat per no rebre les esporàdiques cartes que li aplegaven recorregué cent quilòmetres en tren per adonar-se del que ja sabia.

El iaio li va recordar com el van ferir de bala al pit i com el salvaren quan ja creia que s'estava morint. "Mala brossa mai mor" –li bromejà Eugeni.

Després d'uns segons de silenci Eugeni li reconegué que el que li va turmentar durant els pocs anys de vida que passà a la presó, fou el record de l'olor de la pólvora al disparar.

–Haviem de disparar! Ells van començar la guerra!  
–deia el iaio.

–Ja, però què absurd, què absurd... –va repetir Eugeni durant una estona.

El iaio rememorà uns anys que foren una estaca que dugué sempre clavada molt endins dels seus ulls.

–Perdérem la guerra, i amb ella perdérem tantes coses, veritat Eugeni? –li digué finalment, quan la figura del company ja quasi s'havia confós amb la silueta de la cadira on estava segut.

Eixa vesprada vaig entrar a la galeria i per a sorpresa meua després d'una temporada sense miracle, aquest per fi havia fet la seua aparició en forma de pilota de plàstic. La forma i el color no m'entusiasmaven massa però després d'època de sequera em venia bé qualsevol joguina.

La mare no sabia que el seu fill era beneficiari de miracles que queien des del cel fins la galeria del iaio, així que o bé ho mantenia en secret, si es tractava d'alguna joguina que ho permetia, o bé em veia obligat a mentir i dir que era un regal d'aniversari del cole o qualsevol altra invenció. Eixa pilota me la vaig guardar per jugar amb els amics del carrer i la versió oficial fou que l'havia trobada allí mateix. L'únic còmplice dels meus miracles fins aleshores havia sigut el iaio, però quan caigué la pilota, ell ja tenia la mirada en un altre lloc inabastable des del qual no hi havia possibilitat de retorn.

“El iaio s'ha caigut i la dona que el cuida li ha costat molt alçar-lo”.

La mare deia les paraules ja amb resignació. El que feia uns mesos li hauria provocat nerviosisme, ara ja era capaç d'assumir-ho amb una serenitat densa i pesada.

La vesprada de la primera caiguda vaig anar a visitar-lo abans de l'hora a la qual sempre solia anar. Estava com sempre, segut al silló però això sí, amb menys grams de mirada als ulls. La caiguda li havia provocat una gran pèrdua, tal com jo esperava. Ell, però, em somrigué com sempre somreia al veure'm i jo li vaig donar un bes fort a la galta.

Rosalina m'oferí com de costum preparar-me alguna cosa per berenar. Jo li digué que no, que ja portava jo un paquet de rosquilletes. Comencí a menjar-me-les mentre començava un altra vegada el meu trencaclosques quan el iaio inicià una nova conversa.

Esta vegada era amb sa mare. El iaio sempre havia parlat d'ella com una gran dona, la fortalesa de la qual era digna d'algú que passà la guerra i la postguerra amb una admirable tenacitat. Quan el seu fill se n'anà a lluitar al front li digué que de segur es tornarien a trobar però que es cuidara perquè fóra abans de la mort. Sa mare li recordà eixa vesprada eixes paraules que ell ja havia oblidat, perquè mai les reproduïren en vida.

Sa mare perdé un fill a la guerra i per esta raó, barrejada amb fermes conviccions, fou una republicana de sang roja que maleïa cada vegada que el generalíssim apareixia en el nodo o inaugurava un pantà. El seu somni, com el d'altres milers de ciutadans fou estar viva per viure el dia més esperat, el de la seua mort. Es complí sobradament, coneixent, fins i tot les dos primeres èpoques electorals gairebé senceres.

Recordaren quan el iaio aconseguí venir del camp de concentració, gràcies a un membre de l'exèrcit del barri, quan tots ja pensaven que estava mort. Ella sabia que no ho estava, ho haguera sabut perquè haguera notat un cruixit al ventre.

L'alegria del retorn però, es barrejà amb la notícia que ell se n'havia d'anar a Burgos a fer la mili, molt al seu pesar, amb el bàndol guanyador que tant de patiment li havia causat.



Una vegada al nord, no fou tan dolent com ell s'esperava, quan venia de visita, d'una terra més rica que la nostra, portava baix del braç un pa que deien "de veritat" i la casa s'omplia d'alegria i d'intenses converses. Eren poques visites en el temps però el seu efecte perdurava dies i fins i tot setmanes en l'ànim de sa mare.

Ella recolzà al iaio en totes les seues decisions vitals. Son pare també, però era menys efusiu en les seues actituds. També en la decisió de casar-se amb la jove que vivia baix de sa casa quan tornara de la mili. "És bonica i aseà" – li digué el dia que feia oficial el festeig. "Ja ho sé mare, ja ho sé". I després els nens, que foren els néts, i els nens dels néts que foren els seus besnéts.

"Te n'anares als noranta anys, jo ara tinc huitanta-nou... Què em passarà mare?" –li va dir mentre ella li acaronava el cap i el seu somriure fosc s'apagava amb les últimes bafarades de llum del capvespre.

Me'n vaig a veure el iaio. "No. No hi vages. Està a l'hospital. Ha caigut a terra este matí i ha perdut el coneixement. Demà anem a veure'l, si vols vindre".

Vaig esperar amb ànsia fins l'endemà, tenia moltes ganes de veure'l, tanmateix no estava preocupat per la seua vida, al iaio encara li quedaven uns quants quilos de mirada i de segur que tornaria a casa en breu.

No podia deixar de pensar, en canvi, amb la galeria de casa del iaio, potser hi hagueren regals ja i a saber quan podia tornar per arreplegar-los. Per un moment vaig témer que els màgics proveedors es pensaren que no els volia i deixaren de proporcionar-los per considerar que





sóc un desagraït o un xiquet mimat, que no valora res, com deia de vegades la tieta Carmen.

Després d'una nit de preocupacions me n'aní a classe pensant que si el que tira les joguines a la galeria tenia la capacitat de fer miracles, també tindria la capacitat de veure tot el que passava a l'interior de les cases i entendria lògicament perquè no acudia al lloc de sempre per arregar els meus tributs.

Eixa vesprada me n'aní amb la mare a l'hospital a veure el iaio. En aplegar a la seua habitació em vaig quedar a soles amb ell perquè la mare se n'anà a parlar al corredor amb l'oncle Rafel.

Quan ens quedàrem sols em mirà i em feu un gest en la mà, però no somrigué... Estava tenint en eixos moments una conversa molt important.

Maria, Maria, Maria... L'amor de la seua vida.

Eixa jove que li somreia quan ell es presentava com el veí de dalt que venia a penjar-li un quadre o arreglar-li la pila. Ella sempre es posava el millor vestit quan sabia que el veí anava a anar a salvar-les per un poc de temps de l'absència masculina amb què vivien en eixos temps.

La mare d'ella li tenia molt d'afecte però no tant perquè es casés amb la seua filla. Haguera preferit un home amb diners que les haguera tret de la pobresa. Però la fermesa i la brillantor d'ulls de la filla li valgué per no pronunciar-se al respecte.

La boda fou senzilla. Plogué i plogué durant tot el dia.



–Te'n recordes quanta gent va vindre a dinar la paella?

–Clar que me'n recorde! No hi havia prou per a tots! Vingueren el doble dels que convidaren!

–Eren temps de fam, Manolo.

–Ja, però si ens descuidem no tastem la paella ni nosaltres!

–I l'aigua que va caure!.

–Calla, calla, no m'ho recordes.

La iaia mirava amb resignació la pluja que feia que s'embrutara el vestit que tant li havia costat fer-se amb les seues pròpies mans. El iaio, en canvi, mirava les nombroses gotes que queien com tots els bon moments que passarien junts en la vida. No s'equivocà amb la quantitat, però sí amb la idea que anaven a ser bons. També hi hagueren dolents en els quals es refugiaren baix d'una força que no deixava calar cap desencontre. Ella l'ajudà en el seu treball de modelista, fidel peó que continuava a casa les tares domèstiques. Els fills vingueren prompte, també els avortaments, també una mort, també una filla inesperada, quan ella tenia quaranta anys i ell cinquanta. No la buscaren, però els tornà a obrir l'entusiasme de jugar a ser pares un altra vegada. Ella fou la meua mare, a la qual la tieta Carmen sempre li digué que els iaios foren millor pares tardans que joves.

La primera vegada que es donaren la mà fou una nit d'abril en la qual el gessamí ja envaïa l'ambient. "Si no es casa es mor de tan enamorat com estava" –em deia

la mare que contava sempre la iaia. Ella li ho recordà en eixe moment una altra vegada.

–Estava tan enamorat que vaig continuar amant-te després que te n’anares. M’ajudaràs? Em donaràs la mà perquè puga acompanyar-te per sempre? –li va dir el iaio.

–Clar, Manolo, clar –li contestà assentint lentament mentre s’anava esborrant poc a poc de la blanca habitació de l’hospital.

El iaio tornà a casa un dissabte de matí de l’hospital. Els pares i jo anàrem a per ell i el portàrem a sa casa on ens esperava la tia Carmen. A la porteria estava la veïna de l’últim pis que ens parà a la mare i a mi, i preguntà si sabíem alguna cosa d’unes joguines que havien caigut des de sa casa per la galeria perquè el seu nét les tirava quan anava a sa casa.

–No, no en sé res. Però quina classe de joguines són? –li preguntà la mare.

–De tot tipus, un trencaclosques, un nino, una pilota, un parxís... és que no ho entenc, li ha pegat des de fa un mes per tirar-ho tot per la finestra. Li ho vaig comentar al teu pare, però em va dir que no sabia res del que li parlava. Per cert, com està?

La mare va acotar el cap i la veïna va saber la resposta abans que la contestara.

–Mal. Ens han dit que no saben el que pot durar.

En el camí cap a casa la mare i jo no ens vam dirigir la paraula. Jo per la culpabilitat que portava a rastres, una



vegada descoberta la veritat per la *ditxosa* veïna i ella per la reafirmació d'una pèrdua que anava prenent cos minut a minut.

Quan aplegàrem a casa jo em vaig clavar a l'habitació i comencí a plorar i plorar. L'encís màgic i poderós s'havia trencat en mil bocins. No hi havia cap miracle. Tan sols hi havia un xiquet bord que es divertia tirant les seues pròpies joguines per la finestra.

La mare s'havia adonat de tot però no em renyí. Tampoc em consolà però eixa nit em tocà suaument el cabell mentre m'adormia. Em feia falta. Al dia següent desperteria amb un somni menys per acaronar.

Als dos dies em portaren a casa d'una vella amiga de la mare perquè el iaio s'havia mort.

“No s'adonà de res, estava dormint, ja era el millor que podia passar” –deia la mare.

No em deixaren anar al soterrar, encara que vaig insistir-hi molt al·legant la meua maduresa, més fins i tot que algun membre de la família, en tot el procés de decadència del iaio.

Tampoc em volien deixar anar a arreplegar les coses que estaven a casa del iaio però finalment vaig aconseguir que em deixaren anar a base d'insistir plorant melodramàticament que havia d'arreplegar objectes que em pertanyien només a mi.

Una vegada allí i ja amb la bossa on havia recopilat totes les meues legítimes pertinences vaig decidir, mentre tots acabaven d'arreplegar les restes materials i ja inser-





vibles del iaio, anar de nou a la galeria per acomiadar-me del lloc que m'havia proporcionat tantes sorpreses.

Vaig eixir i de sobte vaig veure que allí estava l'últim gram de mirada que havia fugit dels ulls del iaio feia just un dia. El vaig mirar fixament, ell a mi també i vingué cap a mi fins incorporar-se als meus ulls, segellant així per sempre el record i l'amor que formaria part de mi durant els anys que durara el batec del meu cor.

Vaig pensar que li ho contaria als meus amics i per què no?, també als meus fills i als meus néts.

El que no sabia era que no ho recordaria fins que començara a perdre gram per gram la mirada i un xiquet em mirara als ulls i s'adonara de la veritat més veritable que segueix a la vida.



# MUÑECA DE ARENA

*Yasmina Galán Pons*

*¿Para qué sirven las palabras si no pueden  
constatar que nos devoraron?*  
Alejandra Pizarnik

La muchacha abandonó la cama de un salto, se vistió con lo primero que encontró, metió en la mochila aquellas cosas que pensó imprescindibles, se subió a la bicicleta y pedaleó hasta la playa.

Su mayor ilusión desde niña había sido ser capaz de construir el mayor castillo de arena que sus ojos hubieran visto, pero con una particularidad: tendría que ser capaz de sostenerse eternamente, ver pasar las vísperas, las generaciones de olas naufragando a orillas de sus muros, las noches... sobre todo tenía que ser capaz de sobrevivir al azote de las noches.

## LA RAZÓN

Había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que recurrió a la escritura como última salida. No obstante, en esta ocasión algo había cambiado, ahora no

era la escritura quien la perseguía a ella, sino al revés; era ella quien necesitaba encontrarse cara a cara con las rarezas de la letra.

Cansada del cuento que escribe un cuento, que escribe un cuento; cansada de las novelas que se leen del revés. Cansada de las colmenas, de los lanzamientos azarosos de piedras que se sumergen en el mar, decidió dar un salto, desvanecerse, dejarse llevar más allá de la locura de las palabras; eso sí, sin dejar nunca de lado la pulsión, pues era una necesidad, quizá la única razón de sus movimientos. Esto podría parecer algo contradictorio, pero la contradicción siempre le había parecido embriagadora. Estaba acostumbrada a vivir de costumbres, aunque cada una con su propio matiz.

La razón de aquella construcción: su propia supervivencia. Pensaba que en ese aspecto sí tenía que justificarse –una vez más–, justificar su evanescencia, su mirada prisionera de vocablos absolutos que la maldecían. Se sentía tan lejana, tan carente de sentido frente a los rostros que intentaban darle un nombre cada día, que se había decantado por entregarle toda la responsabilidad de sus derribamientos a una incipiente fortaleza de arena.

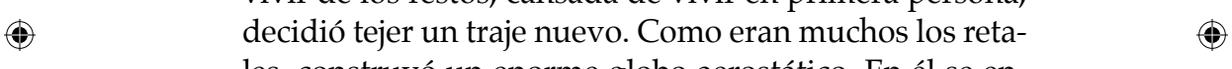
## LA NOCHE

Tantas noches de hambre, tantos días en ayunas. La ansiedad por asir la realidad de las cosas le había arrasado irremediamente al pasaje de los gritos y los muros; iconos que le recordaban que nada parecía haber cambiado. La locura hacía del intento por descubrir su lugar en el mundo un puzzle al que le faltaban las piezas



principales, esas que ayudan con su marco a perfilar la silueta de la imagen que le da sentido.

Llegados a este punto, nada mejor que dejar de lado la noche y centrarse en la ensoñación del día a día, de la cotidianidad de su nombre. Era necesario que empezara –en primer lugar– a reconocerse cuando alguien la nombrara en voz alta. ¡Pero qué temible era para ella abandonar las estancias solitarias de la noche! Paradójico. Se encontraba en el círculo vicioso que hace de la nocturnidad el único pasaje para adueñarse de su entorno. Para ello necesitaba dejar de temblar ante la presencia de estrellas derrumbadas sobre su cama.



Cansada de empezar siempre de cero tras las innumerables caídas, cansada de dar un paso adelante y decidir vivir de los restos, cansada de vivir en primera persona, decidió tejer un traje nuevo. Como eran muchos los retales, construyó un enorme globo aerostático. En él se encontraba todo lo necesario para el viaje: la falta de prisas y una novela que había leído de niña.

A tres mil pies de altura se encontró, de repente, en otro cuerpo. Cerró sus ojos, se dejó llevar. Imaginó que no era más que un trámite, algo pasajero. Todo daba vueltas, acababa de convertirse en un dolor físico. Y es que, en el fondo, le gustaba ocultarse, escribir cartas del revés (desde la espiral de aquel globo aerostático), cuartear hasta la última letra y convencerse de que la vida todavía tenía algún sentido. Justo en este punto es donde daba comienzo la espiral, repetitiva, mareada por tanta curva; siempre la misma curva.



El conocer este retrato le hubiera supuesto el aura infranqueable del desconsuelo. Era consciente de que se le habían secado las palabras de madrugada, cuando jugó a ser poeta en manos de otro. Por esta razón, la única salida que tenía era inventar una historia que se escribiera sola: un retrato que mendigara ausencia dentro de un disfraz engalanado capaz de acompañarle al territorio prohibido del hambre. Sólo así saciaría la vulnerabilidad de un ser enjuto y piadoso, dueño de los tropiezos, responsable de las miradas que, inquisidoras, sonrían socarronas a la espera de la desaparición de su reflejo. Por desgracia, más de uno desconocía la presencia de la sombra que arrastraba sus propios días, que los llenaba de vidas todavía por descubrir. Siempre ha sido muy sencillo mirar desde fuera las caídas ajenas. Pocos los intentos por reforzar los muros de carga de las noches que consumen irremediabilmente.

La soledad también tenía nombre propio; se había ganado a pulso su presencia en este cuento.

\*\*\*\*\*

Una vez en la playa, hundió sus manos en la arena, cavó y cavó con su vieja pala hasta alcanzar el océano contrario de su realidad. En ese momento no fue consciente, acababa de alcanzar el lado contrario del océano. Intentar darle un nombre fue imposible, por suerte o por desgracia, la geografía era su asignatura pendiente.

Le estremeció la nueva sensación provocada por el tacto de aquellas aguas. Eran mucho más saladas que las que ella conocía, tanto, que cuando decidió sacarlas





del mar descubrió con sorpresa que se acababan de convertir en dos figuras de sal. La alegría fue sustituida, de repente, por un temible miedo. Sin manos, ¿cómo trazaría los perfiles de su castillo? Ahora que estaba tan cerca de conseguirlo, ahora que había descubierto la fórmula para hacer de aquella construcción utópica la fortaleza que la protegería de las noches... Y sin manos.

No le quedó otra alternativa que arreglárselas como pudo para cortarlas sin más remordimiento que el llanto de cuna. Al notar que las lágrimas le arrebataban su idea de piel de luna llenó su mente de antiguos recuerdos en los que lloraba aterrorizada por los fantasmas que poblaban su habitación de madrugada, cuando gritar a su madre pidiendo auxilio nunca había sido suficiente para salir con vida.

## EL INTENTO

Intento por llorar de dicha. Intento por abrazar el tú con garras de loba herida. Intento por nombrar, terrible recurrencia. Intento por no perder siempre el tren a la misma hora. Intento por descifrar las incógnitas de la madurez. El dolor, la pasión, el deseo, la incipiente sexualidad; intento por intentar no desfallecer en el último intento. Intento por no perderse entre tantas palabras abstractas que desmerecen el intento por encontrarse consigo misma sin disfraces ni féretros que la llevan siempre al punto de partida: la infancia.

\*\*\*\*\*

Tras una breve acotación, un ímpetu de ideas abrió la veda a la posibilidad que permitiría la construcción



definitiva de su castillo. La muchacha usó la lógica: simplemente, tenía que pensar en su cuerpo como si de una metáfora se tratara y, de esta forma, otorgaría a cada una de las partes una nueva función. Sólo así podría proseguir con su tarea.

Fueron sus pies los que pasaron a cubrir la necesidad irrefutable de las manos. Aquel nuevo tacto, aquella movilidad insensata que esquivaba cualquier posibilidad de perfeccionamiento, del detalle. Esa nueva circunstancia supuso para ella una realidad diferente del concepto de belleza. Cuando se trataba de sobrevivir poco importa lo bello si no aporta utilidad. Pensó entonces en una imagen otra de las ciudades y en su rápida modernización. En la invención de decenas de centros comerciales tan magníficos y dinámicos, tan accesibles a la álgida concepción de la expansión del mercado: todo su alrededor se estaba convirtiendo en un producto de oferta y demanda.

La muchacha no se sentía preparada para dejarse arrastrar por los tiempos modernos.

Sin manos y con un océano paralelo a sus pies, su mundo acababa de convertirse en un pañuelo. Sintió no poder compartir con nadie aquel descubrimiento. Estaba contrariada, incapaz de asumir aquella experiencia: la razón de su intento –el castillo de arena–, la presencia insaciable de la noche –su miedo–. Consideró que no tenía más remedio que continuar. Si algo había aprendido de su padre era que debía proseguir con la tarea encomendada. Pedir ayuda, una vez más, no le serviría de nada.

El silencio de la palabra había hecho de ella una rareza acorralada en el interior de un laboratorio. Ella, que tanto confiaba en la ciencia. Ella, que siempre tuvo pánico a nadar más allá de las fronteras de la orilla, por si llegaba una sirena con forma de hombre y la arrastraba hasta la esencia de sí misma. Jamás quiso pensarse como mujer, la idea le horrorizaba, la maternidad, la responsabilidad de cargar con otro cuerpo –un cuerpo más– cuya presencia le arrancarían el gesto de niña que sobrellevaba, con más pena que gloria, que sobrellevaba, dejémoslo ahí. Pues aún aguardaban más piezas, más dafnes, más metamorfosis tras presencias felinas que harían de ella un aborto de identidad.

## EL ENCUENTRO

Una mañana la muchacha sonrió ante su presencia. A partir de ese instante supo que jamás volvería a mirar la calzada con los mismos ojos. Pensó que aquella sensación era demasiado común, no obstante, fue incapaz de vivirla de otra manera. En ocasiones, las sensaciones, por muy típicas y cursis que nos parezcan, nos producen hambre. Hambre por descubrir las consecuencias de un inicio, necesidad de engullir la sombra que nos consume tras su mascarada de azares y viajes de ida y vuelta.

Soñaba con volver a encontrarse desnuda de compromisos, dispuesta a derrumbarse en el primer abrazo: el tacto que cuando nombra no conoce sinónimos capaces de contener el instante de arenas movedizas.

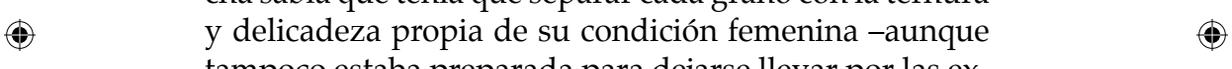
Tanto era el deseo, tantas las inclemencias, que recurrió a la invención de una nueva figura a hombros del



minotauro que siempre mordería la necesidad del deseo en otros labios. Se sintió tan frágil, tan niña, que decidió dejar de contemplar el otro lado del océano para continuar con su obra arquitectónica, ahora convertida en mera metáfora. Tan débil, tan sin tiempo, que acercarse a ella, aunque fuera con una copa de más, producía al espectador el pánico irremediable de las identificaciones. Todo el que la vio se convirtió, sin remedio, en estatua de ausencia.

Llegados a este punto, tocaba asumir las consecuencias.

\*\*\*\*\*



La clave para conseguir su propósito estaba en el primer punto del proceso: amasar bien la arena. La muchacha sabía que tenía que separar cada grano con la ternura y delicadeza propia de su condición femenina –aunque tampoco estaba preparada para dejarse llevar por las extrañas concepciones de la tradición–. De esta forma haría de cada fragmento un cuerpo único e inconfundible capaz de cargar sobre sus espaldas la mirada perversa de la nocturnidad.

Acarició entonces cada pieza como quien suaviza la piel para quitarle un nudo, ella sabía cómo hacerlo, pues eran muchos los nudos que habían ido poblando su cuerpo a lo largo de los años. Algunos, incluso, tuvo que arrancárselos con la violencia desesperada de quien se ahoga en sí misma.

Vino a su mente el olor a naftalina que acompañaba el tránsito de cambio de estación. Un nudo: el cuco que



palidecía las paredes del viejo salón; cada *tic-tac* parecía recitar con voz ronca un impulso de cuenta atrás inminente. Otro nudo: la mesa camilla bajo la que escondía las madrugadas envueltas en desaciertos y huidas. Aquella guerra de sonidos y cuadernos de infancia cuajaban sobre el tacto del suelo. En más de una ocasión tuvo que dar con su saliva en el parqué para cerciorarse de que su ser todavía conservaba la capacidad de reconocer –y así poder desechar– el sabor a ceniza.

La memoria del tacto tartamudo le devolvió la desesperación de no saber qué hacer con su cuerpo. La utilidad, ¿por qué no jugar con la utilidad de la demora que arrastra todo recuerdo? Temor por repetir la escena, pánico a desentrañar las incertidumbres de una imagen cualquiera creada hace años a espaldas de su voluntad. No quería reencontrarse bajo el techo de una misma casa; las mismas marcas en la puerta, las paredes de una misma mano, el salto fácil a través de la ventana. El instinto de supervivencia la arrastró de forma definitiva a la escena. No más recuerdos.

Nerviosa por comprobar su incapacidad de resolución con los pies, no le que quedó más remedio que recurrir al uso de la boca. Con ella mezcló la arena y el agua del océano que acababa de descubrir. Aquella consistencia salubre haría de cada grano un diamante en su dureza. Quién dijo que lo bello no podía ser duradero... El símil le fascinó.

Hubo momentos de angustia, los dientes se resentían por la humedad y el frío –las aguas del océano desco-



nocido también eran tímpanos-, pero el intento valía la pena. Con el paso de las horas su mandíbula adquirió un rol nuevo, su boca dejó de ser sinónimo del hambre; sus pies perdieron su utilidad para sostener los pasos, su sed ya no era una razón para las decepciones. Poco a poco fue dando forma al castillo; de momento sólo era un montón de arena, sin forma prefijada, pero con una impresionante consistencia. Lo bautizó con la primera piedra: la lengua que, al igual que las manos anteriormente, acababa de sucumbir ante lo efímero de la constitución humana. La muchacha no podía luchar contra la evolución de la naturaleza y sabido era por todos la fiabilidad de la teoría darwiniana. Él jamás anunció que la lengua pudiera llegar a convertirse en útil imprescindible para la mezcla de elementos tanto indestructibles como eternos. Había cosas que, a simple vista, un mero cuento no podía cambiar.

La espiral seguía haciendo malabares. Ahora la angustia del desvanecimiento fue sustituida por un gusanillo juguetón de nuevas sensaciones. La muchacha comprendió que su cuerpo había pasado a ser un mero instrumento, poco importaba que una a una sus piezas fueran cayendo, lo imprescindible era conseguir finalizar la operación con éxito.

El castillo ganó en consistencia con el paso de las horas, aunque el trabajo fue arduo. Un último cigarro, pensó, ya era hora de que las cosas fueran cambiando. Se sintió dichosa; sin manos, sin lengua, pero con muros y un puente situado estratégicamente, sólo así evitaría las inundaciones los días de lluvia. Ya no volvería a temblar



las noches que asoman tormentas sonoras de traspies y golpes sin sentido. Tan sólo tendría que cerrar el puente a cal y canto para que todos los miedos quedaran bajo el cielo inclemente que se queja siempre a destiempo.

Contrariamente al avance de la construcción, este cuento iba llegando a su fin. Este cuento hecho de retales, como el vestido del globo aerostático, pero ese matiz no se puede adelantar en este fragmento. Cada cosa en su lugar, eso también lo había aprendido de su padre.

### EL DESENLACE

Como todo cuento que se precie, por muy abstracto que parezca, debe encerrar tras de sí un desenlace, una moraleja. No sé si será lo correcto dar las claves del acertijo; en el fondo, no sé si se trata de un acertijo o de un simple cuento infantil.

La muchacha fue deformando su figura, las partes de su cuerpo iban cayendo, una tras una, de forma ordenada. El globo aerostático empezó a perder altura al tiempo que la construcción finalizaba. La muchacha, que ya era una mujer, se volvió niña de repente. Ya sin miedos, fuerte en su esencia, perdió también los pies que la mantenían en posición vertical. En eso la teoría evolutiva no se equivocaba, estaba sufriendo un proceso de retroceso sin marcha atrás.

Pasaron los días, las noches, las tormentas; también los sueños y el gusanillo en el estómago. Sólo hacía falta girar la mirada atrás para contemplar la imagen de ausencia. Ella, apenas sostenida sobre sus codos y rodillas, escupiendo sal; a sus pies, un enorme e indestructible



castillo de arena y una bicicleta oxidada a medio metro de distancia sin manillar con el que orientar la mirada que maldecía aquel retrato.

El globo aerostático fue desvaneciéndose y dio a parar al mar, pero no a ese mar contrario descubierto por la niña. Se dejó devorar por los animalillos que lo poblaban, animalillos sin miedos innatos contra los que construir muros de sal. Los retales se desperdigaron uno a uno por el océano. Algunos de ellos llegaron a parar a la orilla, fue allí donde se encontraron con ella, junto a la arena, despojada hasta de su propio cuerpo.

La muchacha no supo jamás que la oscuridad de las noches fue pensada como un intento para descubrirla, ni tampoco que la atenta espera de una voz –cientos de veces repetida por su incertidumbre– era la búsqueda de un origen cada vez más distante al de su persona. Eran demasiados los interrogantes de la piedra jamás extraída como para vivirlos a solas sin caer estrepitosamente por el hueco de un ascensor que ni siquiera funcionaba.

Penden del cielo las razones del insulto, la brevedad de las muescas que su boca no pronunciaba. Sé que no imaginaría que alguien hiciera de ella un objeto desnudo de palabras, daguerrotipo de un análisis perfectamente cuidado sin paréntesis con los que puntualizar sus ausencias. No eran necesarios.

Un absurdo con forma de mujer. No pudo salir de la botella en el instante de la concepción, de ahí sus dudas. Había hecho del enfrentamiento con la realidad un homónimo sin referente conocido.



Se preguntó entonces, nublada por el salitre que la consumía, qué sentido tenía ahora haber perdido el miedo a la infidelidad de las noches.





# 2 Y I=XXI. SEGGOS DE VIDA

*Berta Gil Alonso*

*A mis compañeras de Antígona*

*“Recibe el cuerpo de nuestra hermana a quien llamaste...”*

La oración del celebrante se perdía en el ambiente. Eran palabras musitadas sin entusiasmo y que entonadas de modo rutinario perdían todo convencimiento. El ambiente respondía a un compromiso, las palabras, la correcta compostura de los presentes, los susurros y suspiros que de vez en cuando cortaban el aire, y también alguna lagrimilla cuyo propietario no permitía prácticamente nacer.

En el centro del atrio, un brillante ataúd. Sobre él, un dorado crucifijo y a sus pies, un artístico ramo de flores. Las cláusulas del seguro se cumplían en su totalidad. La joven sonrió. Era gracioso pensar que su abuela, calculadora viviente, se permitiese tantos lujos cuando ya no era.

¡La abuela! Había en sus recuerdos nostalgia y un lejano afecto mezclados con un odio violento, difícil de separar. Allí, en la penumbra del templo recordó...

Hasta que llegó la pequeña, la niña especial, cuando sus padres salían de noche los fines de semana **ella** y su hermano se repartían entre las dos abuelas. **Ella** siempre prefería ir con Lola, mujer viuda desde muy joven. Era muy marchosa y le encantaba tener a la nieta, iban de compras, se peinaban, se probaban ropa, hablaban de niñerías y se mantenían con comida rápida, pero, a pesar de dar la impresión de un fin de semana caótico, Lola siempre encontraba tiempo para repasar y aclarar todas las dudas escolares de su nieta.

Los abuelos maternos, el señor Juan y la señora Rosario, eran otra cosa. Dueños de un pequeño ultramarinos habían logrado amasar –en los tiempos del estraperlo– un capitalito que, junto con la jubilación, les permitía una vejez holgada y sin complicaciones. Ello no impedía que la abuela siguiese administrando con una voluntad espartana. Nada les faltaba, pero su vida de mínimos gastoshacía flotarenelambiente uncierto aromalánguido, sólo roto por los aromas que despedía la cocina de la abuela. ¡Allí sí que se lucía! Era capaz de pasarse horas y horas hasta lograr, a base de salsas y combinaciones mágicas, convertir el alimento más sencillo en exquisito manjar, eso sí, mensurando bien las raciones. Con ellos se quedaba su hermano. Jugaba a las cartas con el abuelo, hablaban de cosas de hombres, soportaban las regañinas constantes de la abuela y contestaban de mala gana a la

entonación de la impuesta letanía con que concluía el día.

Cuando, abrumada por la repetida frase de “ni conoceré a mi nieta” era **ella** la que iba a pasar el fin de semana, la abuela le mostraba sus tesoros: su cofrecillo de joyas; el lugar secreto de sus ahorros; los cubiertos de plata; el preciado ajuar bordado con esmero, nunca estrenado y al que el tiempo había teñido de mortecino color. Lo hacía con misteriosa solemnidad para terminar siempre con la lacónica frase:

–Todo será para vosotros. Es mi única hija, tú mi única nieta– y lo guardaba con gran ceremonia para volver a la realidad de sábanas repasadas y mantel de hule donde la desvencijada vajilla aún tenía fuerzas para hacer disfrutar de los apetitosos guisos de la abuela. **Ella** sufría, ponía voluntad en superar las rarezas de la abuela, trataba de entender la razón de guardar por guardar, de tanta privación innecesaria. Pero lo que peor llevaba, lo que no podía tolerar eran las constantes críticas a *la otra*, como era habitual que la llamase.

–Te estropearé con tanta tontería; no os dejaré nada, ya verás como al final hasta la tendréis que mantener...  
–eran sus frases preferidas para criticar la vida de Lola.

¡Qué contraste entre las dos abuelas! Lola afrontó su pronta soledad con valor. Había sacado a sus dos hijos adelante con el optimismo que la caracterizaba y una simpatía que le permitía gran número de amistades. Su trabajo como maestra y una pequeña pensión le permitió ofrecer a los suyos una existencia sencilla pero cómoda y

sobre todo distendida. No perdía día de su vida. Trabajaba en la escuela y cuidaba a los suyos en sus necesidades, pero sin olvidarse de ella misma. Ahora, jubilada y con los hijos casados, mantenía su ritmo sin perderse baile o excursión de su club de 3ª edad. Cuando iba a ver a los nietos lo hacía a la hora más insospechada, cargada con objetos que siempre responden al deseo oculto de los niños y que desconciertan a los mayores por su inutilidad. Cuando llegaba, parecía una salida de sol. Sus risas, sus bromas, su alegría casi infantil, contrastaba con la sombría monotonía de los abuelos maternos, siempre tan ordenados y equilibrados, donde cada acción se pesaba y medía en aras de una organizada vida que permitiese un futuro sin necesidades. Eran sus vidas como un culto al pasado; *la otra*, un canto a la vida.

La llegada de la pequeña, la niña especial, lo cambió todo. Ya no había más abuela, y los cuidados y atenciones que precisaba la pequeña distanciaron las salidas. Sólo en contadas ocasiones lo hacían, y entonces, era una verdadera fiesta pues Lola se quedaba a su cuidado. Las visitas a la casa de los abuelos maternos fueron fielmente establecidas: cumpleaños, santos, día de Navidad y Año Nuevo. Allí, todo seguía igual, carencia de comodidades, oscuridad... Seguía sin poder soportar de aquellas visitas las constantes alusiones a la otra abuela, las críticas a cómo vestía, sus amistades, sus entradas y salidas; le superaba la influencia que ejercía sobre *mami*... Pero lo que más le dolía, lo que encendía su ira era el olvido, la indiferencia, la falta de cariño hacia su hermana pequeña, la niña *especial*.



Todo cambió cuando murió el abuelo. Se quedaron unos días con la abuela *hasta que me haga* decía. Fueron unos días repletos de incomodidades. Los colegios quedaba lejos, por ello *mami*, tenía que levantarse muy pronto, arreglar a la pequeña y, antes de irse a trabajar, llevarla al colegio pues el autobús especial no pasaba por aquella zona. Ellos cogían un bus y, a veces, tenían que correr cargados con sus mochilas para no encontrar la puerta del patio cerrada.

Pero lo más dramático era la casa. Situada en una antigua finca de amplios balcones, su coqueta entrada había perdido, con el paso de los años, el esplendor de su nacimiento. Suelos de indecisos ladrillos, favorecían la constantes caídas de la pequeña; baños amarilleados por el tiempo, con moho perpetuo y penetrante olor, predisponía al rechazo. Habitaciones oscuras, de camas enormes con incómodos colchones de lana y olor a naftalina, creaban un ambiente lóbrego y caduco que impedía el descanso. Fueron días terribles en los que nadie deseaba concluir la jornada y volver a casa. A la salida del colegio, los niños se acercaban a una parada y recogían a la pequeña, después, tomaban un taxi hasta la casa de la abuela. Cuando llegaban la portera los subía en aquel viejo ascensor. Sus chirridos y sobre todo sus constantes movimientos, asustaban a la pequeña, que lloraba y dibujaba en su cara el espanto de ver pasar los escalones en el ascenso.

–Qué pena de niña– decía siempre la portera, y lo que más dolía era que esperaba a que el ascensor parase y la niña refugiada en los brazos de *mami* llorase



convulsivamente. –Qué pena de niña, Dios tiene para todos– repetía sin ver el rostro ofendido y triste de la madre.

Al llegar, comenzaba la tortura. Abrían sus cuadernos en la mesa del comedor e intentaban hacer los deberes. ¡Cuánto echaba de menos su habitación! El pequeño escritorio, sus estanterías, su armario, la cama que nunca perdía su forma, su coloreada colcha, sus pósters y banderines... Las añoranzas se rompían siempre con los constantes suspiros de la abuela mezclados con advertencias...

–Ir con cuidado, no rayéis la mesa. ¡Mirar como la tiene la abuela después de 50 años de casada!– y al decirlo rompía a llorar, pues recordaba que poco faltó para llegar a la fecha mítica. Y entonces preguntaba si se acordaban del difunto, si le rezaban por la noche...

Patética era la llegada del padre. Hombre bueno, trabajador y sobre todo comprensivo, demostraba con su talante que no estaba de acuerdo con tanto cambio.

La cocina de la abuela era grande y destartalada. Sobre un suelo de indefinido color, se alzaban unos bancos de granito oscuros y pardos con un fregadero, hondo e incómodo, cuyo grifo goteaba constantemente. La antigua cocina de gas tenía uno de los quemadores inutilizados, lo que obligaba a condimentar guardando un ordenado turno. El frigorífico, casi un sarcófago, obsequiaba con un ruido sordo y un tufillo constante, al tiempo que negaba bebidas frescas y provisiones a largo plazo obligando, con ello, a la habitual escena de *mami*



con la pequeña en un brazo mientras se afanaba con la otra mano en preparar la cena. Comprensivo, comentaba entonces el padre, el deseo de una cena informal a base de pizza o bocatas y evitar con ello más trabajo. Pero siempre obtenía la misma respuesta.

–¡Calla!, ¡Calla! ¡Buena se pondría la abuela!, ella dice que en esta casa siempre se cena de caliente– y la voz de *mami* intentaba ocultar la congoja que le invadía. Entonces el padre, cansado, cogía a la pequeña para distraerla.

Se cenaba en la mesa, con plato y cubiertos, arropados por la cantinela de la abuela que hablaba de buena alimentación y unidad familiar sin percibir la fatiga de la hija, el tedio de los demás. ¿Unidos?... La TV con sus constantes interferencias emitía un estúpido concurso. Desde el sillón del abuelo, único en el comedor, la abuela lo seguía absorta. Mientras, el padre, en una incómoda silla, trataba de dormir a la pequeña y los niños privados del mando a distancia, no sabían donde sentarse antes de enfrentarse con las ondulaciones de los angostos colchones de lana.

–¿No vienes? –gritaba la abuela llamando a la hija, –es muy divertido– oía *mami* desde la cocina donde se enfrentaba a un montón de platos, vasos y cubiertos. Los fregaba con miedo de romper algo. Los fregaba lentamente mientras en sus oídos resonaba la mágica melodía de su lavavajillas.

Recordó aquella noche en que un quedo cuchicheo le impedía dormir y, deseosa de averiguar su contenido mantuvo la respiración. Era similar a la conversación

que escuchó la última noche que durmieron en casa de la abuela. Aquel terminó con la dramática pesadilla, acabó con el mal sueño. Serenamente se enfrentó el padre a la abuela. Trató de hacerle ver la incongruencia de permanecer allí. Soportó estoicamente las lágrimas y lamentos de la anciana, el temblor callado de *mami*.

–Desagradecido. Todo lo que tengo es para vosotros, y no queréis estar conmigo. Molesto, soy vieja... resulto incómoda.

–Pero no ve que no es posible. Su hija va a caer enferma con tanto ajeteo. Los chicos añoran su casa, su vida...

–No, si hasta mis nietos me quitarás– gimoteaba la anciana, mientras el resto de la familia mantenían la respiración apoyando con su silencio las recomendaciones del padre que invitaba a la abuela a vivir, a arreglarse la casa cómoda y buscar una mujer que le ayudase. Le hacía ver que podía pagarlo, que para eso habían trabajado tanto, que el dinero está para vivir una vejez tranquila y sin preocupaciones.

Mezclados con sus recuerdos escuchó:

–Sólo por unos días, hasta que esté fuerte del todo.

–Bueno, bueno, todo menos ir a su casa. ¡Qué agarrada es!, ¡Mira que no haber arreglado nada! Tendré paciencia, pero verás como hay problemas.

–¡Es mi madre! –se escuchó quedamente.

Llegó la abuela a casa. Había estado una semana ingresada por una fuerte bronquitis. Llegó con buen

aspecto, peor lo tenía *mami* después de la incomodidad de velarla por las noches, cumplir con su jornada laboral y atender a los suyos.

–No sé si podré dormir en ese colchón. ¡Donde estén los de lana!– comentaba mientras **ella** sacaba parte de sus pertenencias de su invadida habitación.

Esperaba la nieta que concluyese el programa de variedades que emitía la televisión y que tanto gustaba a la anciana para poder así ocupar el sofá de la salita. No pudo pegar ojo en toda la noche, echaba de menos su habitación, le molestaban las constantes idas y venidas de la abuela al cuarto de baño, su monótono refunfuñeo evidenciando la carencia de orinal, el peligro de enfriarse... Mientras, la iniciada en la adolescencia, comenzaba a cambiar su tierno afecto hacia la abuela por una rebeldía oculta, peligrosa pendiente hacia el odio.

Recuerdos, siempre recuerdos... como aquel fin de semana que se presentaba espléndido. Superada la evaluación con esfuerzo, no ya de los estudios sino también por tener que acoplarse a un nuevo diseño de vida, reclamaba su espíritu un merecido descanso.

–Tendré que hacer dos viajes, todos no cabemos en el coche.

–No, mejor que los chicos cojan el autobús.

–Si, pero la pequeña sólo va tranquila con su hermana mayor, tu madre...

La conversación discurría en el silencio de la noche de aquel viernes deseado. Desde su incómodo sofá-

cama trataba de distraerse como podía. Ya ni a la TV podía recurrir. La disparidad de criterios a la hora de sintonizar un programa, había concluido con el traslado del aparato a la habitación de la abuela. ¡Qué curioso!, ya se denominaba así. Se sintió como sin patria.

–¿Donde dormiré en el apartamento?– pensó.

Cuando Lola sintió flaquear sus fuerzas no lo pensó. Puso en venta el piso de sus sudores, hizo tres partes con los beneficios obtenidos y buscó acomodo en una residencia. Cuando ya lo tenía todo solucionado reunió a la familia.

–Bueno, aquí tenéis cada uno vuestra parte. La tercera es para mí. Con ello y la pensión, ya tengo para mis gastos, para mi independencia.– Lo decía serena y feliz sentada en el jardín que rodeaba el pequeño chalet, su nueva vivienda.

–Pero mamá, si estás muy bien.

–Nada, nada, ya está hecho. Las cosas hay que pensarlas con tiempo, preparar cada uno su vida contando con sus medios y con sus fuerzas. Sé que os tengo, pero también sé que con esta nueva vida os tengo aún más seguros.

Convirtió el padre el capitalito en un minúsculo apartamento que rebosaba de luz cada amanecer. La habitación de los padres, el cuarto de las literas dada su pequeñez, el salón con su sofá-cama. Allí comenzó a odarlos.

–¿Hasta de él me desplazarán ahora?– y en su pensamiento comenzó a buscar habitáculo nocturno,

quedaba la cocina, el baño.... o la amplia terraza. Se sobresaltó por unos lamentos.

—¿Es que queréis matarme?, yo a la playa, con lo mal que me sientan las humedades. Mis bronquios, mis piernas...

Se quedaron. Cambiaron los fines de semana. **Ella** aprovechó la ocasión que estaba esperando para comenzar las salidas nocturnas que tanto había deseado, envidiado incluso, pero nunca se había atrevido a plantearlas. Ahora, la rebeldía propia de su edad, le permitía no perder ocasión de invitaciones de amigas, fiestas estudiantiles, acampadas. Lo hacía contenta, pues veía en sus padres una agradable complicidad y un gran disgusto en la abuela, cosa que aún le divertía más. Sólo le entristecía el regreso, cuando volvía a la realidad familiar. El espectáculo era siempre similar, en la salita *mami*, cansada, jugaba con la pequeña, trataba de distraerla con ejercicios tendentes a recuperar su movilidad, agilizar sus reflejos... Mientras, su hermano, tumbado en el sofá, descansaba de la dura acampada juvenil: sus botas embarradas, su ropa sucia lo evidenciaban. Del cuarto de la abuela el sonido del televisor invadía el corredor. Al fondo un hilillo de luz bendecía la oscuridad, era el cuarto donde su padre dormitaba con los cascos puestos. Añoraba entonces el brillo del amanecer, el susurro del mar, la brisa fresca rozando la piel...

Recordó y odió.

Los meses pasaban en un alarmante crescendo familiar. Cada uno de sus miembros iba construyendo



sobre su fundamental, amargos intervalos hasta formar acordes más o menos perfectos. La pequeña, era la única que permanecía inalterable. Tragaba malamente sus papillas, avanzaba en sus movimientos y aprendizajes con una lentitud desesperanzadora y miraba a todos con su cara especial de la que sobresalían aquellos ojos tiernos. También su hermano se inició en la distancia. Opinaba que sólo se vive una vez, y que vivirla “como algunas” no tenía sentido. El padre se había vuelto callado y taciturno. Permanecía horas y horas en su habitación leyendo, oyendo música, dormitando... Algún día de fiesta desaparecía. Se iba solo al apartamento y regresaba aún más callado y taciturno, triste al ver la cara demacrada de *mami*, su delgadez, su oculta amargura.

Mientras, **ella**, intentaba encajar el rompecabezas de la vida. Su mente se perdía entre derechos y deberes, premios y castigos, bondades y maldades. Nadie le ayudaba a entonar una melodía firme y segura. Fue descubriendo por si sola las mentiras e hipocresías de la vida.

Descubrió como el poder impone normas morales encaminadas a fomentar la sumisión con el fin de ir conformando una sociedad que beneficie a unos pocos, y también, como derechos y deberes impuestos en nombre de Dios y de su justicia, castran el desarrollo de un clima social justo. Aprendió, sola, que nadie tiene derecho a hacer uso de la libertad del otro, que no se puede comerciar con los sentimientos, ni chantajear con los intereses. Lo aprendió bajo el sordo concertante de una abuela anclada en el pasado, anclada en una



dársena mediocre y oscura marcada por el temor y otra que navegaba llena de esperanza. Entre ambas, como un eje, *mami*, oprimida por el pasado, ansiosa de futuro; *mami*, en lucha constante por la aceptada resignación que se torna con el tiempo opresivo compromiso y el amor por la vida y la libertad que marcan los nuevos tiempos. *Mami*, consciente de sus aceptadas limitaciones pero abierta para que **ella**, no siguiese su mismo camino. “Cambian los tiempos, cambian los siglos” decía.

Un vivo taconeo se superpuso a sus recuerdos, a los cuchicheos de los asistentes y a la música de fondo que amenizaban el acto. Un violento aroma a esencia inundó el templo. La pequeña, a su lado, comenzó a palmotear y lanzar grititos alegre y divertida. Volvió la vista. Entraba Lola del brazo de un amigo, radiante, espléndida. Se cruzaron las miradas. Lola, guiñó un ojo evidenciando cierta complicidad.

La pequeña seguía divertida.





# UN SUEÑO HECHO UN FRAUDE

*María Dolores González Albert*

*A Clàudia,  
muñeca de carne y hueso*



**A** María nunca le gustaron las muñecas, a pesar de su condición femenina y de haber escuchado muchas veces aquella canción que estaba de moda: “Las niñas de rosa... como debe ser”.

Ella era una niña melindrosa, delgadita y sensible, llena de sueños. Soñaba lo que correspondía a su edad cronológica, lo que correspondía al tiempo y a la época. Vivía en un pueblo cerca de Valencia, en la huerta donde, la tierra era un bien primordial, necesario y conseguido al precio que fuera, precio que se convertía casi siempre en moneda de cambio de sueños, incluso de las necesidades más primordiales y elementales. Pero, ella sin entenderlo demasiado, también amaba a la tierra y se sentía unida a ella porque era el objetivo por excelencia de las aspiraciones de su padre y, creía que si él luchaba y vivía



por y para ella, la tierra, en su mundo infantil no podía dudar que tal cosa fuera buena y que sin duda debía ser así. De esta manera fue sacrificando muchas cosas, ilusiones y también los sueños de su infancia. Uno de ellos, como era natural por su edad, eran los juguetes, cosa que le costaba más al acercarse las fiestas de Navidad y se preparaba la venida de los Reyes Magos de Oriente, tradición fuertemente arraigada en su mundo.

Han tenido que pasar los años, el tiempo, para que María pudiera comprender aquella reacción de desagrado, de asco, casi enfermiza, cuando por casualidad se tropezaba con una muñeca por muy guapa que fuera. Solo de mirarla se sentía enferma y ya podía ser preciosa que, automáticamente volvía la mirada hacia otra parte, no le atraía lo más mínimo ni sus facciones perfectas, ni otras menos perfectas pero más graciosas, ni sus vestidos, ni nada de nada.

Cuando María se hizo mayor y por supuesto supo que los Reyes eran los padres, esta reacción la hacía sentir extraña delante de sus amigas, que siempre iban cargadas de muñecas y no entendía como podían pasar las horas muertas jugando con ellas, sin otro cometido que vestir las y peinarlas. A ella, esto le aburría soberanamente. Más adelante, María buscó en el subconsciente y buceó en este sentimiento negativo pensando que algo debió ocurrir con anterioridad para que provocara tal reacción y... Enseguida se le iluminó una lucecita roja en el recuerdo, estaba claro, ¿Cómo no lo había pensado antes? La culpa de esta animadversión por las muñecas la tenía Maricela, injusta e indirectamente.

Dejo aquí la historia pero recordemos este nombre: Maricela.

Era la segunda mitad de la década de los 60 del siglo pasado, hace bastantes años con lo cual a los Reyes Magos de Oriente no les había sustituido “Papá Noël”, y por tanto eran los personajes protagonistas e indiscutibles que coronaban las fiestas de Navidad para alegría de los niños, ya que se encargaban de transportar de un país tan lejano como es Oriente –que a María le costaba trabajo localizarlo en los mapas rudimentarios de la escuela– juguetes a los niños, que se lo creían de verdad y que les hacían soñar.

Eran unos Reyes que con su presencia imponían. La niña los tenía pintados en una postal de colores y los miraba y les hablaba despacito con sumo respeto. Parecían tranquilos, sosegados, sonreían porque aquella fiesta y su cometido no tenía nada que ver con lo que pasa ahora, era una época diferente donde, no había un sinfín de catálogos para elegir los juguetes, ni cartas impresas con fines comerciales donde dirigir los pedidos y por tanto, sus Majestades, no estaban sometidos a ninguna presión. Ahora bien, la ilusión de los niños era la misma, o tal vez incluso más grande, ya que era la única ocasión que María y los demás niños soñaban con un juguete adquirido y no hecho en casa como producto de la imaginación.

Y... de ilusión va la cosa. Para María, la noche de Reyes era una noche muy especial, había una mezcla de ilusión, alegría y sufrimiento. La historia comenzaba la víspera al anochecer, cuando su padre venía del campo

y ella ya le esperaba temblorosa. El hombre, después de asearse, comenzaba el ritual, porque ella así lo consideraba, un ritual lleno de significados que la llenaban de gozo y que seguía atentamente paso a paso. El padre que era un labrador curtido por el sol y con más fuerza que un toro, subía a la parte alta del almacén y efectuaba dos viajes al balcón de la casa para depositar en él, un capazo de algarrobas y tres gavillas de hierba seca, la comida habitual de las caballerizas para a continuación hacer un tercer viaje y dejar también un gran cubo de agua. Cumplía bien el ritual y a pesar de ser tan fuerte, de estar acostumbrado a manejar mucho peso, simulaba un gran esfuerzo, llegando incluso a gemir en la representación. María lo miraba entre complacida y asombrada y se alegraba porque en su inocencia, pensaba que los Reyes estarían mirando por algún agujerito viendo y escuchando tal esfuerzo y que así serían más generosos, porque... eso de pedir una cosa concreta, un juguete que le gustara, no podía ser. Ella soñaba... pero sus padres le decían que los Reyes sabían muy bien lo que tenían que traer a cada niño, porque además de Magos, sus Majestades, eran muy sabios. Toda una incógnita que ella no entendía y que se añadía a la ilusión, al temor, y por eso seguía los pasos de su padre en el ritual de los viajes, temblándole las piernas y cuando éste le decía mostrándole el género elegido: "Los Reyes este año estarán contentos, María... mira que algarrobas, he escogido las más grandes y mejores... toca la hierba, la mejor de la cosecha..." A la chiquilla no le salía la voz para asentir orgullosa, abría mucho los ojos y le latía el corazón pensando en la calidad del género mostrado que no entendía pero que

encontrarían sus Majestades para sus caballos o camellos.

Esa noche, María que era melindrosa para comer, hacía verdaderos esfuerzos para engullir la cena y acabar pronto, antes que cualquier otro día, pues tenía que irse pronto a la cama, como mandaban los cánones, ya que los Reyes tenían mucho que repartir, según decían los padres, y los niños tenían que estar dormidos, si no... pasarían de largo y ella eso no se lo podía permitir.

A la mañana siguiente, cuando despertaban a María, hacía rato que ya estaba despierta aunque continuaba quieta y tapada hasta los ojos apretando las mantas contra su cuerpecito, casi sin respirar. Era cuestión de hacer todo lo que te decían y bien, no se fueran a enojar los Reyes. Volvía a latirle el corazón subiendo la escalera que conducía al balcón, seguida de su padre, su madre y las dos tías solteras. El padre abría el balcón con parsimonia, demasiado despacio para la ilusión de la nena y... entonces, después de una primera mirada, venía la decepción, María, en ese momento quería morir y apretaba muy fuerte los ojitos. En el balcón había desaparecido todo el género, incluso el cubo que era de hierro y le decían que los caballos debían tener mucha hambre y sed... se producía lo más dolorosamente sorprendente. A cambio de todo había un año tras otro la misma muñequita de siempre. La niña abría los ojos y los cerraba, no se lo podía creer, la misma muñeca todos los años, eso sí, vestida de diferente manera, unas veces tocaba de gallega, otras de andaluza. Esa era la ventaja de tener dos tías solteras que cosían como los ángeles, igual de bien que las modistas.



Y aquí viene lo más cruel, porque María se enfadaba y con lágrimas en los ojos decía que no la quería, que era la misma del año anterior, pero sus padres y las tías lo negaban al unísono de tal manera y con tanta sincronización, que la niña miraba tan fijamente a la muñeca buscando alguna diferencia para creerles, que le dolían los ojos, veía lucecitas y borroso. Al lado de la muñequita había una cunita que, como la pintaban cada año de un color diferente le hacían creer que era nueva. Lo más paradójico y que no llegaba a entender era qué hacía una muñeca vestida de gallega o andaluza acostada en una cunita de recién nacido. ¡Ah, sí! Recordó María, el primer año llevaba pañales a pesar de tener unos pechitos ya incipientes.

Como María rezaba y no perdía la esperanza de que los Reyes Magos de Oriente, le trajeran alguna vez otra muñeca diferente, no siempre la misma, ni tampoco aquella cunita repintada que odiaba, la escucharon y el milagro se produjo.

Las vísperas de Navidad, era costumbre que la madre y sus tías, viajaran a Valencia con otro ritual también propio de estas fiestas: comprar el aguardiente para los dulces típicos de la licorería Casa Mataix, una papeleta de lotería del Trocadero y un poco de turrón, no demasiado, de Casa Galiana.

Aquel año al acercarse a visitar a la Virgen de los Desamparados, en su plaza estaba ubicada por aquellas fechas una tómbola benéfica llamada popularmente Tómbola de D. Marcelino. D. Marcelino Olaechea era enton-

ces el Arzobispo de Valencia. Jugaron una papeleta, no creo que más, y... ¡milagro! La papeleta llevaba premio. ¿Qué era? Nada menos que una muñeca que se llamaba Maricela.

¿Cómo era Maricela? Pues simplemente una maravilla. María supo que se llamaba así, lo recuerda muy bien, porque la caja de cartón que la contenía, tan inmensa como ella, estaba llena de dibujitos que la reproducían con su nombre debajo escrito en letras de colores.

La alegría de la madre y de las tías fue tan grande que al regresar de Valencia, no pudieron guardar el secreto hasta la noche del ritual y se la mostraron a la niña, eso si, diciéndole que la guardaban enseguida y que solo le permitían una miradita porque los Reyes Magos tenían que llevársela a Oriente que estaba lejísimos. La muñeca desapareció en un abrir y cerrar de ojos, pero María la había visto, la había mirado y la visión que percibió, superaba cualquier sueño anterior y sintió una mezcla contenida de sentimientos, de alegría inmensa, también pena e incluso miedo. Miedo de su tamaño, de tanta belleza e inconscientemente la comparó con la muñequita de todos los años, la de la cunita repintada.

La imagen en la retina se le había quedado grabada. Maricela era guapísima, preciosa. María la soñó muchas noches reteniendo su imagen, porque Maricela tenía la cara de porcelana de un tono rosado transparente que parecía de piel natural, la forma era redondeada, gordita y con unos pómulos que subían el tono rosado. Sobresalían unos ojos grandes, inmensos, de color castaño do-

rado, arqueados por unas pestañas tan espesas y largas que parecían verdaderos abanicos y que al inclinarla se cerraban escondiendo esas maravillas doradas. La boca perfilada en forma de corazón y con un tono rosado fuerte, esbozaba una sonrisa que dejaba entrever unos diente-citos como diminutas perlas blancas. La nariz, para completar aquella armonía era ligeramente respingona, perfecta. Coronaba esta deidad un pelo precioso, abundante, de color castaño claro casi rubio, peinado con raya al centro para formar dos gruesas trenzas que descansaban en unos pechitos que se querían formar y atándose cada una de ellas con un lazo de color rosa.

Y... del mismo color, de rosa, era el vestido, muy bonito pensaba María cuando la pudo mirar poco a poco. Estaba lleno de volantes y puntillas, con mangas de farol que dejaban al descubierto unos brazos torneados, gorditos, con unos hoyuelos en los codos. ¿Y las manos? La niña las recordaría después al tocarlas, pareciéndole que tenían vida propia y que eran capaces de responder a sus caricias. Deditos perfectos y en la muñeca, llevaba incluso una pulserita dorada, de oro –le había dicho su madre– donde ponía su nombre grabado: MARICELA. Las piernas también con hoyuelos en las rodillas eran torneadas y rectas y en los pies, sobre unos calcetines de encaje blanco, calzaba unos zapatos rosa de igual color que el vestido, pasados al lado con un botón de nácar que relucía mucho.

La muñeca “*repe*”, gallega-sevillana-bebé, y también la horrible cuna desaparecieron, María jamás supo ya de ellas, pero el sueño de la niña y su relación con las muñe-



cas empeoró a pesar de tener a su alcance lo que en principio parecía que iba a satisfacer todas sus aspiraciones, sus sueños. No era el destino que Maricela la liberara de la frustración, ni mucho menos, tampoco supondría que con ello, dejara de mirar con rencor a los Magos de Oriente, ni tampoco se trataba de que estos se olvidaran de Maricela en aquel país lejano la noche del próximo 5 de enero.

Aquel año, el ritual cambió un poco, y no por parte de la niña que continuaba si cabe más ilusionada y seguía esperando a su padre para el consabido ritual. Pero el hombre hizo los viajes al balcón, esta vez más deprisa –observó María– ni tampoco vió el esfuerzo que le hacía respirar más fuerte, ni repasó el género, es decir, aquello duró menos tiempo y faltó escenificación. Habían cambiado el juguete de manera fácil y no hacía falta compensarlo con representación de ninguna clase, se libraban de la mentira y la niña también se ahorraría el esfuerzo de buscar unas diferencias que no existían. Pese a todo, observaba entre ilusionada y sorprendida, y le asaltaban una y mil preguntas que no se atrevía a formular en voz alta: ¿Sabrán los Reyes que Maricela es para mí? Pensaba. ¿No se equivocarán de balcón y la dejarán dos casas más arriba donde vive mi amiga Ana? Optó por callar, no preguntó nada y se fue a dormir llena de dudas y en el sueño tuvo varias pesadillas.

Efectivamente, a la mañana siguiente Maricela estaba en el balcón de su casa, cuando vió la caja inmensa que abultaba tanto como ella respiró, pero pronto se dio cuenta que jugar con ella sería difícil, había que mostrar-



la, que lucirla porque era demasiado bonita y delicada, su madre le repetía una y mil veces que cuidado, que el color rosa era muy sucio, que se rozaba enseguida. Esto acrecentaba el respeto, el miedo de María por Maricela que le parecía excesivamente grande y bella.

Para sorpresa de la niña y como colofón, la misma noche del día seis, día de Reyes, Maricela ya durmió guardada en el altillo del armario acostada en su caja y con los ojos cerrados. Era demasiado bonita para jugar con ella y así estaría, en principio, hasta el año siguiente, pero podía ocurrir algo que desbaratara los planes de los mayores y el destino de la “bella durmiente del armario”.

En el recuerdo borroso de aquella época María era una niña propensa a tener anginas que hacían que la fiebre subiera a cifras altas, pues bien, era en ese preciso momento cuando la madre y las tías se miraban entre sí, sin esconder la preocupación frente al termómetro que ascendía peligrosamente y asentían, entonces bajaban a Maricela del altillo. La niña creía que se iba a morir y temblaba, no se sabía si de miedo o de fiebre. Ellas, no se daban cuenta que empeoraba mucho más al entrar una silla del comedor para bajar a Maricela y acercársela a su lado mientras cerraba los ojitos. María la miraba de reojo, sudaba y le latía fuertemente el corazón, pensando en su interior: “Debo estar muriéndome, debo estar gravísima, tengo mucho miedo...”, y rezaba aquello de: “Cuatro esquinitas tiene mi cama... cuatro angelitos siempre la guardan...” Y no sabía si, debido a la fiebre tan alta, al miedo que le producía ver a la muñeca a su lado con los ojos cerrados y a los antitérmicos, se dormía



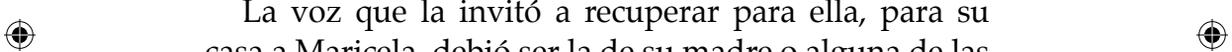
al fin con un sueño pesado, lleno de pesadillas donde se mezclaban muñecas, reyes, algarrobas, escaleras con escalones anchos y altos, armarios que rodaban mareándola. Se despertaba empapada en sudor y Maricela ya había desaparecido como por arte de encantamiento, no se atrevía a preguntar por ella por si acaso, pero estaba segura que la habían puesto en el armario y entonces respiraba tranquila, se sentía mejor mirando hacia allí con un sentimiento de gratitud infinita.

Por tanto, la vida y el destino de Maricela fue injusto para tanta belleza, custodiada solo por un embalaje de cartón, un armario, donde dormía los trescientos sesenta y cuatro días del año, exceptuando las salidas rápidas por la fiebre de las anginas. Del altillo del armario pasó, sin pena ni gloria, a otro rincón de menor importancia a medida que María creció, probablemente al desván y se perdió su rastro. De esta manera e inconscientemente, la niña olvidó la figura de las muñecas y nunca le llamaron la atención cuando las veía expuestas en las tiendas, ninguna le recordaba a Maricela, era algo que dejó de existir en el imaginario de su mundo.

Pero un buen día, muchos años después, cuando María ordenaba a fondo los armarios, tropezó con aquella caja de cartón fuerte, inmensa, donde suponía que Maricela dormía el sueño de los tiempos. No necesitó abrirla para verificar que, igual que estaba la caja por fuera, en condiciones tan excelentes, estaría la muñeca por dentro, pues apenas había podido jugar con ella, y sintió una punzada aguda no supo si en el corazón o en la boca del estómago, se quedó quieta y ausente. Alguien dijo a su



lado: “Mira, aquella muñeca que querías tanto... Maricela creo que se llamaba... llévatela si quieres a tu casa...” No contestó. No podía apartar la mirada de los dibujitos, de las letras... M-a-r-i-c-e-l-a, M-a-r-i-c-e-l-a, que bailaban en su retina haciendo una espiral que la arrastraba a otro tiempo, a otra época, y, un mundo de sentimientos contrapuestos se apoderaron de ella. Entonces comprendió muchas cosas: El porqué había preferido siempre como juguetes, una bicicleta por ejemplo. Tampoco sintió nostalgia por haber perdido en su niñez, esa etapa que se empeñan en llamar feliz por necesidad, de jugar con las muñecas a papás y a mamás. Afortunadamente ahora eran otros tiempos, soplaban aires nuevos, no tan alienantes. María cogió a Maricela y sin dar explicaciones la depositó en el contenedor de basura más próximo.



La voz que la invitó a recuperar para ella, para su casa a Maricela, debió ser la de su madre o alguna de las tías, María no lo recordaba ni tampoco le importaba, era simplemente la voz de un pasado y podía contestar si le impulsaba el rencor, que ahora se la podían meter por el culo, pero como no sentía nada, afortunadamente solo un sentimiento extraño de paz indiferente la envolvía, porque al fin encontraba explicación a aquella actitud que la había hecho diferente a sus amigas. Desde la tranquilidad y la recuperación, recordó a sus padres, a las tías, y sintió una pena infinita por ellos; una gran ternura la embargó pensando que no eran conscientes al escenificar el ritual cada año y con aquel esfuerzo, del daño que podían producir en su momento. Sonrió hacia su interior recordando algún gesto puntual y determinado que



la habían llenado de gozo, que la habían hecho soñar y llegó sin esfuerzo a la dolorosa conclusión de que ellos, fueron capaces de hacer de la necesidad virtud, pero que además lo habían culminado con una gran imaginación y sin duda alguna, lo que en el fondo más le dolía, era comprobar que también ellos fueron fruto y víctimas de una época y un estilo de vida, montado alrededor del valor que se le daba a la tierra como objetivo primordial.

María buscó entre sus libros de estudio algo que leyó en cierta ocasión. Era un proverbio de Séneca que decía: “TALIS HOMMINIBUS FUIT ORATIO QUALIS VITA”. (Epístola 114, versículo 1). ‘A tal vida, tal forma de hablar’. Se podría añadir perfectamente que además de hablar, también de pensar, porque ¿Qué es si no el lenguaje? La expresión de todo.







# LOS SELLOS DE TOMÁS

*Cielos de Gracia Gomis*



Estaban allí. Unos de pie. Otros sentados, de manera indolente, sobre los grandes sillares de la recientemente derruida Parroquia de San Francisco. Las enormes masas de piedra se encontraban esparcidas ocupando todo el solar y parte de la plazoleta que había frente a la fachada del templo, lo que trajo consigo la casi destrucción del jardín que allí había.



Tenían sobre unos diez años. Era verano o cosa así, porque vestían camiseta con manga corta, raídos pantalones hasta las rodillas, que algunos habían heredado de sus hermanos u otros familiares y calzaban alpargatas que algún día pudieron haber sido blancas.

De cuando en cuando encendían papeles y astillas entre las piedras y salían corriendo. Cuando no se subía uno a la preciosa fuente de cuatro lados y grifos, y encarama-

do sobre su circundante concha granítica, obstruía con su mano la salida del agua, hasta que se esparcía como de una manguera, remojando a los demás, provocando la estampida. Otras veces se distraían tirando piedras a las ventanas de la Casa Parroquial, todavía en pie, para ver que figuras formaban los cristales al romperse, aunque en alguna ocasión se desviase alguna piedra y fuese a parar a los balcones del Juzgado, que se encontraba al mismo lado de la dicha Casa Parroquial, y tenían que salir pitando antes de que los viese algún funcionario.

Aquel día se encontraban sosegados. La fantasía de su temprana edad afloraba por sus labios, escapando fugazmente por la ventana mágica de sus ojos.

–¿Para que querrán estas piedras? –mentaba Víctor.

–Todos los días desaparecen algunas. –apoyaba Juan.

–¿No lo sabéis? –les informaba Carlos.– Están haciendo una piscina con ellas.

–Yo también lo he oído en casa. – Le apoyó Jorge. – Y también dicen que por la noche se oyen tocar las campanas.

–¿Campanas en una piscina? – Víctor dejaba entrever su ironía. – ¡Ea, vamos!

–Dicen que el sonido sale de las mismas piedras. – insistía Jorge.

–¡Puede ser un aviso de Dios! – intervino Enrique.

–¿Vosotros creéis en Dios?

La pregunta, surgida a sus espaldas, les hizo girar los rostros con espectacular sincronismo. Tras ellos otro mu-

chacho, sobre unos tres años mayor, desarrapado aunque limpio. A pesar de su sonrisa, señalaba su rostro estragos de sufrimiento. Les miraba de manera apacible.

–¡Un refugiado! – Comentó Jorge despectivo.

–¿Qué quieres tú? ¿Eh? ¿Qué quieres, castellano rabudo? – Preguntó Carlos con dureza.

–Os oí hablar de Dios y pensé...

–Tú no has oído nada. Eso te lo has inventado. – Le cortó Enrique.

Volviéndole la espalda, le dejaron plantado, haciendo caso omiso de su presencia. Bonitos estaban los tiempos como para hablar de Dios, y menos con un refugiado. Todos ellos pertenecían a familias cristianas; pero habían visto desaparecer de sus casas toda señal de ello y sus padres bien les habían advertido el peligro que corrían si la gente se enteraba de que eran cristianos.

–Por favor, no os marchéis. – Suplicó el muchacho tomando del brazo al siempre rezagado Víctor.

–¡Suéltame! – Gritó este.

Sus cuatro amigos rodearon agresivos al muchacho intentando la defensa de Víctor.

–Escuchadme, os lo suplico. – Solicitó con humildad soltando a Víctor. – No quiero haceros ningún daño. ¡Yo también creo en Dios! ¡Soy cristiano! ¡Os lo prometo! ¡Oí como lo decíais. – Continuó más sosegado. –Me llamo Tomás y soy uno de los refugiados del Hotel Continental.



Los chicos depusieron su actitud belicosa, quedando por un instante como magnetizados por un extraño influjo. Tomás siguió hablando aprovechando la circunstancia.

–Un rabudo, como bien ha dicho uno de vosotros. Pero no estoy aquí por mi gusto. Mi familia murió en un bombardeo y me han traído aquí sin más preámbulo. Me han instalado en una pequeña habitación, la veintiocho, y gracias a Dios estoy solo. No podéis imaginar el suplicio que representa estar entre esa gente, día tras día, soportando sus groserías y obscenidades. Hablan gritando como si todos quisieran tener razón y el que pretende ser el más valiente blasfema a toda hora.

–¿Y a nosotros que nos va todo eso? – Preguntó Enrique desconfiado.

–La verdad es que no tengo ningún derecho de meterme en vuestras vidas; pero es tanto lo que sufro, es tanta mi amargura, que al oírlos hablar en cristiano penetró en mi corazón un luminoso haz de esperanza. Imaginé que había encontrado en vosotros un refugio de amistad.

–De eso nada, monada. –Apuntó Carlos hiriente.– No nos vengas con monsergas y sermones, que estamos más que hartos y conocemos el paño.

–Tienes toda la razón. ¡Perdonad! – Los ojos de Tomás empezaron a humedecerse. – Perdonad el haberos espionado y oído vuestra conversación; pero no temáis, que lo que os he dicho es la pura verdad y nunca sabrá nadie por mi boca lo que pude escuchar. Si queréis me podéis

acompañar a mi pequeño refugio y os convenceréis. Allí tengo un crucifijo y estampas.

Los cinco ladearon sus cabezas con un marcado signo de negación.

–También tengo cromos y sellos. ¿Alguno es coleccionista?

–¿De dónde? – Preguntó Jorge.

Con alegría notó Tomás que los muchachos se habían acercado hasta él, rodeándole.

–¡Los tengo de todo el mundo! Tengo dos álbumes llenos. Uno, todo de España, y el otro de distintos países. – Comentó con entusiasmo. – ¡Venid conmigo y los veréis!

Así, como el que no quiere la cosa, los cinco muchachos acompañaron a Tomás a la habitación veintiocho, del Hotel Continental.

Efectivamente, dentro de la vieja y estropeada maleta de Tomás había sellos, cromos, estampas, libros, etc. Que él iba sacando, cual mago de su chistera, ante la mirada atónita de los zagales.

–¿Que os parece?

–¡Es fabuloso! – Certificó Juan.

¿Qué es lo que más os gusta?

–¡A mí los sellos! – Se precipitó Carlos. – Sobre todo esos de las carabelas de Colón, que no los tengo.

–A mí los cromos de las cruzadas. – Intervino Víctor con un hilo de voz.

–A mí...

–¡Vamos a ver! – Cortó Tomás dándose cuenta que dominaba la situación. – Como estoy contento de que hayáis venido, puesto que me da a entender que puede que algún día me dejéis ser amigo vuestro, vamos a hacer una cosa. ¿Qué os parece si hacemos como una rifa?

–Espera, espera, ¿una rifa como? – Preguntó Enrique con dudas.

–Será muy sencillo. – Sonrió Tomás. – ¿Cómo te llamas?

–Enrique.

–Pues mira, Enrique, si me sabes decir el Padrenuestro te autorizo a que te llesves una cosa de aquí. Lo que más te guste.

–¿Solo el Padrenuestro?

–¡Solo!

Como era de esperar, el de siempre, se tenía que atascar–

–No te preocupes, Víctor, está un poco azorado porque aún no me conoce bastante. Yo te ayudo. Empecemos otra vez. Vamos a ver, Padre nuestro, que estás en los cielos...

Pasaban los días y Tomás, feliz, veía como se vaciaba lentamente su maleta, como un santo peregrino que vacía la bondad de su alma, derramándola a su paso, inundando su alrededor con su gracia.

La ingenua codicia de los muchachos les hacía ser fieles y puntuales a la diaria cita. Gozaban de la compañía de Tomás. Y es que además de su simpatía, Tomás lo sabía todo y entendía de todo. Diariamente, cuando terminaba la jornada colegial, arramblaba cada cual, en su casa, con lo que podía, para la merienda, reuniéndose en el parterre o en el solar de la iglesia.

A Juan le hubiera gustado saber que les daban de comida a los refugiados del Centro, toda vez que cuando llegaba Tomás decía siempre que ya había merendado. A pesar de la buena disposición de los chicos, jamás se permitió aceptar la invitación de alguno de ellos de compartir su merienda.

Comentándolo en cierta ocasión, dijo Carlos que algunas personas de los refugiados le habían asegurado que muchas veces repartía su comida entre los niños pequeños. Por lo visto era de poco comer.

Aquel día Tomás no acudió a la tertulia, cosa que extrañó a los muchachos, después de tanto tiempo sin faltar.

—¿Estará enfermo?

—¿Qué le puede haber pasado?

—Con ir a verle salimos de dudas enseguida.

—¡Vamos!

Subieron al segundo piso. Carlos y Enrique marchaban delante. Llegaron ante el dintel de la habitación veintiocho. A la presión de la mano de Carlos, giró el pomo,



cediendo ante su impulso, la puerta se abrió, descubriendo ante sus pupilas el espectáculo más ignominioso que hubieran podido imaginar. Quedaron atónitos, plantados en el mismo marco de la puerta. Sobre la pequeña cama, totalmente desnudos, un joven y una vieja mujer se revolvían jadeantes, entre convulsiones, besándose abrazados.

–¡¿Eh?! ¡¿Qué es esto?! ¡¿Qué hacéis aquí?! – Gritó el joven incorporándose rápidamente al darse cuenta de la presencia de los chicos.

–¡Largo! – Gritó también la mujer. – No hagas caso, Alfredo, son los amiguetes del maricón que estaba en este cuarto. Anda cierra bien la puerta y vuelve a la cama.

Los muchachos salieron a toda carrera, como alma que lleva el diablo, bajando los escalones, saltando tramos completos. En sus respectivas casas se extrañaron de que aquel día regresaran tan pronto, cuando apenas empezaba a faltar la luz del día.

Nunca volvieron a saber nada de Tomás. Todos los días, durante mucho tiempo, hablaban de él, guardándole grata memoria. Para ellos fue un verdadero misterio su desaparición, puesto que después del susto de aquella tarde, jamás se atrevieron a volver al Hotel Continental.

Tampoco podían imaginar que, el enterarse algún padre del proceso catequístico que se traía Tomás, acarrearía a éste los funestos resultados que a buen seguro le llegarían a suceder.



# LAZOS DE SANGRE

*Amparo Grífol Rubio*

Ya está haciendo calor ¡Qué que nos traerá el buen tiempo esta vez...!

–Este verano vendrá, ya verás –me dice la Elisa.

–Puede –digo yo.

¿Cuánto tiempo hace? Ya ni me acuerdo; pero creo que fue cuando arregló los papeles de mi pensión y vino a traerlos. Entonces era aún joven y no sentía este miedo que no me deja. ¿Es que no la voy a ver más? De día en día me encuentro más cansá y me da por pensar que me puede pasar lo que al tío Toníco que lo encontraron tieso después de varios días. Claro que el tío Toníco vivía allá arriba, detrás, pero muy detrás de la iglesia y rara vez asomaba por el pueblo.

En los pueblos no se está nunca a solas, las puertas están siempre abiertas y cualquier vecino puede pasar

con sólo decir “buenas”. Pero aún así podría darme un “algo” una noche... ¿y quién se iba a enterar? ¡Que dolor si no estaba mi hija para cerrarme los ojos! Pero el caso es que así no tendría más remedio que venir al funeral, que don Antonio el cura, ya sabe lo que hay que hacer y donde tengo los papeles.

¡Los papeles. Hay que ver qué cosas me da por pensar!

Cuando se lo conté a Elisa, me dijo: “Pero mujer ¡tienes cada salida, ni que fueras una vieja! A ti lo que te pasa es lo que yo me sé. Y mira, no hay que penar cuando los hijos se van, que es ley de vida, pero sabiendo que están bien...”

–Bien sí, pero tan lejos...

–En eso llevas razón que tu chica ha de tomar un avión y luego el tren..., y no sé qué más para llegar. A los míos los tengo cada dos por tres porque viven aquí al lado –como quien dice– y vienen en su coche.

Y parla que parla, que como yo no digo ni mu, ella se embala.

–No me digas, María ¡en coche! ¿Cuándo tú y yo...? Sólo trabajar como mulas. Pues eso, que ellos han *llegao* más alto. Y tú no te puedes quejar que tu Luisa... de profesora en una universidad ¡Casi *na!* –me dijo.

¿Pero qué sabrá ella? ¿qué ha de saber? Hay cosas que no se cuentan. No se puede hablar de todo, con nadie, sólo lo que ven, lo que se sabe porque son cosas *sonás*; como cuando a mi Ernesto lo mataron en el frente ¡Y qué



me dio el Gobierno entonces para que pudiera tirar adelante con mi chica de cuatro años? Gracias a los bancales que, aunque los llevaba el mediero, teníamos *pa* comer y hasta alguna *pesetilla* me sacaba vendiendo las cosas del campo, con cestos a la puerta. Y tampoco me faltó nunca alguna que otra casa para limpiar. Y eso lo sabe todo el mundo.

Y así fue que, en tiempos de escasez y de cartillas, venía mucha gente de la capital para comprar lo que no encontraban allí, sino lo pagaban a precio de estraperlo.

Y esa fue nuestra suerte..., sí, suerte, aunque ahora yo esté tan sola. Pues aquellas señoritas que eran buenas clientas, se fijaron en la niña..., siempre haciendo sus deberes o leyendo aquellos cuadernillos por entregas que recibía la Elisa.

—¿Que lees? —le preguntaron un día. Y la chica les enseñó lo que estaba leyendo. Y ellas dijeron que aquello no era buena literatura, sí literatura dijeron, que me acuerdo muy bien. Luego le fueron regalando libros preciosos que eran los que debía.

La muchacha iba creciendo y seguía siendo la primera en la escuela. Ya me lo decía, ya, doña Engracia. “¡Que lástima, María, que esta niña no tenga ocasión!”. Eso más o menos me decía.

Aunque los tiempos ya no eran tan malos, las señoritas (Dios las bendiga) seguían viniendo porque, creo yo, ya nos tenían buena ley. Además, según ellas, no se podía comparar lo que yo les vendía. Pero un día sin más ni más van y me sueltan:

–Mira María, aquí Luisa no puede seguir estudiando y es una pena. ¿A ti no te importaría que se viniera a vivir con nosotras? –Eso dijo Dña. Olimpia que es la que más hablaba.

¿Y qué iba a hacer?, si yo lo que quería era que mi hija no fuera un cacho burra como yo.

Así que le preparé una maletita con sus cuatro cosas..., y ¡hala!; todo por ella que se la veía tan contenta..., pero yo tuve que tragarme las lágrimas. “Obedece a Dña. Olimpia y a su hermana y aprovecha bien que esto ha sido tu suerte”.

Supe luego que daban clases en su misma casa y preparaban chicos y chicas para los exámenes..., de las carreras sería... y mi hija una más. No, mejor aún, era como una ahijada, que me la alimentaban y vestían como si fuera una señorita.

Yo agradecida siempre y siempre lo estaré. Así que luego era yo quien iba a la capital en el coche de mi primo Ernesto y les llevaba de todo lo que tenía, y más que hubiera tenido, que siempre les daba gozo las cosas recién cogidas. Y aunque me querían pagar, yo ¿a qué santo?

Pero pasó que a mi Luisa se le iba notando el cambio en todo: en sus gestos, en su forma de hablar con aquellas palabras tan finas..., y hasta en su acento. Y notaba también que cada vez la tenía más lejos.

Ya no salía corriendo a recibirme como al principio que, hasta a veces, la acompañaba alguna compañerita para jugar a hurgarme en los bolsillos donde siempre encontraban algo. Ahora parecía que se escondía, que me

huía, hasta que Dña. Olimpia o su hermana la llamaban: "Luisa que está aquí tu madre". A mí me extrañaba: ¿qué le pasa? Cuando se quiere a alguien de tu sangre ¿no es para siempre?

Ellas no habían *cambiao*, tan cariñosas siempre, pero mi niña sí. Eso creo..., o es que pienso tontamente y todo lo veo torcido.

A veces en sueños, me sale con esa cara tan agria que pone cuando habla conmigo, repitiendo aquello de: "Nunca cambiarás. ¿Cómo vienes con esa pinta?"

Y yo: "Vengo con lo mejor, pero voy limpia que es lo principal".

¡Y cómo se ponía cuando yo abría la boca!: "No se dice así sino así". Lo mismo me da, porque ni me acuerdo de las palabras que no sé decir como se debe ¡son tantas! Pero eso no quita para que me entienda, si quiere. Pero ¡ca! No. Ni aunque fuera a la escuela, esa que han *mon-tao*, que dicen de adultos, para personas donde aprenden a destiempo lo que no pudieron a su hora.

No sé, puede que todo sean tontunas, enredos míos, y sólo sea un mal sueño, que ya no sé bien lo que es verdad y lo que he *soñado*.

–Este verano vendrá, ya verás –me dice Elisa.

–Sí, puede –digo yo.

## LUISA

Tengo treinta años y hace mucho que no me arrodillo ante un confesionario. Hoy necesitaría hacerlo. También podría dirigirme al buen Dios como la Celie de *El Color púrpura...*, pero ¿qué más da? El caso es que hace tiempo que tengo necesidad de un desahogo, o de hablar aunque sea conmigo misma.

Tengo treinta años y hace casi veinte que salí de mi pueblo. Un pueblo al que repudiaba y maldecía: ¡Qué mala suerte, pensaba, haber nacido en un lugar tan atrasado! Allí las mujeres no saben más que trabajar. Trabajar, en el campo, en la conserva, en mantener la casa en orden..., y cosas por el estilo. No tenían otro interés y aún así se sentían satisfechas y miraban con arrogancia a las que no pensaban igual, pues según ellas, sabían todo lo que hay que saber. Puede que tuvieran razón; pero yo me ahogaba, me faltaba algo, sentía que me iba a marchitar sin haber vivido.

Desde muy pequeña me atraían otras cosas. Cosas que venían escritas en los libros, en las revistas, en periódicos..., leía todo lo que caía en mis manos. Las vecinas pretendían meter cizaña en la cabeza de mi madre: "María, a esa chica tuya se le está llenando la cabeza de pájaros, ya sabes: mujer leedora mal trabajadora".

Pero mi madre no hacía caso porque por aquel entonces sólo veía por mis ojos. Sólo me tenía a mí..., lo mismo que hoy.

Por eso debió sufrir mucho cuando Olimpia y sus hermanas me llevaron a vivir con ellas. Fue una especie de

adopción sin papeles porque siempre me trataron como a la hija que no tuvieron.

Cuando llegué a aquella casa quedé impresionada de la cultura que se respiraba. Entre las dos hermanas que vivían juntas, Olimpia y Aurora, más otra que estaba casada, cubrían todas las ramas del saber..., o casi todas. Se reunía cada una de ellas con un grupo reducido de alumnos, alrededor de una gran mesa redonda, al estilo de los caballeros del Rey Arturo y las clases eran muy participativas, invitando a los chicos y chicas a sacar sus propias conclusiones.

Para mí supuso entrar en otro mundo y no quería ni acordarme de lo que había dejado atrás. Pero las frecuentes visitas de mi madre me lo impedían. Me sacaba de quicio, siempre cargada con cestos y su eterno delantal... Seguramente mis recibimientos no eran todo lo afectuosos que debían ser, y en más de una ocasión me lo hicieron ver mis protectoras. "Luisa, tu madre se va muy triste por tu comportamiento. No sabe qué hacerse con nosotras y es tan sencilla y buena que se merece, al menos, tu reconocimiento".

Yo pensaba: ¡Ojalá estuviera a mil kilómetros!

Hoy que está a más de mil quinientos, siento una tristeza infinita; la echo mucho de menos, pero no soy capaz de decírselo. Mis cartas son más bien frías siguiendo el hábito de tanto tiempo que no sé cambiar. En una de sus últimas cartas la he notado deprimida, como asustada..., me cuenta que al tío Tónico se lo encontraron muerto en su casa, después de varios días y piensa que le puede pasar igual a ella.

Siempre habla de lo orgullosa que está de mí. ¿por qué dice eso?

Sí, he conseguido lo que tanto deseaba pero ¡a qué precio! Y no me refiero al esfuerzo y los años; de esos años en que sólo existía para mí el yo, yo, yo y mis aspiraciones; porque lo que sucede es que me encuentro vacía, como arrancada de mis raíces más profundas, no a causa de la distancia en kilómetros, sino por una distancia más dolorosa.

Estas vacaciones he de ir..., he de ir a ese pueblo que me vio nacer para estar con mi madre. No sé si podré decirle que la he querido siempre, porque después de tantos años sin decírselo me resultará imposible sin sufrir una vergüenza tremenda.

Puedo dárselo a entender, preocupándome por ella, o hablándole de mi trabajo, de los alumnos, de mis queridas profesoras con las que no perdí nunca el contacto..., y de Enrique, el hombre con el que me voy a casar y que ha de conocer muy pronto. Pero no antes de que pueda recobrar la tranquilidad que me falta.

No sé. Creo que va a ser difícil atravesar el muro..., es como si ya no fuésemos las mismas y no pueda haber entendimiento. Aunque también sé que no necesito pedirle perdón..., y que sabe que la he querido siempre a pesar de mi sequedad.

Mi querida Laura:

Es muy probable que al reconocer mi letra, rápido y sin abrir, eches el sobre a la basura. En cuyo caso esta carta carecerá de sentido.

–No cuelgues, por favor –dije aquel día. Y tú colgaste sin decir hola, dejando en mí el temor a intentarlo de nuevo y mis manos frenadas a la hora de escribir.

Claro que cuando marqué tu número todavía no había llegado el momento. El gran depurador que es el tiempo no había recorrido el trecho necesario para surtir su efecto y aún estaban, agudas y recientes, nuestras heridas.

Pero tampoco se ha de caer en el error opuesto pensando que para dar y recibir explicaciones, queda toda la vida por delante. Puede que no sea así. Así que no sé si debido a estas reflexiones o por algún otro estímulo vital, me he visto de pronto escribiendo estas líneas, con la esperanza y hasta con la ilusión de que las leas y llegues hasta el final.

No pienses que estoy serena, no. Me tiembla la mano y mi corazón late acelerado como pájaro cazado en la red. Y no pienses tampoco que a estas alturas pretendo revisar o hurgar donde un día fracasamos, sino que a nuestra edad, al menos en mi caso, las cosas se ven con otra perspectiva. Se diría que todo va perdiendo dramatismo, todo queda atemperado, difundido por tantas vicisitudes –donde no encajan arrogancias improcedentes– para

reconciliarnos con la vida y sus contrastes. Pasó lo que tenía que pasar y hasta creo que fue inevitable, así como tu reacción y la mía.

Yo ahora soy capaz de ponerme en tu lugar y, aunque no justificarla, sí al menos comprender tu actitud. No viviste de igual modo aquel tiempo cruel. Eras tan niña y nosotras, mamá y yo, nos cuidábamos tanto de evitarte el dolor... Pero a mí me caló hondo.

No había querido nunca tanto a nuestra madre como aquel día en el que, junto a la reja del colegio, esperaba mi salida. Pero no llegó con gesto alegre y con ganas de charlar como solía, sino con el rostro desfigurado por el llanto, con aquella expresión triste que se fijaría en ella para siempre.

—¿Qué pasa mamá? —Pero ella sujetándome por los hombros, caminaba deprisa abriendo paso por un gentío heterogéneo y vociferante.

Un bochorno, no a causa del calor estival de las cinco de la tarde, sino de aquella atmósfera aciaga cargada de negrura, recorrió mi cuerpo de niña, y me apreté a mamá, sudorosa y asustada. “¿Qué pasa madre?”, volvía a preguntar una y otra vez.

Grupos de hombres jóvenes con uniformes nuevos, desentonaban himnos, muchos de ellos acompañados de mujeres jóvenes como ellos o de más edad; algunos llevando tiernamente un niño en brazos, que contrastaba con el fusil colgado en el otro lado.



Detenían nuestro paso camiones repletos de soldados enarbolando banderas tricolor, que avanzaban lentos y pesados, con su chirrido estridente, por las calles de Madrid. Mamá seguía callada y a mí se me llenaba el alma de congoja ante aquella parodia extraña. Ésta fue, durante mucho tiempo, la tarde de mi infancia.

Al doblar la esquina de nuestra calle, vi a papá ante el zaguán, contigo en brazos. Pero él no estaba triste, o al menos eso aparentaba, quizá para que mamá no se afligiera tanto.

Luego la larga espera. La espera en el balcón a cierto hombre entrado en años que, con su carterón al hombro, repartía el correo por aquel barrio. Conocía tanto nuestra impaciencia que cuando traía noticias, desde lejos, agitaba el sobre con la mano alzada y nuestra madre bajaba volando la escalera y subía a leer la carta con nosotras acurrucadas a sus pies. Entonces lloraba y reía a un tiempo y aquel vibrar suyo me inundaba entera. ¡Cómo quiso a nuestra madre en aquel tiempo!.

Un día aquel buen hombre con gorra de plato, pasó de largo con la cabeza gacha. Y así siguió un día y otro y otro..., hasta que el balcón se cerró sin esperanza.

Fue la pena ensañándose gota a gota..., y luego aquel interminable viaje en un tren maloliente abarrotado de enseres y rostros apagados, camino de Valencia. Yo dormí a ratos en el suelo con la ca-



beza apoyada en un fardo de ropa. Tú, en brazos de mamá, dormiste casi todo el tiempo.

Lo que pasó después, ¿para qué detallarlo?. Una mujer joven con dos niñas que alimentar y sin pensión (era viuda de excombatiente rojo, y ni aún eso al principio: desaparecido, dijeron). Y así quedó fijado en ella su rostro amargo y su corazón, hermoso y grande, se volvió chico como si nada ni nadie importara ya. Aunque yo sé de donde sacó el aliento para seguir luchando.

Creciste sin saber. Si pudiera con estas palabras aproximarte a la experiencia aquella, me daría por satisfecha. Nos faltaría, no obstante a ti a y a mí, la vivencia particular, puntual y directa, de nuestra madre. Yo sólo sufría a través de ella. Y esos referentes de esperanzas muertas y miedos que trato de transmitir, pueden hoy resultarte tan extraños como en aquel tiempo desde tu estatura. Pero al menos creo que comprenderás mi cólera cuando te enfrentaste con mamá llevada de tu falsa imaginación. Yo busqué algo malo que contestar (aún sin sentirlo) para devolverte el daño que causaba tu injusticia.

Te repugnó aquel hombre que trajo a casa..., a mí tampoco me gustó. Y ya desde entonces fuiste amasando rechazos y malentendidos; mientras que yo en cambio, podía saber –sabía– que se agarró a él como último refugio y que tras su apariencia, bajo aquel disfraz de vida cómoda y despreocupada, se ocultaba el agotamiento y el viejo dolor.

Me acosté anoche sin terminar la carta: no encontraba el final. Sin poder dormir, llegó la madrugada y me asomé al balcón para respirar fresco. Se veían ventanas iluminadas, tal vez algún trasnochador o alguien en vela como yo, con el alma agitada. No sé si a ti te estará conmoviendo, lo mismo que a mí mientras te escribo, el haber zarandeado la memoria ya larga de agravios y rencores. Yo te aseguro que me he librado de ellos completamente y, al contrario de cuando agonizaba nuestra madre, sin fingimiento. Aunque ahora, dejando la mente clara y el corazón sereno, pienso que no hubo fingimientos, al mostrar el lado bueno y nuestra armonía ante ella. Nos comportamos así, no sólo para no enturbiar sus últimos momentos, sino que nos salía de verdad; aunque luego a sus espaldas y por tozudez simuláramos otra cosa. Y que aquel tan entrañable para las dos, estuvimos unidas por el dolor común, que a la vez iluminaba un rincón oscuro de nuestra alma.

Nunca ha dejado de quererte, tu hermana

Amparo Grifol.



# EL CUMPLEAÑOS DE MARÍA

*Isadora Guardia Calvo*

*A todas las mujeres supervivientes,  
fuertes y valientes. A mis abuelas.*

–¡Mari, Mari!

–Deja, que no sopla.

–¡Mari, Mari! –María removía con cierto hastío una triste cáscara de cebolla en un cazo con apenas unos dedos de agua y una hoja de laurel. Su madre zurcía unos calcetines a la luz blanca y suave de la ventana. Era lo mejor de aquella cocina pequeña, envejecida y raquítica donde una mesa de hierro y dos sillas eran toda su población. Eso y la ventana. Grande, luminosa, porque daba a un patio de luces que abarcaba toda una manzana y donde los rayos del sol, al estar en un cuarto piso, alcanzaban todo el año.

–¡Mari, Mari!

–¿No ves que ya no se entera?

La madre de María alzó la vista, unos ojos empequeñecidos de tanto afinar al hilvanar la aguja y también de tanto llorar. Sólo le quedaban María y Antón. Mañana allí estaba, con apenas quince años y pasando más hambre que un tonto. Antón, un joven de veintidós, en el hospital militar con una tuberculosis que se lo estaba comiendo por dentro. Sus hijos famélicos y aquella enfermedad engordando de muerte.

María, absorta, contaba las burbujas que se formaban alrededor de aquella cebolla y que envolvían la hoja de laurel hasta hacerla casi desaparecer.

–¿No oyes? –dijo su madre– ¿El qué? –respondió ella sin inmutarse.

La madre estiró el cuello y ladeó un poco la cara, como si su oído pudiera proyectarse mejor hacia el pasillo de la casa.

–¡Mari!

–Sí, te están llamando. –La madre dejó sobre la silla el calcetín con la aguja clavada y se acercó hasta su hija.

–Anda, ve a ver que ya vigilo yo esto.

María la miró pensando que no había mucho que vigilar pero que ya la había descontado de las burbujas. Doscientos ocho, doscientas ocho, pensó, y salió por aquel pasillo largo y estrecho.

Allí ya no llegaba la luz blanca de la cocina y, de repente, la tranquilidad que le daban aquellos borbotones metódicos en el agua de la cebolla, se esfumaron para dejar

camino a un pánico incontrolado que le hacía revivir en ese claustrofóbico tramo de pasillo sus peores recuerdos.

–¡Mari!

–¡Arrímalas más a ver si así llega!

María abrió la puerta y salió al descansillo. No había luz en la escalera y un enorme desconchón dejaba las entrañas de la pared al descubierto. Tanteó sobre ella con cierta repugnancia, como si fuesen las tripas de algunos compañeros de su hermano que había visto en aquel hospital. Con los dedos intentaba encontrar un interruptor que ya no existía y de nuevo escuchó.

–Mari!

–¿Yolanda? –respondió sorprendida– ¿Eres tú?

–¡Abre, corre!

María se abalanzó sobre el hueco de la escalera y buscó hasta encontrar una cuerdecita. Tiró de ella con tantas ganas que por un momento pensó que podía romperla y entonces sí se quedaría atrapada para siempre en aquel agujero triste, siempre contando burbujas; su madre con los ojos finalmente hundidos, su hermano perdido en una sala llena de pulmones carcomidos...

El sonido de la pesada puerta del edificio la sacó de sus pensamientos justo en el momento en el que aquellas paredes descarnadas comenzaban a deformarse a su alrededor como si fuesen de barro.

–¡No hay luz! –advirtió María mientras respiraba hondo e intentaba bajar unos peldaños para abrir un ventanuco que había un poco más abajo.

Un galopar impaciente se oía por la escalera vacía y penumbrosa. María volvió a subir las escaleras hasta la puerta de su casa por donde ya se asomaba el rostro desenchajado de su madre. El ruido sobre los escalones era cada vez más pesado y espaciado.

—¿Quién es?, ¿has preguntado quién es?

—Yolanda, pero no sé qué pasa.

Yolanda dobló el último tramo de escaleras casi sin aliento. Su cara siempre de un tono nacarado estaba ahora atacada por círculos rojos, como si fuesen rosetones, que contrastaban con el resto de la piel tan blanca como el mármol.

Era la mejor amiga de María. Siempre habían dicho que tenían los nombres cambiados porque el de Yolanda les sonaba a castaño, a tez oscura y rasgos duros, tal y como era María. Y sin embargo, a ella le hubiera correspondido ser como Yolanda, rubia, frágil, como de porcelana.

Ahora eso daba igual, ni una era tan dura ni la otra tan débil, el pelo castaño ya no brillaba, caía como muerto sobre los hombros. La piel suave de Yolanda estaba empezando a parecerse a la de la madre de María, vieja antes de tiempo.

Yolanda llegó hasta el rellano e intentó tomar aire. Una tos violenta la envolvió y María recordó. Hospital. Doscientas ocho, doscientas ocho. Hospital.

La madre, oteando en todas direcciones, las empujó a las dos hacia el interior de la casa y cerró la puerta.

–Mari, Mari...

–Es imposible, ¿por qué no nos vamos?

Durante aquel pasillo María empezó a asustarse. La tos la perseguía. Doscientos ocho, doscientas ocho. Doscientos ocho.

Al llegar a la cocina la luz la calmó. También a la tos. La cebolla, transparente, había consumido casi toda el agua y la hoja de laurel yacía pegada en un lado del cazo

María sacó aquel pergamino de color verdusco y se lo llevó a los labios. Así, caliente, desprendía un poco más de sabor.

La madre sirvió un vaso de agua a Yolanda que bebió ansiosa. Las manchas rojas habían desaparecido y casi era peor porque la palidez era tan grande que podía pasar por un muñeco de cera.

Yolanda se sentó en una de las sillas que acompañaban la mesa donde habían quedado los calcetines a medio zurcir. María la miró. Después a los calcetines.

–¿Qué pasa?

–Ha dicho algo.

–¿Tú crees?

–Doscientos no sé qué, o algo así.

–Esto cada vez es peor.

María cogió la mano de su amiga y sonrió. El rabito de la hoja de laurel asomaba en una esquina de su boca y Yolanda tiró de él. No salió nada más ante el asombro de

la amiga. María soltó una carcajada, era agridulce, pero carcajada al fin y al cabo.

–Nos comeremos hasta las paredes.

–Lo que haga falta –asintió Yolanda.

La madre recogió los calcetines. Buscaba agujeros; pequeños, minúsculos, seguro que estaban en algún sitio, como en los pulmones de su hijo, seguro que estaban y antes o después se harían grandes porque todo lo que no se zurce termina por hacerse el doble de grande.

Yolanda dejó que la sonrisa le desapareciera poco a poco; miraba por la ventana, atravesando cristal, aire, edificios, como si pudiera llegar a un lugar donde nadie más la alcanzara.

–Los han detenido.

El silencio hizo su aparición, de repente era uno más sentado alrededor de aquella mesa. Las miraba desafiante, casi burlón. El silencio.

María apretó los dientes. La madre se dejó caer sobre la silla. En un instante los cuatro huesos y el pellejo que la sostenían se habían convertido en una tonelada que apenas la dejaba respirar. Yolanda volvió a beber, esta vez sin sed, tal vez para tragarse las palabras que acababa de pronunciar y que rápidamente volvieron a surgir entre sus labios.

–Esta mañana, han ido a casa de Fede y allí estaban todos.

María miró a su madre. Tenía muy claro lo que tocaba hacer a partir de ese momento pero sabía lo que eso sig-

nificaría. Más dolor, más llanto, más ojos empequeñecidos. Su madre adivinó.

–¡No! –gritó.

–¡No, y no y no y no! –los gritos se entremezclaron rápido con el llanto.

Desesperado, agotado.

María se puso en pie. Tenían que ir a buscarlos a dónde estuviesen para no dejar que les atrapara el miedo, ni los pulmones vacíos, ni el silencio. Porque ella ya no iba a dejar que desaparecieran como su padre. Por el pasillo, de noche, a traición.

Yolanda también se levantó. Fede era su hermano. El novio de su mejor amiga. Y estaba Miguel, que la acompañaba a casa todas las tardes aunque ella todavía no se había decidido porque sólo tenía quince años y quería estudiar y ser profesora y viajar, y no quería ser como su hermana mayor, con diecinueve años y dos niños. Muertos de hambre. Sin padre. Bueno sí, tenían padre pero muerto, o sea que como si nada. Sin padre. Y dos niños. Sin estudiar. Sin ser profesora. Sin viajar.

Mientras las dos comenzaban a andar por ese pasillo, el del padre, el de la claustrofobia, la madre de María se interpuso entre ellas. Cogió a su hija por los brazos y María notó como se le hincaban en la carne unos dedos llenos de nudos, cada vez más parecidos a los alfileres que empujaban un día tras otro. Se le clavaban con tanta fuerza que María llegó a asustarse. Era el pasillo, todo lo malo pasaba en ese pasillo, pensaba María, y su madre

gritando, zarandeándola, y las burbujas cada vez más lejos.

–Doscientas...

–A mí ya me está poniendo nerviosa. Vámonos. ¡Julia!

Pero Julia no se movió. Miraba fijamente los *ojos* de su abuela. Había algo que no estaba bien. Era un día soleado, de primavera, pero no estaba bien. Al salir aquella mañana toda la familia en el coche, Julia había bajado la ventanilla y se había dejado acariciar por el día, por los olores, ella podía distinguir el olor del frío y ahora ya se había alejado. Le gustaba la primavera y le gustaba ir a visitar a su abuela porque ella era capaz de entenderla un poquito, sólo a ratos, pero era algo. Sus padres y su tío y sus primos ni siquiera la miraban. La movían de acá para allá, la peinaban, le llevaban colonias que su tía encargaba en la farmacia del barrio, pero siempre sin mirarla.

Era un día soleado pero algo no estaba bien. La enfermera había dispuesto una mesita sólo para ellos, en la terraza, con unas servilletas de papel y unos vasos de plástico. La tarta la habían llevado ellos.

Cuando Julia miró a los *ojos* de su abuela sintió frío, el olor había vuelto y sin embargo a ella la espalda le empezaba a quemar debajo de ese jersey de lana que su madre se había empeñado en que se pusiera. Después, todos habían insistido en que soplara las ochenta y cuatro velas aunque ella no había dejado de repetir doscientas ocho. Y Julia sabía que doscientas ocho significaba el olor del frío.

–Julia...

María se había perdido en el hospital; buscaba a su hermano pero de sus labios sólo salía el nombre de Julia. Entre miles de caras borradas siempre aparecía el rostro de Fede, y el de Miguel, apoyados contra azulejos fríos y sin ningún brillo, mates de tanto frotarlos. Para quitar huellas, para quitar manchas, para quitarlos a ellos. Pero ella se había propuesto encontrarlos porque no le iban a quitar a nadie más. Eso le había dicho a su madre cuando la dejó en casa y no pensaba rendirse. Intentó pensar en las burbujas, en recordar su número para calmarse y así poder seguir buscando. Ya había recorrido unas cuantas comisarías pero de todas la habían echado no sin antes amenazarla con dejarla dentro si volvía. Y en cada una de ellas veía la cara de su hermano y la de su novio, y la de Miguel, también creyó ver a su padre aunque sabía que eso era imposible. A su padre lo había visto contra una tapia que no tenía azulejos como en el hospital y tampoco estaba mate de tanto limpiar. Era de color tierra, de sangre seca. Y allí había visto a su padre.

–Doscientas...

–Ocho. –susurró Julia– Doscientas ocho.

María alzó la mirada y se encontró por un instante con su nieta, a la que había visto nacer, a la que regaló una hojita de laurel para que le diera suerte en su primer día de vida. Doscientas ocho. María respiró profundamente y esbozó una leve sonrisa. Julia se acercó hasta su oído y volvió a susurrar. Doscientas ocho.





# CUCARACHAS EN VELA

*Rocío Macho Ronco*

## I. La gota fría

Era de noche el día que Vicenta dejó de fumar. Estaba sentada en el balcón fumando un cigarrillo, a solas con el calor seco y silencioso que no la dejaba dormir, pensando en todos aquellos lugares donde la luz de las farolas –que no las lágrimas, como decía Tagore– no le impedirían ver las estrellas; cuando se dio cuenta de lo feo que era su nombre, cuya dureza no suavizaba ni siquiera el uso del diminutivo “Vicen”, con que la nombraban las personas de confianza. En realidad odiaba su nombre completo: Vicenta Muñoz Tamarit, y a su madre, Amparo, que era tan rematadamente valenciana que utilizaba indiscriminadamente la terrible expresión “de categoría”, fuese o no adecuada la ocasión. Le daba



grima recordar su voz nasal resonando en las paredes de la cocina cuando alababa por enésima vez el arte de cualquier invitado de la familia que viniese a hacer una paella en domingo. Desde que Vicen tenía recuerdo, cada domingo se presentaba en casa algún primo, tío, sobrino, cuñado o quienquiera que fuese, dispuesto a hacer una paella de pollo y conejo. Con caracoles, claro.

Vicen vivía en Madrid y aborrecía las Fallas con toda su alma, pero su madre la obligaba, aún hoy, a ir cada año de pasacalle con sus hermanas vestidas de falleras; folclore que ella, no sabía muy bien cómo, había logrado evitar.

Menuda era la señora Amparito, como solían dirigirse a ella las vecinas del pueblo más castigado por las inclemencias del tiempo de toda la Comunidad Valenciana, o del País Valencià, Vicen nunca estaba muy segura de utilizar el término correcto.

Desde el segundo piso de su casa de Madrid podría haber pescado todos los juguetes que hubiera querido. Es una pena que Madrid no se inunde nunca. La primera inundación que recuerda en su pueblo fue la más grave, según los periódicos, de toda su historia. La riada alcanzó la calle principal una noche de otoño como regalo del octavo cumpleaños de su hermana Sara, que jamás le perdonaría a Vicen el éxito del suyo, celebrado apenas dos semanas antes y al que había acudido medio colegio.

Como llovía tanto aquella tarde, las mamás empezaron a llamar a Doña Amparito para cancelar la asistencia



de sus hijas una tras otra; mientras la cara de Sara se iba descomponiendo poco a poco con la decepción repetida en cada llamada. Aquel cumpleaños nunca llegó a celebrarse pero, como no hay mal que por bien no venga, gracias a las medias-noches y los sándwiches de paté, la familia Muñoz Tamarit tuvo de qué alimentarse hasta que cesó el estado de alarma.

La inundación no afectó a Vicen, que vivía en el quinto piso del edificio más alto y más nuevo de todo el pueblo, porque su papá había prosperado mucho esos años con el comercio del arroz; el mismo que más tarde le daría la espalda hasta casi dejarle en la ruina. La niña que entonces era se asomó a la ventana para contemplar cómo, además de coches y motos, por la Gran Vía bajaban juguetes flotando en el barro, que los niños de los pisos más bajos pescaban a su paso. Ella no, porque vivía en el quinto piso del edificio más alto que además, por ser el más nuevo, no sufrió desperfectos.

Así fue como Vicen se quedó sin pescar juguetes, y la dueña de la juguetería de la esquina, sin negocio. Poco importaba, ya que con la llegada de los centros comerciales las jugueterías de los pueblos se vieron abocadas al cierre una tras otra.

La noche que Vicen dejó de fumar, la calle estaba insólitamente en silencio y esto le gustaba porque no ocurría casi nunca. Con un poco más de oído hubiera podido escuchar los pasos de las cucarachas que campan a sus anchas por las aceras en verano. En esto pensaba Vicen mientras su cigarro se acercaba al filtro y, por no quemar-

se los dedos, lo arrojó fuera con tan mala suerte que fue a parar a la única persona que había en la calle compartiendo con ella, sin saberlo, aquel cielo sin estrellas.

Desde arriba no se veía bien si era chico o chica, pues llevaba el pelo largo. Además, a Vicen no le dio tiempo a fijarse porque, como una niña traviesa, se escondió entre las plantas del balcón. La persona se puso en pie de un salto cuando la colilla le alcanzó la piel y empezó a maldecir en un idioma bien conocido para Vicen, quien pudo ver, agazapada, que se trataba de un chico y que estaba muy cabreado. Acobardada, se metió en casa y cerró el balcón, la muy tonta, en lugar de disculparse como habría hecho cualquier persona normal. Pero Vicenta Muñoz Tamarit, hija de Juan Muñoz y Amparo Tamarit, no era nada normal.

Después del incidente Vicen dejó de fumar, así sin más.

Las noches siguientes no salió al balcón porque cambió el tiempo de golpe y el insomnio no la atacaba con la misma fuerza cuando la brisa se colaba en su habitación. A Vicen le gustaba dormir en corriente, sintiendo el aire fresco rozándole la cara mientras la sábana le tapaba el resto del cuerpo.

Vivía sola desde que llegó a Madrid, y no por gusto, aunque le había tomado el gusto. Tenía la suerte de habitar las ruinas en pie del imperio del arroz de Don Juan Muñoz, que tuvo el tino de no vender el piso de Madrid cuando pasaron penurias, haciendo con ello que las penurias fueran mayores; pero permitiéndole a Vicen



huir de paraíso de las naranjas cuando tuvo ocasión. No lo vendió porque intuía que algún día les abandonaría, veía en los ojos de Vicen las ansias de volar aumentando domingo tras domingo y sabía que cada paella la iba envenenando más y más, y no podía permitir que su hija menor, la niña de sus ojos, se marchitara en un lugar que se le quedaba pequeño.

A pesar de los esfuerzos de su padre por mantener la flor fresca, Vicen ya estaba marchita cuando llegó a Madrid un año atrás. No sabía cómo disfrutar de la vida, porque nadie le había enseñado. Nada le ilusionaba y de lo único que se sentía realmente orgullosa era de haber dado aquel portazo con maletas incluidas al pueblo eternamente inundado, y a Doña Amparito, que se quedó con la cara desencajada, pero no soltó ni una lágrima, no se le fuera a inundar el salón, que para eso vivía en el quinto piso.

Vicenta se fue a Madrid con una beca para trabajar en el Hospital Gregorio Marañón de auxiliar, labor para la que había estudiado tres años y que ahora descubriría podría haber desempeñado sin estudiar nada. Es lo que tiene ir a la Universidad. Al menos el trabajo la mantenía ocupada muchas horas y el dinero le llegaba para vivir nada menos que en Madrid. Aunque esto último no importaba demasiado, porque Vicen salía bien poco. En su vida los amigos brillaban por su ausencia y el amor aún no había llamado a su puerta. Mejor, porque bastante tenía ya con entenderse a sí misma en las noches de insomnio, como para tratar de entender a alguien más. Un abismo se abría ante sus pies cada vez que pensaba



en ello. Por eso no se llevaba bien con sus dos hermanas, que eran igualitas que su madre y no entendían cómo Vicen, a su edad, no había encontrado un novio decente, como ellas, que además fuese fallero.

El calor volvía a derretir el asfalto la noche que Vicen volvió a fumar en el balcón a la luz de las farolas. Esta vez estaba apoyada en la barandilla, sin pensar en nada productivo, dejando pasar el tiempo, cuando su vista se fijó en una figura que, al igual que ella, fumaba en la oscuridad. Muerta de curiosidad, intentó averiguar si se trataba del chico que había escupido tacos en catalán una semana antes, tras apagar accidentalmente una colilla en su espalda. Se inclinó todo lo que pudo, sacando medio cuerpo fuera del balcón, y la vergüenza la coloreó de pies a cabeza cuando el chico salió de las sombras para buscar su mirada. Lejos de incomodarse, reacción más que habitual en Vicen, se sintió bien en un arrebato de confianza en sí misma que la invitó a darle una oportunidad a aquel desconocido que tampoco podía dormir. Sin embargo, tardó demasiado rato en encontrar la frase ingeniosa con que comenzar una conversación, y él se adelantó.

—¿Por qué pasas las noches sola en ese balcón en lugar de estar en la calle tomando cañas, como hace todo el mundo?

“Buena forma de romper el hielo”, pensó Vicen ante tamaña verdad, más dolorosa de lo normal por provenir de alguien que no la conocía en absoluto.

—Es que yo no soy como todo el mundo —respondió ella, arriesgándose más de lo que hubiera deseado— ¿y

tú? ¿Por qué no estás tomando cañas? –preguntó, permitiendo que su atrevimiento viajara tres pueblos más adelante.

–Porque no tengo con quién tomármelas y, la verdad, apalancarme yo solo a beber en un bar no es la idea que tengo de la diversión.

“A la una, a las dos... y a las tres” fue lo que pensó Vicen antes de saltar al vacío.

–Si esperas dos minutos, yo me las tomo contigo– “toma ya, chúpate esa, Amparito”, se dijo quien hasta ahora había sido Vicenta Muñoz Tamarit, natural de la Ribera Alta, antes de emprender el camino que la llevaría a ser otra, ella misma, en la que aún no se reconocía.

Se vistió a toda prisa, lo cual no le costó trabajo porque sólo tenía que ponerse unos vaqueros, y sabía perfectamente cuáles, los ajustados que le sentaban fenomenal. Bajando las escaleras chirriantes de aquel edificio de doscientos años de antigüedad, se miró a sí misma y se percató de que llevaba la camiseta de algodón blanca que había utilizado para dormir un par de noches, y le dio muchísima vergüenza porque estaba medio sobada, deformada y, lo peor de todo, le marcaba los pezones como dos bombillitas navideñas encendidas. Definitivamente su cabeza había dado un giro inadmisiblemente radical, pero se dejó llevar hasta que alcanzó el portal, abrió la puerta y permaneció unos segundos apoyada en el quicio, dejándose ver, imponente sobre unas sandalias de cuña de ocho centímetros que no se ponía desde la boda de su prima Pepa Toscano. Las sandalias parecían

nuevas, dado que se pasó toda la boda sentada en una mesa bebiendo sola hasta que se desplomó dormida sobre la misma. Aquel recuerdo fugaz casi lo hecha todo a perder, si no fuera porque la sonrisa que él le brindó le hizo irresistible, y porque ella se sentía irresistible enfundada en aquel conjunto de putón verbenero –por las sandalias de *strass* y los pezones iluminados- que le daba la seguridad necesaria para fingir que hacía aquello todos los días.

Él se presentó, se llamaba Jorge y era de Barcelona. Llevaba en Madrid unos pocos meses y quería ser actor de teatro, aunque hasta el momento sólo había conseguido trabajar de teleoperador para pagarse el alquiler y acudir a un par de *castings* para darse cuenta que de teatro nada, como mucho anuncios de la tele o público de concursos era todo lo que le quedaba a un actor en una ciudad que hacía años había matado la cultura. No estaba mal para empezar, quizás ligar con un desconocido no era la terapia más adecuada, pero al menos Vicen sintió que, por una vez en su vida, la gota fría no le inundaba el alma.

## II. Jorge y las luces de neón

“Demasiadas fiestas”, se dijo Jorge frente al espejo al ponerse la camiseta y comprobar cómo su estómago, antes más prominente, se había reducido varios centímetros hasta hundirse un poco hacia adentro, resaltando exageradamente su caja torácica. Se le ocurrió que parecía un

yonqui de los que deambulan por la Plaza Real. “Demasiadas fiestas”. Tenía razón, hacía un año que no pasaba un sábado por la noche en casa. No podía. Las luces de colores y la música *house* le agarraban del pescuezo para llevarle al garito de moda en ese momento, porque Jorge tenía contactos por todo Barcelona. Era amigo de porteros, camareros y *DJ's*, y vivía la noche como nadie. Se sumergía en el submundo de los clubes nocturnos, se zambullía en el paraíso de la superficialidad de la mano de esas drogas redonditas y amargas, a veces blancas, otras rosas y otras, micropunteadas. Dependía del día y del camello; pero todas le hacían lo mismo. Nada.

Jorge se había cansado de llegar a casa por la mañana con las pupilas tan dilatadas que parecían botones, y encontrarse a sus padres desayunando en la cocina, mirándole con la indiferencia que sólo la ignorancia confiere, prestándole una atención nula al temblor de sus manos y las manchas oscuras bajo sus ojos. Ya no hacía nada con su vida, en aquel momento, puro desencanto.

Esperaba que llegase un cambio, hasta que se dio cuenta de que los cambios nunca vienen solos. Por eso agarró el petate y dejó Barcelona, aún sabiendo que huía y que a partir de entonces las cosas no serían tan fáciles como comprar pastillas en las discotecas.

Intentando darle sentido a su futuro, decidió ser actor. No se trataba de una vocación o de un deseo alimentado durante años. Más bien se le pasó por la cabeza que quizás serviría para ello. No tenía mucha confianza en sí mismo, quizás un día la tuvo y los cubatas con sabor a

coca se la llevaron. No lo sabía, pero sí sentía que debía hacer algo que le sacase de la ciudad condal.

Un amigo del colegio andaba metido en una compañía de teatro alternativo en Madrid, así que Jorge tuvo el morro de llamarle después de años para pedirle ayuda, y éste le ofreció participar en un proyecto para el que aún no habían encontrado sala, pero que sonaba muy bien. No sé qué de una versión actualizada del *Otelo* de Shakespeare. En realidad Jorge no tenía mucha idea de teatro, pero el caso es que sonaba bien.

Así llegó a Madrid, con ganas y poca conciencia, casi menos que dinero. Lo que ocurrió después resulta fácil de imaginar. Podría decirse que Madrid se lo tragó. A él y a sus ganas de cambiar de vida. Echó a perder el proyecto de *Otelo* porque ni siquiera era capaz de presentarse a los ensayos la mitad de los días, diciéndose a sí mismo que el teatro no era su pasión. Cambió de escenario y de actores para continuar con su hueca actividad favorita: los garitos, las copas, el tráfico de estupefacientes de poca monta y las relaciones personales tan reales como la euforia del éxtasis.

A los pocos meses Jorge volvió a decidir dejar de salir. Sin embargo, esta vez no lo hizo con ningún propósito; sino porque se aburría y se sentía completamente vacío, sin un pasado hermoso que recordar, sin un futuro incierto al que temer y con un presente absurdo. Buscó trabajo y lo encontró, no un gran trabajo, pero tampoco le importaba. A decir verdad, a Jorge le importaba poco o nada casi todo. Era güisqui lo que le corría por las venas y luces de neón lo que habitaba su cerebro.

A la salida del trabajo Jorge solía sentarse a fumar en un portal cerca de su piso, ese que compartía con dos noruegos y un chino (¿o eran dos suecos y un coreano?), y al que se le caía el techo a pedazos. El portal no era habitualmente el mismo hasta el día en que un gilipollas le quemó el trasero con la brasa de un cigarrillo. Esa manía de tirar la colilla encendida a la calle era algo que no soportaba. Por eso, y porque no tenía nada mejor que hacer, volvió unos días después al mismo portal, con la intención de pillar in fraganti al madrileño de mierda que le había quemado el culo al culé del barrio. Curiosamente, sus prejuicios nacionalistas no se vieron recompensados porque el fumador era fumadora, y además tenía unas piernas estupendas.

La chica en cuestión se apoyaba en la barandilla de su balcón, con la mirada perdida al frente como si desde allí pudiera contemplar el horizonte, sensación que acentuaba su ropa, de lo más playera. Llevaba una camiseta de tirantes y bikini..." ¿O eran bragas?". En cualquier caso no era el aspecto más recomendable para exhibirse en un balcón del segundo piso de una calle estrecha en Malasaña. Quizás fue eso, o que no tenía nada mejor que hacer, lo que le animó a hablar con ella. Al fin y al cabo, la tía parecía simpática, y lo era, porque no tardó ni un minuto en invitarle a una cerveza y menos de dos en atravesar el portal, ataviada con lo que a Jorge se le antojó un conjunto de lo más sexy. La tía iba subida en unos tacones imposibles por lo altos que le hacían parecer un dibujito japonés. Jorge sonrió al recorrer su cuerpo con una mirada tímida que terminó por posarse, inconscientemente,



en sus pechos desnudos bajo la misma camiseta que lucía en el balcón. “Vaya, vaya”, pensó Jorge, “encima sin sujetador. Esto promete”.

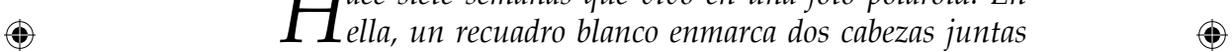




# BERTA, LA FUNAMBULISTA

*Rocío Macho Ronco*

“Al primer amor se le quiere más.  
A los demás, mejor”  
A. de Saint Exupéry



*H*ace siete semanas que vivo en una foto polaroid. En Hella, un recuadro blanco enmarca dos cabezas juntas bebiendo de un cóctel tropical con larguísimas pajitas de colores. Los dos ríen iluminados por el brillo de un cielo azul cobalto repleto de estrellas. Al fondo, el mar. Mientras habito esta imagen los días no se distinguen unos de otros, y la placentera retención de un recuerdo me mantiene a flote. He detenido el tiempo, espero que para siempre.

Azul cobalto era el cielo y cegadoras las estrellas la noche que llegué al pueblo de las casas blancas. Había visto muchos pueblos de casas blancas en mi vida, España está lleno de ellos, pero en ninguno tuve la sensación de atemporalidad que me embargó cuando pisé aquel lugar, refugio de *hippies* reciclados en artesanos, para quedarse



suspendido en el agujero negro espacio-temporal que era mi vida. Sencillamente, me pareció el rincón del mundo más idóneo para colocar un marco con mi foto polaroid. Así podría fingir que las horas no pasaban para mí, que la sangre no corría por mis venas ni el aire circulaba por mis pulmones. Como una zombi, decidí quedarme a vagar entre casas blancas pasando lo bastante desapercibida como para que nadie me despertase.

–Me llamo Berta Buenadicha y me gustan las salchichas.

Llevaba años utilizando el mismo truco para ganarme a los alumnos el primer día de clase. Lo decía siempre intentando mostrar una seriedad inmutable, pero cada vez me traicionaban las comisuras de mis labios al curvarse levemente hacia arriba, saboreando el triunfo que ya presagiaba nada más comenzar la frase. Invariablemente los chavales se reían, primero tímidamente, irrumpiendo después en una carcajada múltiple y contagiosa, preludio de la confianza que me demostrarían el resto del curso. Era sólo un juego de rimas, cada uno tenía que rimar su nombre con algo que le gustara. Siempre empezaba yo, y ellos, que no sabían que el factor sorpresa estaba de mi parte, pasaban del estupor al cachondeo, al tiempo que yo perdía mi patológico miedo al rechazo.

–Me llamo Marcos y me encanta saltar en los charcos.

El pelo pajizo, ondulado, del chaval que saltaba en los charcos, combinaba con una piel dorada a fuego lento por el sol de primavera, que en aquel rincón del mundo

llegaba en febrero. Diecisiete años, mucha ilusión y poca conciencia. Tres rasgos que compartían los 31 alumnos que aquel final de curso me tocaba enseñar a pintar. Ganas de verano, de reír, de calimochos y de sexo. Todos parecían iguales, pero Marcos saltaba en los charcos.

Cuando aquel primer día como sustituta del profesor de dibujo abrí la puerta de mi apartamento de paso, amueblado con dudoso gusto e indudable funcionalidad, todo se vino abajo. La foto polaroid ya no mostraba una sola imagen, mostraba veinte, cien, quinientas imágenes. Mostraba escenas felices y desgraciadas, violentas y sórdidas, hermosas e inocentes. Edu riendo, besándome, gritando, bebiendo, durmiendo. Edu y yo en París, en Madrid, nadando, tomando el sol, cocinando, follando. Edu lleno de vida, saltando en los charcos. Edu dejando de respirar en una ambulancia. *Ninoninonino...*

La foto se había convertido en toda una vida de fotos que no captaban un solo instante en el que sentirse a salvo, sino montones de momentos testigo de que el tiempo nunca se había detenido. De repente la ilusión de ser una zombi durante siete semanas se disipó en el aire como un anillo de humo.

Desperté en mi cama prestada cuando la luz de mediodía, que se colaba por la ventana abierta, me estaba provocando quemaduras de primer grado en la cara. Los restos de dos botellas de mistela y un montón de colillas yacían en el suelo cuando logré que mi cuerpo respondiera a la orden de erguirse, para descubrir que mi móvil reventaba de llamadas perdidas. "Martes",

pensé, “hoy es martes”. Obviamente era tarde para dar la clase de dibujo de primera hora, y de segunda, incluso de tercera. Quizás no demasiado tarde para idear una excusa.

Sufrí una gastroenteritis aguda; el cambio de agua era la causa, según mi imaginario médico de cabecera. “Sí, sí, es que en Madrid el agua es muy blanda y aquí... ya se sabe...sí, claro, a partir de ahora sólo mineral.” Y así, tras una ducha mucho menos reparadora de lo que esperaba, me lancé a la calle sin rumbo fijo, con la única esperanza de no cruzarme con ningún profesor, hasta que me topé con la tienda de pintura y decidí entrar a comprar un par de lienzos, solamente para comprobar si pintar un cuadro seguía teniendo el efecto analgésico que recordaba.

–No, no, no. Vamos a ver, eso son Carioca, yo los quiero de punta fina, por Dios, ¿no es esto una tienda especializada?

La indignación del propietario de la voz que sonaba a mi espalda contrastaba con la juventud de su tono, enarbolado e intencionadamente viril. Vencida por la curiosidad, me giré para comprobar lo que ya sospechaba. Diecisiete años, mucha ilusión y poca conciencia.

–Marcos, el que salta en los charcos.

–Berta, la devora salchichas.

–Nunca dije que las devorara.

–Ni yo que saltara, sólo que me gustaba hacerlo.

-Y no es lo mismo.

-Efectivamente, no es lo mismo.

Como no iba a permitir que aquel chaval, que era uno más en mi clase, me perturbase de nuevo tanto como para necesitar la mistela a los pies de mi cama, tomé la determinación de ejercer mi autoridad docente cuanto antes.

-Es hora de estar en clase, Marcos.

-¿No me digas, Berta?

Me desarmó, ciertamente debí haber pensado mi frase antes de decirla, porque le estaba allanando el terreno para el contraataque.

-Lo que digo es que no te interesa lo que yo haga con mi vida y, sin embargo, yo sí que puedo interesarme por la tuya.

-¿Y por qué, si puede saberse?

-Porque soy tu profesora, tú eres menor y en las horas de clase yo respondo de ti ante tus padres.

Tardó unos segundos en contestar, yo estaba recuperando la serenidad y ante ciertos argumentos no hay nada que un chico de último año de instituto pueda hacer.

-Sólo estoy comprando unos rotuladores para el trabajo de fin de curso de tu asignatura, ¿vale?

Ante la sinceridad de su respuesta, y puesto que ya se le estaban bajando los humos y a mí subiendo la resaca, decidí darle una tregua.

–Perfecto entonces, manos a la obra.

–Sí, claro, como si fuese tan fácil en este pueblo de mierda– dijo airado mientras pagaba al dependiente unos rotuladores que no eran los que necesitaba en realidad.

Yo compré dos lienzos, uno grande y otro pequeño, para tener donde elegir. Como ya era casi la hora de comer, volví a casa no sin antes comprar una botella de tinto de camino; presentía que me iba a hacer falta para enfrentarme a esas telas.

Antes de comer me llamó mi madre, preocupada porque en el instituto le habían dicho que estaba enferma. “No, mamá, no he tomado nada raro... es el agua del grifo, que es muy mala... sí mamá, agua de limón”. Es curioso cómo una mentira acaba convirtiéndose en verdad piadosa cuando toma forma. Ante mí misma la gastroenteritis justificaba el malestar provocado por las dos botellas de vino dulce que aún flotaban en mi cerebro licuado. “No me he emborrachado, sólo tengo una gastroenteritis”. Y con el ánimo de una persona normal que nunca bebe para olvidar, que tiene la suerte de ocupar una plaza de maestra en un precioso pueblo junto al mar, me puse una copa de vino tinto y poco a poco los pinceles comenzaron a bailar solos.

A la primera copa le siguió una segunda, y a ésta una tercera y una cuarta. El lienzo limpio se llenó de pequeñas manchitas de colores, curvas, rectas, puntos rojo vivo, y la botella se vació entera en mi estómago dócil, acostumbrado ya a no reclamar alimentos sólidos cuando se le daba de beber.

Me sobresaltó el timbre de la puerta. Acurrucada en una esquina del suelo del salón, tardé un poco en ser consciente de que no me había vuelto a dormir a la hora de trabajar. Sólo era media tarde y alguien llamaba a la puerta. Me recompuse el vestido camisero que utilizaba para pintar y fui a abrir, mirando de reojo mi reloj de pulsera. Las seis y cuarto.

Marcos sonreía al otro lado del quicio, con una carpeta roja bajo el brazo y un estuche lleno de rotuladores carioca en la mano que le quedaba libre. “Marcos, el que salta en los charcos. Edu ya no saltaba”. No pude, no podía, evitar que aquel chaval me perturbase. Todo era demasiado cercano, tanto que sí quería podía colocarle en la foto junto a mí, bebiendo un cóctel tropical trece años atrás. El pelo pajizo, la piel dorada, la insolencia de las hormonas... todo encajaba para recordarme quién era yo y lo sola que estaba. Vacía como todas las botellas que caían en mis manos. Sin hacer ningún honor a mi apellido.

–Hola profe, quería enseñarte unas cosas que he estado haciendo para el trabajo...

–Creo que no es buen momento, Marcos, estaba...

–¿Echando la siesta? Pues ya no son horas.

La seguridad con la que hablaba y la desvergüenza con que se dirigía a mí me ponían nerviosa, yo quería imponer mi autoridad docente, pero había olvidado que sólo tenía treinta años y aparentaba veinticinco.

–No, estaba pintando.

–Pues mejor, de eso va el tema, ¿puedo pasar?

Definitivamente, como la derrota no cabía en sus planes, no tuve elección.

–¡Vaya! ¡Si Berta Buenadicha es pintora de verdad!

–Algo así...

Marcos estaba parado frente al cuadro que yo no recordaba muy bien haber pintado horas antes, y lo miraba con verdadera admiración, como quien contempla por primera vez un Van Gogh original. Me coloqué detrás de él a observar, a tratar de reconocer, mi propia obra con expresión bovina.

–Berta... ¡Berta! Que digo que está muy bien el cuadro.

Había sido hipnotizada por el rojo intenso del vestido de una niña que me miraba burlona desde mi propia tela. Una niña que atravesaba una cuerda floja sin más equipaje que una muñeca de trapo. El resto del lienzo permanecía vacío. Una mancha de colores en mitad de una inmensa soledad.

–Berta, la funambulista –dijo él, sacándome de mi ensimismamiento– me dijeron en el *insti* que habías expuesto en Amsterdam, qué pasada, ¿no?

Otra vez la foto convertida en mil imágenes. Edu y yo fumando hierba sentados en la Plaza del Dam...

–Sí, viví allí un tiempo. Un sitio muy interesante –acerté a decir, rezando para que la conversación no siguiera por ahí, quemándome las entrañas.

Y no siguió, porque Marcos abrió la carpeta que aún colgaba de su brazo para enseñarme los primeros bocetos



de un cómic que estaba dibujando. Yo no sabía mucho de cómics, pero los trazos firmes de aquel chico que odiaba el pueblo de las casas blancas tenían algo especial. Y él sí que sabía de cómics. Por eso sabía que con unos rotuladores Carioca no iba a ninguna parte.

Yo no sabía nada de cómics hasta que un chico de diecisiete años me despertó de mi hibernación para contármelo todo sobre la Marvel, sobre Spiderman y Daredevil, Batman y Superman, V de Vendetta y Alan Moore. Él sí que sabía de cómics y, aunque a mí me daba igual, comencé a engancharme a esas conversaciones de media tarde contemplando el mar desde mi terraza prestada. Siete semanas antes había parado el tiempo para dejar de sentir, pero la ilusión de volver a tener diecisiete años me estaba desentumeciendo los músculos, y mi piel volvía a erizarse con las corrientes de aire fresco. Era agradable.

Al cabo de unas cuantas tardes Marcos y yo nos hicimos amigos. Abandonamos los cómics y la pintura, y pasamos a los deseos, las frustraciones y los miedos. Él quería volver a Valencia, donde había buenas tiendas de cómics y en las papelerías conocían los rotuladores de punta fina; pero sus padres preferían que se quedara en ese pueblo a estudiar Bellas Artes, porque allí había futuro vendiendo cerámica, mientras que su padre tenía trabajo en la obra. “¿Es verdad que en Bellas Artes todo el mundo es bisexual?”, solía preguntarme.

Quería ser dibujante y no creía necesitar ir a la universidad para lograrlo. Quizás tuviera razón y



suficiente talento. Yo, por mi parte, ya había agotado mis posibilidades y mi paciencia para ser pintora y ahora tenía que emborracharme para manchar de rojo una tela blanca. Esto le conté, y muchas cosas más sobre cómo mi vida se había desvanecido apenas dos meses antes en una ambulancia del Samur en mitad de la M-30. Mis sueños, mi futuro, mi buhardilla en Lavapiés, mis noches acompañada, mis desayunos en la cama. Todo se había ido al garete.

El día que se lo conté no había bebido y era la primera vez que hablaba de ello sobria. Tampoco solté ni una lágrima, porque el deseo de fusionarme con la piel dorada de Marcos y la necesidad de absorber su ímpetu adolescente fueron más fuertes que mi tristeza. Aquel pensamiento apenas elaborado en mi mente se debió de transmitir al exterior, ya que Marcos reaccionó, de repente, como sólo una persona entre la niñez y la edad adulta podría hacerlo. Con la serenidad de un hombre que quiere inspirar seguridad, y la inocente carencia de prejuicios de un niño. Sin pensarlo, me besó en la mejilla, en la frente y en los ojos. Me besó en la boca y en el cuello. Me condujo a la cama y me desnudó con sabia lentitud, como si lo hiciese todos los días. Y me dejé seducir por los diecisiete años, la ilusión y la poca conciencia para comprobar si se me pegaba algo de todo aquello.

Marcos sólo era un ilusionista del tiempo, una fotografía polaroid que reconforta cuando la miras porque mantiene vivo el instante. Por eso me fui. Por eso y porque acabó el curso. Por eso y porque no quería hacerle daño. Me equivocaba del todo. Sólo recordando



las últimas palabras de Marcos, cuando el autobús arrancó dejando atrás el pueblo de las casas blancas y mi apartamento de paso, supe que me había equivocado y reconocí la dolorosa certeza de que tendría que aprender a vivir con la pena para siempre. Más allá de ilusiones ópticas y espejismos adolescentes.

Yo no supe qué decir al despedirme, así que no le dije nada, convencida de que rompería a llorar o se sentiría profundamente decepcionado al comprobar mi indiferencia ante la posibilidad de mantener el más mínimo contacto tras nuestro encuentro. Sin embargo, nada de esto ocurrió. En su lugar, él se limitó a decirme una frase, sólo una, con el matiz nostálgico de las despedidas que lo son para siempre.

“Buena suerte Berta Buenadicha, y no te olvides de pintar, que tienes toda la vida por delante”. Y se dio media vuelta. Marcos, el que saltaba en los charcos.



FIN





# HILVANES DEL TIEMPO. RECUPERANDO LA HISTÓRICA MEMORIA

*Stella Manaut Roca*



**R**otas las cartas de amor y el profundo dolor de las palabras impunes...



*Se amalgaman pasado y presente: necesidad de partir de cero para saber en qué momento equivocó el rumbo.*

*Recorrer el camino con la amargura en los labios y la nostalgia en la sima del recuerdo. Enfrentar aquella casa que escondería, en algún rincón, sus risas de niña. Mirar el balcón desde donde se soñó pájaro con la inocencia de la imaginación temprana.*

*Añoranzas; lágrimas mudas de ayer, de ahora mismo. Su cuerpo apoyado en la pared del edificio frontero donde estuvo el cine de los jueves por la tarde, a tres pesetas la sesión continua: acomodadores con raídas libreas de dorados botones; olor a*

ozonopino; el reiterativo reclamo del “rico bombón helado de nata y chocolate” y los suelos alfombrados de pipas...

Recuerdos que distraen del dolor de las cartas rotas por él con un gesto de autómeta. ¡Niño mimado que nunca tuvo que sufrir la incertidumbre de un plato de comida caliente, de las ansiadas tardes de celuloide...! ¡Depredador seguro de su turbadora presencia y del ingenio que acompasaba sus palabras!

*Ida y vuelta al colegio por entre los setos del parque y los otoños de castañas locas; mañana y tarde, al paso menudo de niña con zapatos rotos. La miseria de no tener los 30 céntimos del tranvía, y los pájaros, y la escarcha amaratando sus piernas.*

Se encontraron al azar de una tarde de teatro: risas, abrazos. ¡Cuánto tiempo sin verte! ¿Cómo estás? ¿Y tus padres?... La promesa de un “te llamo”. ¡Tantas cosas que contarse! ¡Tanto vivido en los 20 años de ausencia! Y, el choque tremendo de esa voz que había quedado por siempre grabada a fuego en su memoria. Se supo perdida. Llamara o no llamara le buscaría bajo la roca más dura, escarbando con los dientes hasta encontrarle.

*Un enjambre de insistentes y agudas bocinas la apartó de la angustia de pensar en él. Se vio de nuevo en su casa de infancia, sumergida en la tragedia de un hogar con padre tras las rejas de la política y madre desesperada ante un mañana sin pan. Niña ajena a la realidad del caos; niña en una isla perdida en mitad del océano del dolor, jugando con su muñeca de trapo,*

*rodeada por los barrotes de hierro del balcón –semejantes a los que, tan injustamente, la separaron por años de los brazos de su padre–. Uno, dos, tres taxis de gasógeno a lo largo de esa fría tarde de otoño... La castañera sentada junto a la puerta del Retiro, envuelta en tocas y pañuelos negros, ante un barril agujereado donde centellean las brasas y se cuecen las tan deseadas castañas que pregona “¡¡calentitas!!” Y, su madre, “echando una firma” con la badila al cisco del brasero como solía decir en un arranque de jovialidad escapado por la rendija de su sinvivir, en aquellas frías noches de invierno y sabañones.*

Le visitó con la asiduidad del día a día, mimando sus comidas, sus camisas, su tabaco; perdiéndose en su voz, en sus manos... Vivía para él, obsesionada de él, sin otro pensamiento ni sentimiento en el que él no estuviera presente. Respuestas ambiguas a tanta entrega; el corazón en la cuerda floja cada fin de semana en que desaparecía sin decir nada; dejándose querer en la impunidad de los sentimientos nunca expresados.

*Sus lágrimas amalgamadas con las lágrimas de su madre de vuelta de la cárcel de Carabanchel: los pies doloridos, el alma rota, el estómago vacío. Un viaje que hoy parece inmenso y entonces sería aterrador. Mujer sola, abandonada por la juventud, cargada con algo de comida rescatada al milagro de la miseria cotidiana y la muda, mil veces zurcida, bajo el brazo. Cuarto de hora de mutuo sentimiento de impotencia, asiendo angustiosamente, por entre los barrotes, las manos del esposo: ¿Cómo está la nena? ¿Y el hijo? ¿Cómo te las arreglas para sobrevivir?*

Perdida toda sensación de paz, de mar azul, de horizonte sin límites en días de forzosas vacaciones familiares porque se sentía incapaz de ¿vivir? un segundo sin pensar en él, volcando sobre el papel tanto amor reprimido para que el corazón no estallara en prismas dislocados. Cartas preñadas de sentimientos que nunca le susurraría al oído porque chocarían clamorosamente con el muro de hierro de su distancia pero que así, sin tener cerca su aliento de cigüeña, surgirían libres, desnudos; indefensos: dispuestos a ser juzgados.

*Y la niña, ajena a todo, en el balcón de barrotes de hierro. Águeda la cuida en los días sin madre. Águeda, ese nombre que, al rememorarlo, todavía le sabe a hogaza de pan caliente; aquella deliciosa mujer que se zambulló con ellos en la miseria, tantas veces sin nada que comer y a la que todavía quedan fuerzas para cantar: voz de cristal que retumba en las paredes del patio vecinal; notas y risas saltando alegremente por entre el pentagrama de cuerdas donde se seca la ropa; regalo a los marchitos corazones que se asoman a las ventanas para recibir un baño de alegría: "Voy a contarles a ustedes lo que a mí me ha sucedido..." "Adiós, adiós, buen viaje; adiós que lo pase bien, recuerdos a la familia, al llegar escríbame..." "Ay, ay, ay, ay, cómo se la lleva el río..." Y, la niña extasiada ante aquella novia que arrastran las aguas; ante la mujer finalmente rescatada de la soltería por el jefe de estación; ante la botella de vino conseguida en una farmacia de tierra extraña...*

¡Herida profunda por la evidencia de las cartas ignoradas; finalmente rotas! La cabeza estallándole en miles de llantos, el corazón cada vez más estrangulado;

desenfrenado, sin embargo, como caballo salvaje. ¿Las has tirado? ¿Sin leerlas? ¿Te dio pereza abrirlas, leer sentimientos ajenos...? ¡Tiradas! ¡Rotas! ¡Partidos los “te quiero”, los “amor mío”, los “no puedo vivir sin sentirte” en infinidad de partículas perdidas por el éter del estercolero!

*Tardes de vuelta del colegio con merienda de pan negro y chocolate de tierra que saben a gloria y a poco, mientras Diego Valor vuela por el espacio peleándose con el Mekong y Sautier Casaseca hace llorar a las mujeres con sus novelas de amores reprimidos. Momentos felices dentro del caos, arropada por las bromas y la ternura del hermano, ante el plato de acelgas de la cena y el parloteo incesante de la radio que también distrae las frías horas de la noche: Tip y Top improvisando absurdas situaciones, Pepe Iglesias el Zorro, con sus repetitivos personajes y las batallas telefónicas de Gila.*

Apesar del dolor, se colaban por la rendija de su obsesión aquellos momentos sublimes en que una botella de Rioja desataba manos ansiosas, besos olvidados, cascadas de palabras que recorrían todos los rincones de su sangre hasta anclarse profundamente en los sentidos cual nefasta y dulce rémora: la pasión, tan esperada surgiendo de las manos del hombre, de su boca, de su aliento, preámbulo de las blancas sábanas de su cama entre las que él la amaría con ansias de bebé hambriento, para luego, pasados los vapores del vino, volver a la total indiferencia.

*“El cine de las sábanas blancas”: aquellas otras sábanas imaginarias con que Águeda la embroma para distraer la*

*decepción de una imposible tarde de sesión continua: “las tres pesetas para las lentejas del racionamiento” que, cocinadas con agua y amor, llevaría ella misma a su padre en un único día de puertas abiertas para los hijos de los presos en la cárcel de Carabanchel: hombres de gesto dolorido, con sus escudillas y su pobre rancho, mirándola, embobados, como si un ángel rubio hubiera atravesado las rejas para regalarles unos minutos de felicidad. Y la niña en medio del horror, junto a un padre casi desconocido que la abraza, llorando de alegría y amargura, sobre las humildes lentejas. Está asustada. No entiende nada. Nunca olvidará.*

Le horrorizaba pensar en la muerte de su amante, pero no podía imaginar otra salida sino el abismarse en el pozo de la locura. Muerto no dolería tanto. Y, el tiempo deslizándose, grotesco, a través de una obsesión tan sólo paliada por los intermitentes vapores del vino. Noches con leves descensos al pozo de un sueño preñado de pesadillas de las que despertaba agotada. Él, siempre él, como protagonista absoluto de sus días y sus noches.

*De nuevo la niña tras las rejas del balcón enfrentando, añorante, la cola del cine de los jueves mientras acuna su muñeca de trapo al ritmo lejano y protector de las coplas de Águeda, que chocan con la voz de aquel desgraciado que grita su hambre: “¡Pan quero, pan quero!”, y los pregones repetitivos que inundan la calle: “¡El afilador....! ¡Se afilan cuchillos, navajas tijeras!”; “¡Cacharrero por trapos, por trapos, cacharrooooooss!”; “¡Bartolo meando solo, para el nene y para la nena!”... Mientras las estraperlistas de la esquina sacan, de entre sus sayas, preciosas hogazas de pan blanco y*

*“La Cuqui” –esa especie extinguida de mujer-mono– acude al mercado de la esquina con su paso simiesco y una bolsa de hule en la peluda mano.*

Un viaje ineludible. Había dejado de verle durante dos semanas. Con el ansia en el vértice de los sentimientos sacó la llave del bolso. Entró en la casa. Se dirigió al dormitorio. Soñaba con acurrucarse en tan deseada piel. Abrió la puerta, pausadamente. Un olor a perfume la envolvió. Junto a su amor, abrazada por la espalda, dormía una mujer. Las piernas le temblaron, el corazón se le alocó en el pecho. Respiró profundamente para paliar sus deseos de chillar como animal herido. Consiguió relajarse. Sin hacer ruido, dejó las llaves sobre la mesa del recibidor. No volvería a necesitarlas. Cerró suavemente la puerta de la casa y con ella la de sus sentimientos. Ya no le sería imprescindible la certeza de su muerte para recuperar una brizna de felicidad. Salió. El aire fresco de la mañana le inundó la cara. Volvía a sentir. Su memoria le devolvió las coplas de infancia.

Y empezó a correr calle abajo, cantando, finalmente liberada; la risa en los gestos: “Ay, ay, ay ay, cómo se lo lleva el río... Ay, ay, ay, ay, niño de mi corazón... Con razón tenía celos de él...”

*El padre volvió a casa una mañana de primavera. De nuevo, la vida.*



# DE MOMENTO...

*M<sup>a</sup> E. Martínez Iglesias*

*Dibujamos aquel corazón un verano en el río  
Dibujamos aquel corazón con tu nombre y el mío  
En invierno quisimos volver  
Y aprendí que la tiza no escribe en el frío  
Dibujamos aquel corazón  
Y el invierno ha dejado un borrón  
Es absurdo querer subrayar lo que borra el olvido  
De momento...  
Rosana*

## 1

**H**ay plantas que florecen sólo una vez. Cuando tienes un cactus en el balcón con una flor a punto de salir, y sabes que se abrirá a medio día, pero al atardecer se cerrará para siempre, y que a lo mejor por eso brilla tan especial, tan serena, tan imponente... te pasas las horas pendiente de ella, observando sus colores, vigilando su orientación, preocupándote de si necesita riego. Cada vez que pasas cerca de la ventana te asomas, consciente de que estás viendo algo único, algo irreplicable.

Y no te importa perder el tiempo o dejar de hacer otras cosas. Porque merece la pena, porque sabes que es algo inolvidable, porque esto nunca volverá a pasar en esa maceta.



Pero al atardecer se cierra, no hay remedio. Desaparece el frescor y la tersura y su vida se apaga. Al día siguiente ese bulbo con pinchos vuelve a ser el de siempre: una planta monocroma que se te clava cuando te descuidas.

## 2

Me gusta esta canción de Rosana que suena en la cafetería. Seguramente porque podría haberla escrito yo, porque es exactamente lo que estoy sintiendo yo. Como si me hubiera robado la historia.

Cuando oigo hablar de corazones siempre recuerdo aquella tarde en que pasé de ir a la facultad y me fui de paseo por Viveros con un *erasmus*. Un chico extranjero que no era todavía nada en mi vida, pero con el que un rato después acabé escribiendo en un árbol con un cúter mi nombre, al final de una flecha que empezaba en el suyo.

Fue el principio de la floración. Porque mi vida era como una cactácea, la verdad. Pero de pronto parecía algo tremendamente interesante.

Oigo hablar de corazones pintados en los árboles y me acuerdo de cómo empezó todo. De cómo dejé en suspenso mi vida, mis estudios, mis amigas... para concentrarme en algo que me pareció inigualable, único, maravilloso. Un regalo que no creía merecer y que no podía perderme.

Aquello me estaba pasando a mí, que nunca me había comido una rosca. Era yo la chica que paseaba con ese rubio cogida de la mano. Era yo a la que besaban en la



frente con una ternura y una fuerza a la vez que me dejaba descolocada. Era a mí a quien prometían secuestrar subiendo a mi cuarto por la ventana. Era a mí a quien miraban con unos ojos que prometían demasiadas cosas como para ser tan tonta de dejarlas escapar.

Y encima me lo prometían en inglés. Y como algunas cosas tenía que deducirlas del contexto, seguro que le ponía mucho más romanticismo del que pretendía el emisor. Pero lo que cuenta a estas alturas es lo que al final entendía yo, fuera o no exactamente lo que él había dicho. Lo que yo sentí es ahora lo único que me queda. Las promesas siempre se acaban desvaneciendo.

Lo quise con locura, con desesperación, como la idiota inocente que era. Como si el amor se acabara allí, como si no hubiera más que aquello, como si no existiera ninguna otra cosa. Como si todo el futuro posible fuera el que podía pasar al lado suyo, como si no fuera imaginable ninguna otra vida.

Lo quise del todo y contra todo. Y por encima de todo, no fuera a dejarme alguna cosa sin afectar. Lo quise por encima de todo porque no sabía que no es necesario morir de amor, que se puede amar sin dejar de ser quien eres. Lo quise por encima de todo porque no sabía que antes de intentar querer a alguien tienes que quererte un poquito a ti misma, o no tendrás nada que ofrecer. Lo quise del todo porque nunca antes había querido, porque no sabía cómo hacerlo.

Es cierto que a veces pensé, y otras muchas veces me lo hicieron pensar, que aquello no me convenía, que no

era sensato, que debía dejarlo y valorar más mi vida propia, mi vida cotidiana, mis costumbres, mis amigas, mis gustos, mis estudios... Pero es que las cosas que se te brindan sólo una vez en la vida y que te llenan de esa manera no se pueden dejar pasar. Aquello era un lujo y decidí permitírmelo. Lo demás podía esperar. Esto no.

Cuando oigo hablar de corazones en la radio recuerdo que no me arrepiento de nada, que sigo queriéndole en mi recuerdo de aquel inicio, aunque no pueda evitar que aquello ya no esté. No podía dejarlo escapar y no lo dejé escapar. Cuál fuera la continuación de la historia no estaba en mis manos. Pero la aventura ya nadie podrá quitármela. Con su sufrimiento y con su placer. Sobre todo con el placer que estaba por encima de todos los desengaños, las mentiras, las traiciones, el olvido y cualquier otra cosa, y que hacía que siguiera mereciendo la pena. Ese placer es mío para siempre y me lo llevaré puesto donde vaya.

### 3

No es que se pueda decir que lleváramos mucho de novios, porque no lo éramos. Bueno, al menos él no era muy mío que digamos. Yo siempre fui suya, eso es verdad. Pero no su novia.

Y, sin embargo, llevábamos tanto tiempo de no-novios que al final nos casamos. Y no es que decidiéramos casarnos. Es que, después de tanto tiempo, nos casamos.

Así que empezamos a vivir juntos, claro. En su país. Allí tendríamos trabajo los dos. Además, él nunca men-

cionó ninguna otra posibilidad. Viviríamos en su casa, con los suyos. Y yo me había acostumbrado a no tener más mundo que él, ni más aficiones que las que podía compartir con él, ni sentía mi casa como mía porque no estaba él allí. Así que tampoco planteé ninguna otra posibilidad. Nos casamos y nos fuimos.

Y vivimos juntos sin invadirnos, sin molestar, sin exigir. Educados e incluso cariñosos a veces. Pero ya sin pasión. Ahora estábamos casados. Y, eso sí, era su casa.

El ritual del cortejo ya no se hacía necesario y él dejó de repente de decirme todas las cosas que me gustaba oír. Ya no existía la distancia y dejó de existir el reencuentro. Ya no había discusiones y nos quedamos sin reconciliaciones.

Y descubrí que aquello que pensé que era mi aliento, aquello que creí que iba a darme la felicidad absoluta, aquello sin lo que no podía entender el resto de mi vida... ya no estaba. Ya no era tan urgente ni tan vital. Se me había agotado en la espera, en el desengaño, en la incertidumbre, en los celos, en el sentirme ignorada, en la lejanía, en la incompreensión. Ya no era lo mismo. Ni lo que él me ofrecía ni lo que yo sentía por aquella oferta.

Vivimos educados y cordiales porque ya no éramos dos adolescentes. Porque teníamos muchas otras cosas que hacer y llegábamos a casa agotados. Porque no era necesario pelear por conquistarnos ni por reconciliarnos. Ya éramos marido y mujer y eso lo hace todo mucho más seguro, más pacífico, más habitual. Ya nunca fuimos amantes.



Y cuando me faltó la fuerza de ese amor intenso que creía sentir me encontré además con que me faltaban otras fuerzas. Aquella nunca fue mi casa. Y aquel nunca fue mi país. Era un sitio donde sobrevivía sin alicientes. Un sitio oscuro y húmedo, con mañanas de niebla espesa y tardes de lluvia. Un sitio sin sol, sin playa, sin energía.

Me fui marchitando como una flor a la que le llega el final. Sentí cómo perdía las fuerzas, como se me iba el color. Echaba de menos la siesta, y la terraza al sol, y los paseos por la playa... Y ahora sé que también echaba de menos, con todas mis fuerzas, el árbol donde dibujamos aquel corazón.



Quizá por eso decidí volver a Valencia. Dije que sólo de vacaciones, claro. Para recargar energías, insistí. Volver a por el sol y los paseos por la playa, y la gente que habla todo el tiempo, y el ruido de las tracas y el olor de la pólvora y las flores y el tráfico y esa falla permanente que es mi ciudad, donde nada parece nunca lo suficientemente importante como para tomárselo en serio.

No quería reconocer lo evidente, reconocer que estaba poniendo como excusas para volver cosas que siempre había criticado, cosas que incluso odié, cosas que casi me impulsaron a marcharme. Me descubrí queriendo volver a toda prisa, incapaz de explicitar el auténtico motivo de esa urgencia. Descubrí que me faltaba el aire y necesitaba respirar.

Tal vez aquí, de vuelta en España, encuentre lo que se nos perdió por el camino. Tal vez encuentre ese árbol, aunque sepa que nosotros ya no somos los mismos. Tal

vez la distancia me devuelva algo de ilusión. Y tal vez no.

#### 4

Me sonó el móvil, ese aparato que compré con un número extranjero, por última vez en el aeropuerto. Por última vez, porque ahora sé que, pase lo que pase, ya no voy a ser más extranjera, porque vuelvo.

La pantalla mostraba un número de sobra conocido. Y la voz que sonó dentro del altavoz era familiar, aunque hablara otro idioma. La voz de un hombre como tantos –imagino su rostro y es vulgar también– sin un atractivo especial, sin un discurso interesante, sin entonación cariñosa. Un hombre como tantos.

No encontré dentro de mí sentimiento alguno de reacción ante su llamada. Ni alegría por saber de él, ni interés por lo que pudiera decirme, ni siquiera la simple complicidad de quien espera una llamada de compromiso que sabía que sonaría tarde o temprano. No pude siquiera sacar la fingida cordialidad a la que estábamos acostumbrados, la que él estaba utilizando.

Sin duda la voz que me enamoró no era ésta. Y su dueño tampoco. Era más alto, más guapo, más seductor... Me miraba de otra manera, me hablaba de otra manera y me tocaba de otra manera. ¿O lo sentía yo de otra manera?

Probablemente él ha cambiado y yo también. Por eso lo siento tan distinto. O quizá porque el amor apasio-



nado es un sentimiento efímero, que necesita constantes alicientes para mantenerse. Idas y venidas, contratiempos, distancia, dolor... Y sobre todo que el objeto no sea nuestro, que lo sintamos como algo a conquistar. Mejor: a reconquistar. Pero todo eso no puede durar para siempre. Y no sobrevive a un contrato de convivencia.

El amor apasionado necesita lucha, porque es un pulso que los dos amantes quieren ganar. El amor apasionado necesita que el otro sea un objeto, porque es interés de poseer. El amor apasionado necesita capacidad de fantasía, porque es de un individuo imaginado de quien nos enamoramos, de la proyección de nuestros deseos en el primero que aparece con una pizca de lo que nos gusta.

La lucha, la posesión, la fantasía, son cosas que desaparecen con la edad, con la pérdida de la inocencia, con la seguridad, con la costumbre. Y entonces nos damos cuenta de que el hombre real que hay ahí no es para tanto. Nos damos cuenta de que no hubo amor verdadero, sólo pasión desmedida, urgente, egoísta. Y recordar el origen no nos devuelve al ser amado, ni nos trae la frescura del principio. Sólo nos muestra la cruel realidad: no era éste.

De pronto me encuentro liada en un contrato de exclusividad con alguien que no significa ya nada para mí. Y sabía cuando lo firmé que el juzgado no mejoraría las cosas. Pero a veces los hechos se nos imponen y tiramos para adelante aunque no sepamos muy bien dónde nos lleva ese camino.

En el teléfono suena la voz de un hombre cualquiera. Un hombre que reconozco inmediatamente y que, sin embargo, me cuesta reconocer como algo mío.

–Estaré bien, no te preocupes...

–[...]

–Es sólo que necesito sol, necesito volver a casa. Pero no pasa nada...

–[...]

–Ya te llamaré, no te preocupes...

–[...]

–Vale, yo te llamo en cuanto esté más tranquila.

Necesito volver a mi casa, a mi historia, a mi infancia, a mis raíces, a mi yo. Necesito deshacer las maletas y meterlo todo en mi armario. Necesito mis sartenes y mis toallas. Necesito mis programas de televisión, y mi emisora de radio. Necesito levantarme con mi despertador y cenar lo que a mí me apetece. O no cenar. Necesito entrar y salir sin rendir cuentas. Necesito vivir en mi casa.

## 5

No sé cuánto tardé en llamar. No sé cuanto tiempo me costó encontrar la ocasión adecuada. Nunca parecía ser buen momento: ahora no, que estará en el trabajo; ahora no, porque con el cambio horario seguro que está durmiendo ya; ahora no, que me esperan para comer; mañana le llamo; mañana; mañana... Una llamada de compromiso nunca nos parece urgente.



Me planteé como terapia organizar mi mundo con normalidad. Poner la casa a mi gusto, ir al cine de vez en cuando, cuidar la ropa que me pongo, apuntarme a un gimnasio, conocer gente... Me planteé como terapia regresar a una vida a la que renuncié hace mucho tiempo y que había quedado en mi lista de asuntos pendientes.

Pasé de la adolescencia al matrimonio sin disfrutar de la vida. Los años de más vitalidad, de más fuerza, en los que ponemos más pasión a todo lo que hacemos, los hipotequé pensando en una persona que no hizo lo mismo por mí, y que, después de haber vivido intensamente, me buscó por fin como refugio. Pero ¿para cuando mi propia vida?

La canción de Rosana sonó en la radio del coche mientras volvía del cine para dar una explicación que yo misma me negaba a darme, pero que parecía ya inevitable:

*... De momento no voy a gastarme la vida contigo.*

# AMOR, (C'EST TOUT)<sup>1</sup>

María Moreno Vilches

*“Era el mejor de los tiempos.  
Era el peor de los tiempos...”*  
Charles Dickens (1859)

*A mi hijo Iván, scriptionis et litterarum amante.  
A mi hija Katia, idem in temporis.*

*–Madame, nous sommes arrivés<sup>2</sup>*

Cuando María abrió los ojos, ya no estaba en España. Se había quedado dormida mientras el tren avanzaba a grandes pasos hacia Francia... Miró por la ventana y vio que era de noche. Recogió su pequeña maleta y se dispuso a bajar del tren. Hacía frío, mucho frío, y la fina chaqueta que lleva apenas la cubría.

–¿Es usted *mademoiselle* Marie? –le preguntó un hombre de mediana edad.

–Sí, soy yo –respondió ella con timidez.

---

<sup>1</sup> (Esto es todo)

<sup>2</sup> –Señora, hemos llegado...

–Perfecto –musitó él–. Yo me llamo Pierre...

Pierre se apresuró a cogerle la pequeña maleta de color beige que llevaba y que María había dejado en el suelo por un momento mientras le saludaba. De repente, Pierre se puso a andar y María le siguió a través de la estación de trenes. Cuando llegaron al aparcamiento, Pierre se detuvo y se dirigió a María:

–Si me necesita, llame a este número –le entregó una pequeña tarjeta de cartulina mal recortada–. Nos veremos una vez por semana, más o menos...

Mientras le decía esto a la joven, una motocicleta un tanto escacharrada paró en frente de ellos. El joven que la conducía se bajó de ella y se arregló el pelo, se buscó en el bolsillo del pantalón un cigarro y se lo encendió.

–*Mademoiselle Marie*, permitidme presentarle a mi sobrino Laurent...

–Un placer –le dijo María mientras le extendía la mano.

–Laurent le llevará a donde se alojará durante este mes. Y ya sabe, si surge cualquier problema, no dude en llamarme.

Una media hora después, llegaron a un pueblecito de apenas cinco calles, ubicado en medio de un precioso valle repleto de viñedos. Pararon delante de una casa antigua y se bajaron los dos.

–Ya hemos llegado... –le dijo Laurent–. Esta es mi casa.

–¿Tu casa? –preguntó ella sorprendida.

–Tranquila... Vive más gente que, como tú, viene en la temporada de la vendimia... Debes tener buenos contactos allá en España, no creas que mi tío es tan amable con todo el mundo...

El joven abrió la puerta y entraron. Un amplio comedor un tanto sucio y lleno de polvo daba la bienvenida. Un poco más alejado, la cocina y el patio. Arriba, un cuarto de baño y cuatro habitaciones. María siguió a Laurent por las escaleras hasta llegar al piso de arriba. Éste le abrió la puerta de una habitación y ella entró. Parecía más pequeña de lo que era: una cama muy simple cubierta por un par de sábanas y una manta; un escritorio y una silla; una mesita de noche junto a una pequeña lamparita y un armario con cuatro perchas colgadas.

–Esta es tu habitación... ya es tarde, así que mañana te presentaré al resto. Si tienes hambre, la cocina está abajo... –le dijo mientras salía de la habitación–. Mañana nos levantaremos a las siete, que aquí se empieza pronto a trabajar –y diciendo esto, le cerró la puerta.

María se sentía un tanto triste, un tanto extraña: con tan solo diecinueve años había viajado hasta Francia para trabajar un mes en la vendimia. Había dejado atrás a su familia y, aunque sabía que su padre había conseguido hablar con Pierre, quien era un viejo amigo, también sabía que ese mes no iba a ser precisamente dormir sobre un lecho de rosas.

La mañana siguiente, el despertador sonó a las siete menos algo. María se dirigió al cuarto de baño y abrió la

puerta. Dentro encontró a una mujer duchándose y cerró la puerta enseguida: por un momento había olvidado que ya no estaba en casa y que tampoco vivía sola.

–No te preocupes... ¡Pasa! –le gritó la voz de dentro de la ducha.

María la volvió a abrir y entró. Una cabeza asomó por fuera de la cortina que aislaba la bañera:

–Tú debes de ser María... Encantada, me llamo Andrea... –y la cabeza de Andrea volvió a desaparecer.

Media hora después, todo el mundo estaba en la cocina, sentado o cogiendo una taza de café. La última en llegar fue María y, nada más verla, Laurent la acompañó y le presentó al resto:

–Este es Antonio y ese de allí, David... A Andrea ya la conoces... Es la esposa de Antonio.

María se sentó tras saludar a todos y Laurent le sirvió una taza de café. A penas pudo tomárselo pues en seguida se fueron a trabajar. Al igual que todas las mañanas...

Después de un par de días, mientras María estaba en su habitación mirando las fotos de su padre, de su madre, de su hermana pequeña, de su abuela ya mayor... Laurent llamó a la puerta:

–¿Puedo pasar? –preguntó él.

–¡Adelante!

Una vez dentro, Laurent empezó a dar vueltas por la

habitación... Pasó la mano por el escritorio, miró el armario y se paró en la ventana, fijando sus ojos en el exterior.

–¿Y qué querías? –le preguntó María.

–Saber como estabas –le respondió él.

–Muy bien –le contestó ella.

Laurent se fijó que encima de la cama estaban las fotos y que la casi desvanecida huella de una lágrima dominaba el rostro de la joven. Después de unos tácitos segundos, en los que él no dejaba de mirarle y ella se había dado cuenta de que él sabía que había dejado escapar una lágrima, volvió a responder:

–Bien.

Volvió a correr el segundero del reloj hasta que ella contestó:

–No muy bien.

–¿Y qué te pasa? –le preguntó Laurent.

–No es de tu interés... –le contestó con ímpetu, pero a su vez, educadamente.

–Las mentes curiosas quieren saber...

No supo por qué, si por la soledad que en ese momento sentía... o por estar lejos de su familia... pero le habló de lo duro que era para ella estar allí, en Francia, de lo mucho que echaba de menos a su hermana pequeña y de muchas otras cosas que hicieron que el segundero cediera la potestad del tiempo al minuterero y este, a la manilla

de las horas. Laurent habló con ella y, en alguna ocasión se permitió secarle las lágrimas. Cuando la habitación se quedó callada, puede ser porque se había dicho todo, puede ser porque ya no quedaba nada por decir, Laurent le hizo una pregunta que haría sonreír a María:

–¿Quieres que vayamos a tomarnos un helado?

Cuando ella contestó que sí, no se imaginaba montada en la moto del chaval recorriendo la carretera hacia París. Cuando llegaron, Laurent la llevó por unas calles apartadas del centro hasta que llegaron a una pequeña plaza.

–¿Dónde estamos? –preguntó ella desorientada.

–En la mejor heladería de todo París –le señaló hacia un rótulo que ponía en letras grandes y vistosas, de varios colores cálidos, “*glacier*”.

Entraron y pasaron lo que les quedaba de tarde saboreando un maravilloso helado de vainilla y coco, una de las especialidades del lugar. Cuando terminaron, pusieron rumbo a casa, montados, cómo no, en la escacharrada moto que, sin embargo, María empezaba a apreciar.

Cuando llegaron a casa, él la acompañó hasta la puerta de su habitación y se quedaron allí, mirándose las caras, los ojos, hasta que Laurent le dio las buenas noches y le besó la mejilla a María. La joven se quedó sin palabras y, simplemente, abrió la puerta de su habitación y la cerró tras sí, dejando escapar un “buenas noches” tan suave que nadie excepto ella lo pudo escuchar.

Los días que siguieron se hicieron más llevaderos para María. Y aunque apenas hablaba con Laurent, las miradas que se dedicaban el uno al otro parecían largas conversaciones. Se sentaban juntos a la hora de ese café tan rápido por la mañana, comían juntos y se dedicaban sonrisas enrojecidas.

Después de unos cuantos días, él le dijo:

–Si quieres ver algo impresionante, esta noche a las diez en la puerta.

–¿Adónde me vas a llevar? –preguntó ella con curiosidad.

Sin embargo, él no le contestó y solo le dijo “no faltes”.

Por la noche, a la hora que habían acordado, ella bajaba las escaleras procurando no hacer mucho ruido. Él ya esperaba ansioso en la puerta, y cuando la vio, le dedicó una sonrisa:

–¿Me vas a decir adónde vamos?

–No... –rió él. –Es una sorpresa...

Los dos subieron a la moto y Laurent condujo por caminos de tierra y piedras, alejados de las carreteras, alejados del mundo (al menos, del mundo civilizado).

De repente, Laurent paró la moto y bajó. Sacó una linterna y le pidió a María que le siguiera. Atravesaron lo que bien se podría describir como un pequeño bosque de matorrales y arbustos hasta que llegaron a un descampado.

–¿Esto era lo que me querías enseñar? Un descampado lleno de piedras... sí que es para impresionarse –dijo ella irónicamente.

–Mira arriba... –le dijo él.

Cuando lo hizo, vio el cielo más estrellado que nunca había visto y la luna más grande que jamás pudo soñar en ver. Era una noche perfecta.

Se acostaron en el suelo: ella fijó sus ojos en el cielo estrellado; él, en la estrella que tenía a escasos centímetros de sí. Y, poco a poco, y aunque el fresco parecía aumentar por momentos, se quedaron dormidos, el uno junto al otro.

–¡Despierta! ¡Despierta! –le empujó María a Laurent.

–¿Qué pasa? –le dijo éste que todavía estaba medio dormido.

–¿Qué qué pasa? ¡Son las ocho! ¡Las ocho! –gritaba ella.

–¿Las ocho?– se despertó rápidamente él.

Habían pasado toda la noche durmiendo en aquel descampado, lejos del ruido del despertador que sonaba mañana tras mañana y ahora llegaban tarde a trabajar. Corrieron hacia la moto y se apresuraron a llegar, pero cuando lo hicieron, Pierre, el tío de Laurent, estaba allí. María se fue con Andrea y los demás mientras que Pierre llamó a su sobrino para decirle cuatro cosas. Cuando éste se fue, Laurent volvió al trabajo.

–¿Qué te ha dicho? –le preguntó María que, de alguna manera, se sentía culpable de lo ocurrido.

–Nada...

–¿Cómo que nada? ¿Qué te ha dicho? –volvió a preguntarle al joven.

–¡Nada! –le dijo éste casi gritando.

Y, de repente, silencio.

Los días que acontecieron se volvieron tensos. La relación iniciada entre ambos jóvenes se había ido helando a medida que pasaban los días.

Un domingo, todos quedaron en ir al cine. Todos excepto María, que raramente salía ya de casa a excepción de para hacer la compra, y Laurent, que dijo que no le apetecía. La casa se quedó solitaria y muda hasta la hora de la cena. Ella freía unas patatas y él descorchaba una nueva botella de vino. Se sentaron a la mesa y cenaron, sin dejar escapar ni una sola palabra. Cuando terminaron, María recogió los platos y los fregó mientras que Laurent volvía a dejar la mesa como estaba: un poco menos sucia y un poco más aseada. De repente ella se giró y lo miró. Los dos se fundieron en un largo y cálido beso.

Subieron la escalera a trompicones, sin despegar los labios ni separar las manos del cuerpo del otro. Se dirigieron a la habitación de él. Ella nunca había estado en su habitación: ésta era igual que la suya excepto por la colocación de los muebles. Él cerró la puerta de una patada y los dos cayeron en la cama. Laurent recorría el cuerpo de María suavemente y deslizaba su mano por la espal-

da. Él desabrochó el vestido y ella le quitó la camisa. Se fundieron en uno, desnudos sobre las sábanas, vestidos solamente por el calor frío de la noche. Y se quedaron allí, juntos, hasta que ellos decidieran volver a poner en marcha el reloj de la vida.

Faltaban solo unos días para que ella volviera a España. Era ya final de mes y, aunque Laurent temía perderla para siempre, no le dijo nada. Sobraban las palabras.

Uno de esos últimos días, tal vez el que hacía cuatro o puede que cinco, él la sorprendió llevándola de visita a Versalles. Cuando llegaron, ella se quedó sin palabras.

—Al principio, el palacio de Versalles era un pequeño coto de caza y no fue, posteriormente, hasta que Luis XIV empezó a gobernar, que no se convirtió en un palacio...

—¿Luis XIV? —preguntó ella con curiosidad.

—*Le Roi-Soleil*<sup>3</sup>, —así le llamaban. Fue precisamente él quien desarrolló el absolutismo. Todo el mundo le debía respeto porque de lo contrario...

—De lo contrario... ¿qué? —preguntó ella.

—¡Que le corten la cabeza! —bromeó él, levantando el brazo y gritando.

Pasearon por los jardines y se detuvieron en la alberca de Apolo<sup>4</sup>. Ella continuaba admirada.

---

<sup>3</sup> El Rey Sol

<sup>4</sup> *Le bassin d'Apollon*

–Es preciosa... –dijo ella.

–Para el *Roi-Soleil*, el clasicismo era el arte y el arte era el clasicismo. Este se debía basar en el rigor, el equilibrio y la armonía... Éste, por ejemplo, es el estanque de Apolo –le dijo mientras le señalaba la escultura que emergía del agua–. Tradicionalmente, se ha dicho que representa a Luis XIV.

–¿Por qué? –preguntó ella interesada.

El sonrió y la miró a los ojos.

–Pues no lo sé.

Los dos rieron y volvieron a caminar. De vuelta a casa, ella rodeó aún más a Laurent con sus brazos mientras este conducía. Habían pasado un día inolvidable.

Al cabo de pocos días, llegó el momento de hacer las maletas. María estaba en su habitación recogiendo todo en su pequeña maleta *beige* y procurando no dejarse nada. Vigilar que nada se le escapara de su minucioso control.

De repente, alguien llamó a la puerta: era Laurent. María le dijo que pasara y este lo hizo. Como días atrás, siguió con su costumbre de acariciar el escritorio, mirar el armario, fijar sus ojos en el exterior de la ventana...

–¿Qué es esta vez? –preguntó ella.

–Tú.

Y se dirigió a ella, le dio un beso mientras le acariciaba la cara. Cuando se separaron, silencio.

María volvió a preguntar:

–¿Qué quieres?

–A ti.

Y se dirigió a ella, le dio un beso mientras le acariciaba la cara. Cuando se separaron, silencio.

–No te vayas...

–¿Qué estás diciendo? ¿Cómo no me voy a ir? Mi familia me está esperando... No puedo quedarme aquí para siempre...

–¿Por qué no?

–Porque no... No tengo a nadie...

–Me tienes a mí –le dijo Laurent.

–Y no tengo trabajo, ni lugar donde vivir...

–Vive aquí conmigo... Y hablaremos con mi tío... Él te conseguirá algo... o no trabajes si no quieres, yo lo haré por los dos... –insistía el joven, enamorado de ella.

–No digas tonterías... Debo volver...

–¿Y estas semanas no han sido nada para ti? ¿Y la otra noche no significó nada para ti? ¿Y la noche que nos quedemos dormidos en las estrellas? ¿Quién he sido yo para ti, Marie?

Los dos se quedaron en silencio y, finalmente, él se marchó de la habitación. Esta vez, por mucho que tratara de borrarlas, las lágrimas nacían de sus ojos y recorrían sus mejillas y no pudo hacer nada para disimularlas.

Al día siguiente, María bajó a desayunar. Por lo menos, se podría tomar el café con un poco más de tranquilidad. Allí estaban todos, como de costumbre... todos, excepto Laurent.

–Andrea, ¿has visto a Laurent? –le preguntó María.

–No, esta mañana ya no estaba cuando me he despertado.

Unos minutos más tarde, Pierre llamó a la puerta.

–¿Estás lista, María?

–Pensaba que me iba a llevar Laurent a la estación, con la moto...

–Mi sobrino me llamó ayer para decirme que no le podría llevar, así que he venido a buscarla yo mismo con mi coche...

María se despidió de David, de Andrea y de su marido, Antonio; se sentó en el coche, dejó su pequeña maleta *beige* en sus pies y Pierre puso rumbo a la estación de trenes de París.

Cuando llegaron, Pierre le dio el billete del tren y se despidió de la joven:

–Su tren sale a las doce. Ha sido un placer conocerla –y le extendió la mano.

Faltaban minutos para las doce cuando anunciaron que el tren ya estaba listo para salir. María buscó el andén apropiado y subió al tren. Se sentó y recordó. ¿O prefirió olvidar? Hay cosas que incluso la narradora desconoce de sus personajes.

El tren partió y con él, los buenos momentos que había pasado allí. Le vino a la memoria una frase de no sé qué escritor inglés que su padre repetía de vez en cuando: “era el mejor de los tiempos, era el peor de los tiempos”. Una contradictoria afirmación que resumía su estado de ánimo.

Y, aunque más disimuladas, dejó caer un par de lágrimas más y miró tan lejos como pudo a través de la ventana del tren. París se había ido y pronto o tarde lo haría Francia, y con ella, sus recuerdos. Dejó su pequeña maleta *beige* en el asiento desocupado de su lado mientras buscaba en el bolso un pañuelo para limpiarse la cara. De repente, alguien le preguntó:

– *Il y a quelqu'un dans cette chaise?*<sup>5</sup>

Cuando se giró para contestar y supo quien era, solo pudo decir una cosa:

– Laurent...

– Te quiero y no te iba a dejar marchar... al menos, sin mí.

Y un beso hizo desaparecer las lágrimas que minutos antes dominaban a María.

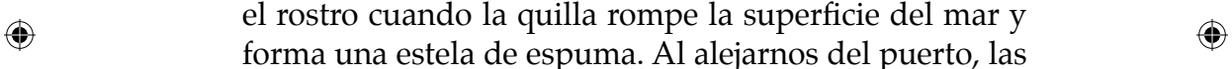
---

<sup>5</sup> ¿Hay alguien en este asiento?



# EL BOTÓN DORADO

*Elena Pérez Pastor*



Siempre que viajo en barco me gusta pasear por cubierta, sentir esas diminutas gotas de agua sobre el rostro cuando la quilla rompe la superficie del mar y forma una estela de espuma. Al alejarnos del puerto, las luces amarillentas de la ciudad se diluyen lentamente en la distancia hasta convertirse en pequeños puntos luminosos. Pronto desaparece todo vestigio de vida, y el aire frío de la noche me obliga a refugiarme en el comedor donde aún quedan algunos viajeros.

El calor del interior me reconforta, y mientras tomo pequeños sorbos de café, miro a través de una ventana. Entonces, la oscuridad del exterior trae a mi memoria un recuerdo: el día en que conocí a Allan.

Era un ser extraño. De mirada triste y melancólica

Siempre he sido muy sensible y lo sigo siendo, es parte de mí misma. Por esta razón, lo que entonces sucedió

me hizo vivir momentos inolvidables que permanecen en mi memoria a pesar del tiempo transcurrido.

Tal vez fuera el aroma que flotaba en el ambiente, o la humedad que se calaba en los huesos. No puedo afirmar con exactitud cómo y por qué ocurrió. Sólo sé que perdura dentro de mí como un sueño del que guardo un profundo y grato recuerdo. Fue durante mi última estancia en Londres.

Una mañana sonó el teléfono. Era Javier Arregui, mi jefe. Me rogó que acudiera a su despacho. Era un hombre de gran estatura, fornido. Sus ojos eran de color ámbar, muy vivaces, y usaba gafas metálicas que le daban una expresión enérgica a su rostro. Me dijo que tenía que volver a Inglaterra. Él sabía que odiaba la niebla y la humedad del país británico, pero eran órdenes del director.

La Junta de Accionistas consideró que yo era la persona más cualificada para solventar los problemas que se habían planteado en la filial. Tenía años de experiencia, suficiente decisión y hablaba con fluidez el idioma.

Me percaté de la llegada a Brighton por los silbidos de la sirena del buque. Los viajeros se agolpaban por la borda de estribor en busca de familiares o amigos que se encontraran en el muelle. La dársena del puerto era un hormiguero de personas que se mezclaban entrelazándose unas con otras, nerviosas y ávidas por descubrir entre los viajeros a sus parientes.

Como en otras ocasiones, Peter me esperaba junto a su viejo Rolls Royce. Había pasado mucho tiempo desde la última vez y advertí que sus sienes empezaban a blan-

quear. Los años transcurridos no le habían restado ni un ápice de su atractivo personal. Él fue mi guía durante todo el tiempo que permanecí en Londres; desde entonces nos unía una sincera amistad. Al verme, se acercó sonriendo.

–*Hello, darling.* ¿Cómo estas?

–Muy bien, Peter. ¿Y tú?

–Ya ves, como siempre, aunque un poco más viejo.

–¡Pero hombre, si estás mejor que nunca! –exclamé efusiva–. ¿Y Jean?

–En casa, peleando con los niños –dijo a la vez que abría la portezuela delantera del automóvil.

Arrancó el coche y poco después bordeábamos las verdes campiñas inglesas. Todo permanecía igual: las mismas casas rurales y el ganado pastando a sus anchas.

No tardamos en divisar a lo lejos la vieja y cosmopolita Londres, con sus maravillosos y vetustos edificios victorianos. Atravesamos el barrio de West End, con sus célebres y viejos teatros; el Puente de Westminster, el Támesis... Nada había cambiado.

Como en otras ocasiones, me alojé en el hotel Ateneum. Lo escogí desde el primer día por su proximidad al centro. La habitación que me asignaron daba a la parte posterior del edificio. Me gustó porque era tranquila y silenciosa, algo difícil de conseguir teniendo en cuenta el tráfico que dominaba la zona.

Tardé casi un mes en solucionar los problemas de la filial. Tuve que reducir gastos, pagar elevadas primas por

despido y reformar varios departamentos. Finalmente, di por terminado mi trabajo y mi estancia en Inglaterra.

Disponía de una tarde libre antes de mi regreso a España y decidí visitar la tumba de mi abuela, que aunque nació en Zaragoza, era de origen inglés. Cuando falleció, dejó bien claro en su testamento su deseo de ser trasladada a Londres y enterrada junto a sus padres.

Peter me esperaba en el hall del hotel. Le rogué que me llevara al cementerio Highgate y me recogiera a la hora del cierre. Eran mediados del mes, y el frío y la humedad se adueñaban de las calles más cercanas al Támesis. El propio río se vestía por unas horas de una espesa capa de niebla, transformándose en pavorosas formas que me recordaban las películas de terror que tanto me impacaron cuando era niña. Drácula, Frankenstein y el Hombre Lobo dejaron en mi espíritu inmaduro una profunda huella. Por ello siempre he rehuido de verme envuelta en cualquier bruma.

Pedí un plano en la ventanilla de información del cementerio. El funcionario, sin dejar su flema de buen británico, me advirtió del escaso tiempo del que disponía antes de que cerraran. Con lápiz rojo marcó el lugar exacto donde estaba ubicado el panteón.

Siempre he tenido la misma sensación al visitar estos lugares: una calma, un silencio sobrecogedor, tan sólo roto por el crujir de los guijarros bajo mis pies, o por el suave silbido del viento sobre las copa de los cipreses. Siento cómo me rodea la inefable presencia, el sordo aleteo de la muerte.



Mientras caminaba, iba dejando atrás panteones y sepulturas de un blanco marmóreo que resaltaban sobre el azul del cielo. Pequeñas fotografías de diversas edades parecían susurrar a mi paso. Era como si me contaran sus orígenes y el tiempo transcurrido desde su muerte: “William Oliver, de tu esposa con amor”; “Débora Milton, de tus hijos que no te olvidan”... Un jarrón triangular con un ramillete de flores pendía de los nichos junto a las imágenes. Linajes que reflejaban su condición humilde y se mezclaban con los más opulentos, donde adornos de negras y gruesas cadenas circundaban las sepulturas, unidas por unos prismas en cada esquina.

El mundo de los muertos era para mí algo irreal, como si entrase en un punto del cosmos donde sólo se podían percibir dos sentidos: el diáfano aroma de los árboles que circundaban el recinto y una tranquilidad fuera de lo común, los cuales siempre me provocaban intensas emociones.

Un cortejo fúnebre pasó cerca de mí. En medio de aquella paz interrumpida por el paso funerario se escuchó el tañido de la campana de una iglesia.

Al fin, llegué al panteón. Abrí con la llave que me había facilitado el funcionario y empujé con fuerza la puerta, la cual fue cediendo lentamente, chirriando sus goznes faltos de aceite. La luz de la tarde inundó la pequeña estancia. En su interior habían tres tumbas adosadas a los laterales; al fondo en el centro, una hornacina de rústica piedra, y sobre ella un pequeño crucifijo. Nada más entrar, el leve taconeo de mis zapatos levantó innumerables nubecillas de polvo en mi entorno.



Al lado de una de las lápidas divisé un jarrón y, al cogerlo, vi que sobresalían unas letras del moteado mármol a pesar de la suciedad que lo cubría. Pasé la mano por encima y apareció el nombre de mi abuela: Elena Muñoz Finney. 1893-1980.

Cogí agua de un grifo y, con un trapo que encontré en un rincón, limpié la tumba lo mejor que pude. Puse el ramo de flores que había comprado en el resto de agua, y lo deposité en el centro de su sepultura.

Un rasgo de mi carácter era el amor a los míos, que permanecía fresco y vivo como el primer día. Para mí no transcurrían los años, y mi afecto por ellos seguía latente. Era mi ofrenda, mi recuerdo a su memoria. Después salí y dije en voz alta:

–Hasta pronto, abuela. Volveré, te lo prometo.

Me alejé, emocionada. Mi cariño por ella no había disminuido con el paso del tiempo. Alcé la vista: el cielo empezaba a oscurecer. Era invierno y por lo tanto, anochecía más pronto, lo que causaba en mi ánimo una cierta melancolía.

A lo lejos se divisaba la puerta de salida. Apresuré el paso y al llegar me llevé una desagradable sorpresa: no había nadie, y la verja estaba cerrada. Intenté abrirla, pero resultó imposible: la cerradura estaba oxidada por la humedad y llena de residuos desgastados del metal. Parecía no haber sido utilizada desde hacía mucho tiempo.

Era evidente que había escogido un camino equivocado. La oscuridad desplazaba a la última luz crepuscular,



y al darme cuenta empecé a ponerme nerviosa. No quería permanecer allí más tiempo de lo preciso. Retrocedí y busqué algún indicio que me guiara hacia el lugar por donde había entrado.

Aligeré el paso y, de pronto, mi pie tropezó con algo que me hizo caer de bruces al suelo. Quedé aturdida unos instantes. Dolorida, me incorporé lentamente. Todo mi cuerpo temblaba por la caída, y mis piernas apenas me tenían en pie. No tuve más remedio que sentarme sobre un pequeño montículo que sobresalía del camino. Imaginé mis rodillas llenas de sangre. Todo el peso del cuerpo había recaído sobre ellas, y me alivió comprobar que tenía poca cosa: unos pequeños rasguños sin importancia y un tacón roto. Con un pañuelo y un poco de saliva limpié la sangre lo mejor pude.

–¡Maldita sea! –exclamé rabiosa– ¡Que me ocurra esto precisamente ahora!

No me acobardaba fácilmente. Siempre me había considerado una mujer con suficiente temple en los momentos difíciles, pero en aquella ocasión no me agradaba lo más mínimo alargar mi visita a un lugar como aquél. No quería reconocer que lo que realmente me sucedía era que tenía miedo, auténtico miedo a quedarme encerrada.

–Ya sé que el empleado me advirtió del poco tiempo del que disponía, pero él es el responsable del cementerio y su obligación es anunciar por los altavoces la hora del cierre para que nadie se quede atrapado –dije en voz baja.

A lo lejos, una débil luz se movía lentamente, vacilante, como si alguien manejara una linterna o un farolillo. Al verla, di un suspiro de alivio. Me incorporé pidiendo socorro; estaba segura de que si había alguien, me ayudaría a salir de allí. De repente, una enorme sombra se interpuso entre la calle donde me hallaba y el débil resplandor de la luz que alumbraba a lo lejos. Un grito de terror salió de mi garganta.

—¿Le puedo ayudar en algo, *madame*? —preguntó una voz varonil. Un hombre alto, vestido de negro y cubierto con una larga capa, me miraba con expresión interrogativa. Todo mi cuerpo temblaba ante su inesperada aparición. Traté de dominar mis nervios y le expliqué lo que me había sucedido.

—Suelo visitar con frecuencia este lugar. —dijo el recién llegado. Aquí están enterrados mis padres y mis dos hermanos. Los empleados del cementerio ya han cerrado las puertas, pero no se preocupe: sé por dónde se puede salir sin dificultades. Si me lo permite la acompañaré hasta la salida— dijo ofreciéndome su brazo.

—Mi amigo Jack la llevará en su coche. No tardará en venir. Todas las noches pasa por la puerta principal.

A pesar del temor que me causaba su presencia, acepté su ofrecimiento. Cuando por fin salimos del aquel tenebroso lugar, me sentí más tranquila. No tardó en oírse a lo lejos el tenue sonido de los cascos de un caballo. Según se acercaba, el trote era más claro hasta que, por una esquina del recinto, apareció un hermoso jaco zaino de fuertes y briosas patas tirando de una berlina.

Era la primera vez que tenía ante mí un vehículo tan antiguo. En una ciudad como Londres, donde imperaba el tráfico rodado, era poco frecuente ver un carruaje de aquellas características. En mi tierra aún existían calesas que recorrían las calles. Solía ser en verano, cuando los turistas las alquilaban para pasear por la ciudad.

El coche se paró ante nosotros. Sobre el pescante, un hombre de edad avanzada, pelo canoso y luenga barba, exclamó al vernos:

–Vaya nohcecita, compañero... ¿Quién es la joven? –preguntó mientras me observaba con ojos pícaros y curiosos.

–Jack, ¿puedes llevar a la señora a donde ella te indique?

–Por supuesto, no faltaría más. Suba, señora. ¿Adónde quiere ir?

–Al hotel Atenehum –respondí con sonrisa apagada.

Nunca había tenido la oportunidad de disfrutar de un paseo en una berlina como aquélla. Era como experimentar la sensación de vivir en otro tiempo.

–¡Esperen, voy con ustedes! –exclamó el extraño.

–¡Arre, caballo! –arengó el viejo al noble animal, saltando chispas en el suelo al chocar sus herraduras contra el adoquinado de la calle.

–Perdone mi descortesía por no presentarme –dijo mientras se acomodaba frente a mí–. Me llamo Allan.

–Y yo Elena –contesté sonriendo.

Habíamos recorrido un pequeño trecho cuando a cierta distancia apareció una figura femenina. El coche amenoró la marcha y Allan miró por la ventanilla. Un rictus de amargura se reflejó en su rostro.

–Es Rosalía. ¡Para el coche, Jack!

–¡Sooo! –gritó el cochero, tirando de las riendas.

Allan bajó del coche y se aproximó rápidamente hacia la joven. Por los gestos de ella, deduje que le comunicaba algo muy importante.

–Madame –dijo Allan acercándose al vehículo–, permítame que le presente a mi hermana. Es una conocida mía –indicó a Rosalía.

–Encantada de conocerla –manifestó cortésmente la recién llegada.

–Igualmente –respondí sorprendida. La joven vestía un traje de falda larga hasta los pies, de color azul claro, formando aguas. Una capa de terciopelo negro ocultaba parte de los rizos de su rubia cabellera, que al moverse se desplazaban de un lado a otro como cascadas de oro. Tuvo cierta dificultad al subir al coche y pensé que debía de llevar varias enaguas, ya que la falda se abultó al sentarse.

Reanudamos la marcha. La luz de las farolas alumbraba lánguidamente las calles que atravesábamos. El ausente tráfico y el eco de las pisadas del caballo retumbaban sobre las paredes de los edificios.

Por fin llegamos a una plaza custodiada por una estatua de un célebre personaje de la ciudad.

–¡Soo Alazán! –gritó el cochero.

Allan y Rosalía bajaron del coche. El rostro de él reflejaba una mezcla de serenidad y profundo abatimiento. Me miró con tristeza y exclamó:

–Mi hermana me ha dicho que nuestro hermano William está muy grave. Lo lamento, pero tengo que irme. No se preocupe, la dejo en buenas manos.

–Espere, por favor. Deje que vaya con ustedes..

–Como guste –asintió–, pero no quisiera que se retrasara por mi causa.

–No importa, no tengo prisa.

–Bien –dijo, dándome la mano para que me apeara.

Con pasos largos y firmes, Allan se dirigió hacia un portal. Subimos por una angosta escalera de altos y desgastados peldaños. Una criada de ajado aspecto nos estaba esperando. La mirada de la vieja reflejaba un oculto recelo hacia mi presencia y Allan, al darse cuenta, le indicó:

–Celeste, atiende y acomode a la señora.

–Sí señor –contestó con gesto de desagrado–. Venga por aquí.

La seguí por un largo pasillo hasta llegar a un pequeño gabinete.

–¿Desea tomar algo? –preguntó con sequedad.

–Un té, si no es mucha molestia.

Su mirada no dejó lugar a las dudas: no le agradaba mi presencia. Giró sobre sí misma y salió de la habitación contoneándose hacia los lados.

Me senté en un diván y mientras les esperaba me fijé que la estancia resultaba fría. Desde allí podía ver con toda claridad la habitación donde Allan y Rosalía habían entrado. Una tímida luz iluminaba parte de la cabecera de una cama.

Se oyeron voces apagadas, casi susurros, como si no quisieran quebrantar el tranquilo reposo del enfermo. No tardó en aparecer la vieja criada, dejando la bandeja con el té sobre la pequeña mesa y desapareciendo tan rápidamente como había entrado.

Durante largo rato, el silencio sepulcral reinó en toda la casa. Bebí unos sorbos de aquella humeante infusión hasta apurar el resto. Allan apareció bajo el dintel de la puerta y, como si el cuerpo no le aguantara su peso, avanzó lentamente hacia mí.

–Mi hermano ha fallecido –dijo con voz quebrada.

–Lo lamento –exclamé afligida.

Abatido, se sentó frente a mí. Movía la cabeza de un lado a otro como si negara algo. Así permaneció un rato; luego se irguió, como queriendo recuperar las fuerzas, y dijo:

–Si no le importa, la acompaño al hotel.

–No se preocupe. Jack puede llevarme.

–Por favor... –rogó, mirándome con amargura en su rostro.



–Como guste –contesté.

Al salir a la plaza nos dirigimos hacia la berlina, pero Jack no estaba en el pescante. Allan se acercó al carruaje y el caballo inquieto desplazó unos metros el vehículo.

–¡Soo, maldito penco! –vociferó Jack desde el interior del coche.

Allan me ayudó a subir. Al sentir su cálida mano en la mía, noté como si un latigazo recorriera todo mi cuerpo. Vacilé unos instantes y él, al darse cuenta de mi titubeo, apretó mi mano con más fuerza para sujetarme. Nos sentamos uno frente al otro. Él apoyó su cabeza sobre el respaldo, cerró los ojos y se dejó llevar por el vaivén del coche.

Según iban pasando los minutos, mi curiosidad iba en aumento. ¿Quién era aquel hombre y qué le sucedía? Hasta entonces había rehuído mirarle abiertamente porque me había fascinado desde el mismo momento en que le conocí, pese a que en un principio mi actitud fuese de rechazo. Su cabello era exiguo, de color castaño, con suaves guedejas cayendo sobre su abultada frente; sus ojos, grandes, de mirada afligida; la nariz recta, un tanto larga, y sus pómulos anchos, en consonancia con sus nítidas sienes. Su figura desprendía romanticismo. Aquel rostro, tranquilo y sereno de inicio, se fue transformando lentamente en otro de profunda amargura y tristeza.

Era natural que estuviera apenado por el fallecimiento de su hermano William, pero aquel abatimiento, aquella expresión de dolor que salía de su interior, era algo mu-



cho más fuerte y aciago. De pronto, me di cuenta de que me miraba fijamente y me alteré, sin poderlo ocultar.

—¿Le ocurre algo, *madame*?

—No, en absoluto. Es que me preguntaba... Perdona si soy indiscreta, pero ¿qué es lo que le atormenta de esa manera?

Sonrió levemente, como si quisiera evadir la respuesta. Se alisó el cabello con la mano y al final dijo:

—Es el pasado lo que no me deja vivir, ni descansar mi espíritu. Trato de olvidarlo, pero siempre está ahí, latente, vivo como el primer día. La prematura muerte de mis padres y de mis hermanos, el amor enfermizo que mi madre adoptiva me profesaba... A veces me siento perdido y muy solo, a pesar de tener el amor y la comprensión de Virginia. Lo llevo aquí, aquí dentro —dijo, señalándose la frente.

—Pero su hermana Rosalía —indicó.

—Sí, mi hermana murió hace años. No pudo soportar la muerte de William. Estaban muy unidos. La tuve que ingresar en un sanatorio, donde falleció poco después.

Callé, perpleja. Hacía pocos minutos que habíamos estado los tres juntos y ahora me decía que había fallecido años atrás. O me estaba volviendo loca, o el loco era él.

Miré el reloj: se hacía tarde y tenía que marcharme. Jack y Allan se empeñaron en llevarme a la estación. No pude rehusar su ofrecimiento. Al despedirme, el viejo cochero se quitó el sombrero y arrancó la pluma blanca que tan orgulloso mostraba.

–Guarde este penacho como recuerdo de este viejo escocés que se ha sentido muy honrado de ser su amigo y poder llevarla en su coche.

–Gracias Jack, lo conservaré siempre –dije dándole un beso.

Muy emocionado por la muestra de cariño, ascendió al pescante de la berlina diciendo con voz cantarina:

–Aquí te espero amigo –exclamó mientras se subía el cuello de su carric. Después encendió su pipa, dando largas chupadas y liberando bocanadas de humo.

La estación Victoria nos dio la bienvenida en un intenso ir y venir de los viajeros. El tren que se dirigía a Brighton llevaba retraso. Me alegré, porque no deseaba separarme de Allan. Mientras esperábamos, le observé jugar con un pequeño objeto que tenía en una mano y al darse cuenta, dijo:

–Es un botón de mi levita. Tenga, guárdelo junto con la pluma de Jack como recuerdo de las horas que hemos pasado juntos.

Complacida, acepté su ofrecimiento. Al arrancar el tren, me asomé a la ventanilla de mi compartimiento. Aún sentía en mis manos su adiós afectuoso. A lo lejos vi a Jack y a Rosalía que, presurosos, se dirigían hacia donde estaba Allan. No dejé de mirarles hasta que los perdí de vista. Entonces me di cuenta de que todo lo que iba dejando atrás era armónico en su conjunto.

Aún era de día cuando subí al barco que me llevaría a España. El viaje iba a ser largo. Como estaba muy cansada cené pronto y me fui a dormir.

Un inoportuno rayo de luz pasó por mi cara, oscilando de un lado a otro hasta que me despertó. Entreabrí un poco los ojos y la claridad del día me obligó a cerrarlos. Supuse que ya estaríamos cerca de España. La luz seguía oscilando y cuando por fin dejó de moverse pude abrirlos de nuevo. Varias personas me miraban con expresión preocupada. Traté de incorporarme, pero un fuerte dolor en el costado me paralizó y, al apoyarme sobre la litera, noté que estaba fría y muy dura. Giré la cabeza para tratar de averiguar qué sucedía. Me levanté asustada al ver que me encontraba sentada sobre una losa de mármol.

–¿Cómo se encuentra, señora? –preguntó un hombre de ajado aspecto.

–¿Y a usted qué le importa? –respondí, malhumorada

–No debe de estar muy mal. Eso es una buena señal. Aún tiene genio para contestar, a pesar de permanecer aquí toda la noche. Creí que estaba muerta.

–¿Qué dice...? ¿Que he estado aquí toda la noche? –exclamé gritando

–Sí, señora –interfirió una joven–. Mi abuelo la ha visto cuando pasaba cerca y ha alertado rápidamente a los empleados.

–La encontré ahí –dijo el anciano, señalando con la mano la tumba–. Por eso he ido a pedir ayuda.

–Tiene razón –ratificaba el empleado del cementerio– Acurrucada como un ovillo.

–¡No... no puede ser, pero si Allan me ayudó a salir de aquí! –dije nerviosa

–Pues mire a su alrededor y se convencerá –aseguraba el empleado.

Eché una ojeada furtiva sin querer admitir la realidad de donde me hallaba, y allí estaba mi bolso y el zapato roto. Cerré con fuerza los ojos; no quería ver, ni saber lo que había sucedido. Esperaba que, cuando de nuevo los abriera, me encontrara en el camarote del barco en el que regresaba a mi país. Me decía a mí misma que era mentira, que estaba soñando, que sólo era una pesadilla, pero no fue así, aquellos seres anodinos seguían mirándome.

En la lápida había una la inscripción que decía:

“Aquí yace el cuerpo del célebre escritor EDGAR ALLAN POE. 1809-1849”.

–¡Es imposible! -dije con voz temblorosa- ¡No puede ser verdad! Pero si he pasado todo el día con él y con su hermana. He sufrido sus angustias y sus penas.

Estaba atónita: no reaccionaba, ni comprendía qué me había sucedido. Peter me cogió del brazo para llevarme hacia su coche. Me contó que estuvo en varias comisarías y hospitales por si había sufrido un accidente al ver que no estaba a la hora que habíamos acordado. Nadie le pudo dar razón sobre mi paradero.

Regresé a España y al alejarme del puerto de Brighton, una tristeza inundó mi corazón: la de pensar que aquellas horas vividas al lado de Allan sólo habían sido producto de mi imaginación.

De nuevo en mi hogar y antes de acostarme ordené los documentos que tenía que entregar a mi jefe. Al día



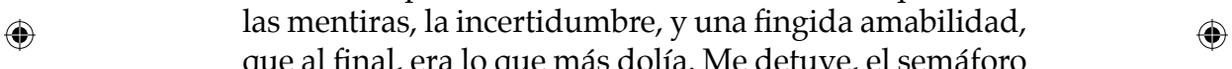
siguiente mientras desayunaba no podía pensar en otra cosa que en lo que me había ocurrido. Necesitaba ropa y saqué mi abrigo de una de las maletas, al tirar de él observé que algo sobresalía. Era una pluma blanca y un botón dorado. Al ver aquello comprendí inmediatamente que tenía razón, que mi vivencia había sido real, y sentí en mi interior una enorme alegría.





# LAS SAETAS DEL RELOJ

*María Ponce Moya*



Iba sola en el coche. Las lágrimas reprimidas durante el día, por fin se atrevieron a salir. Atrás quedaban las mentiras, la incertidumbre, y una fingida amabilidad, que al final, era lo que más dolía. Me detuve, el semáforo estaba en rojo. La gente caminaba distante, mirando al frente. Por un momento me parecieron autómatas de hojalata, ajenos al dolor. Era hora punta, todos regresábamos. Permanecí parada unos momentos. No me importó, sabía lo que me esperaba en casa. Los recuerdos de un tiempo mejor irrumpieron en mi cabeza, pero la rabia se encargó de ocultarlos. Estaba llegando. Aminoré la marcha, no por prudencia sino por alejarme de mi futuro. Empezó a llover. Al salir del coche cogí el viejo paraguas, que esperaba fielmente en la guantera. El agua repique-teaba en el pavimento mojándome las medias. Aquellos zapatos de tacón me harían resbalar, lo sabía. La lluvia me ayudó a entrar en el apartamento. Estaba mojada. Al

abrir la puerta, el aire cargado de su masaje, me hizo retroceder. La casa estaba vacía. Las habitaciones repletas de soledad, me relataban, mudas, miles de secretos que no quería volver a oír. Las fui cerrando una a una.

Después de una ducha caliente me senté en el sofá. Al lado del teléfono dormía una hoja de papel repleta de cifras ininteligibles, era la reserva de un hotel. Concha mi mejor amiga, se había encargado de todo.

–Te vendrá bien, me dijo.

Apenas contesté, me daba igual. Los sonidos que salían de la televisión se perdían en el salón, yo apenas los oía. Constituían el ruido de fondo, que engañoso, me hacía creer que no estaba sola.

La música del móvil me sobresaltó, me había quedado dormida. Era Concha preguntándome si había hecho ya las maletas.

–No me apetece ir, no iré –contesté con firmeza.

–Me lo prometiste, por favor, por favor...

Concha era la persona que estaba pasando junto a mí aquel episodio de mi vida y que había visto hacía meses con claridad, lo que yo me había negado a creer. Me despedí de ella asegurándole que iría, únicamente porque quería dejar de hablar.

El viejo canapé, que habíamos comprado en rebajas hacía años, se transformó aquella noche en una cama improvisada. Me aterraba entrar en la habitación. Miré hacia la pared, observando unas manchas diminutas que

habían salido en un rincón. Era la primera vez que las veía. La llamada me había hecho regresar a la realidad, el sueño tardó en volver.

Al día siguiente somnolienta y con desgana, llené la maleta con lo primero que cogí, tratando de apartar la vista de los estantes vacíos. La lluvia había dado paso al cielo gris. Las nubes iban y venían arrastradas por el viento. No cogí el coche, no me gustaba conducir. Iría en tren, había uno que llegaba hasta allí. No sabía si era una buena idea. Me parecía estar escapando de una realidad que no me gustaba, pero en la cual tendría que acostumbrarme a estar. El tráfico seguía siendo intenso, las calles estaban colapsadas. Los niños poblaban las aceras con sus uniformes y sus mochilas. Algunos padres con sus hijos de la mano corrían presurosos, después de mirar el reloj. La gente abrió los paraguas, empezaba a llover otra vez. Aquello se convirtió en un argumento más para apartarme de aquel tren. Estábamos en otoño. Haría un frío terrible en las montañas.

—¿Sube señorita? Nos vamos —dijo un señor uniformado y con algo en la mano.

Sin apenas darme cuenta me encontré en un vagón casi vacío, rumbo hacia un lugar que no conocía y al que no me apetecía ir.

El baile monótono del tren sobre los raíles hacía que nuestro cuerpo se uniese a ellos, deslizándose hacia un lado u otro, cada vez que las líneas rectas se convertían en curvas. Las gotas de agua mojaban los cristales de las ventanillas, aterrizando con fuerza sobre ellas. No ha-



bía vuelta atrás. Siempre me podía pasar los quince días leyendo. Un anciano dormía tranquilo en el asiento de delante. A su lado, un hombre con un traje impecable intentaba escribir algo sobre un papel. Tenía las manos delgadas, los dedos largos y una manicura perfecta. Las gafas descansaban sobre su nariz sin apenas rozarla. Junto a él se apoyaba una maleta negra, en la que dormía agazapado un portátil. ¿A qué se dedicará? ¿Le estará esperando alguien? ¿En qué estación bajará? De repente sus ojos se apartaron del folio y su mirada se encontró con la mía. Al ser descubierta bajé la cabeza. Él nunca sabía, que si me interesaba por su vida, era porque la mía estaba demasiado maltrecha para querer pensar en ella.

Por fin llegamos, apenas quedaba nadie en el vagón. Cogí mi maleta y traté de seguir el mapa que Concha me había preparado. Los pocos viajeros que habíamos abandonado el tren nos dispersamos por un laberinto de calles empinadas, repletas de olor a humo. Las chimeneas estaban encendidas. Hacía mucho frío. Muy pronto las indicaciones precisas de mi amiga sobraron. A cada paso que daba, el rótulo “Hotel Santa Águeda” decoraba un balcón o se disputaba el sitio con alguna señal de tráfico, que apenas se veía. No había escapatoria.

Era un edificio antiguo construido de madera, perdida entre el cemento. Lo habían renovado hacía poco. Empujé la puerta. Era pequeña, oscura. En recepción una chica menuda tecleaba en un ordenador. A veces levantaba la cabeza para mirar a los huéspedes, mientras sus labios dibujaban una sonrisa aprendida. Cogí la llave y me fui hacia mi habitación. Era la del fondo, alejada del resto.

Cuando atravesé el pasillo algo llamó mi atención, era una chimenea sellada con una pequeña puerta de madera. Junto a ella un radiador parecía haberla sustituido. Al entrar en mi cuarto, me sentí mejor. La novedad me hizo respirar. El suelo estaba cubierto con una alfombra rojiza. En las paredes descansaban varios cuadros, que me quedé mirando. Seguramente no eran grandes obras, pero tenían algo especial. Me gustaban. La lluvia de la ciudad había dado paso al cielo azul y al sol, que caprichoso, se colaba por las ventanas del cuarto. Me tumbé en la cama, cansada y somnolienta, hasta que el atardecer me despertó. De nuevo las pesadillas se entremezclaron con los recuerdos. La realidad, al verla con perspectiva se convertía en ficción, pero el dolor seguía. Cogí la chaqueta y salí a pasear, secándome las lágrimas con la mano. Un viento frío recorrió mi cuerpo, haciéndome tiritar. Agradecí la soledad de aquel momento. Nadie me veía llorar. Al fondo, las montañas me miraban impasibles, respetando mi secreto. De repente en un recodo del camino vi a alguien. Estaba pintando. A medida que me acercaba, la expectación ganaba terreno a los recuerdos. La curiosidad volvía a servir de consejera. Llevaba un blusón negro, manchado con pintura roja. En la cabeza una pequeña boina le protegía del frío.

–Buenas tardes. ¿Disfrutando del paseo?

–Sí, la vista es increíble. ¿Puedo ver su cuadro?

–Claro, claro, pero todavía no está terminado.

Me aproximé buscando encontrar sobre el lienzo una muestra del paisaje que tenía delante, pero lo único que

reconocí fueron las montañas. Había una arboleda inventada, un río caudaloso que no existía y un pueblo reducido a la mitad. Tenía imaginación, no había duda. Era un hombre joven, muy delgado y alto. En su cara, muy pálida, resaltaban unos ojos hundidos, tristes. Sobre los labios aparecía un bigote negro, muy estrecho, de moda en otro tiempo.

–Vivo allá arriba, en la casa del porche verde –dijo señalando con el dedo una pequeña vivienda del pueblo. ¿Usted está en Santa Águeda verdad?

–Sí, espero quedarme quince días, pero ya veremos.

–¿Le gusta? –me dijo casi en un susurro, mostrándome un pequeño reloj de bolsillo.

–Sí, parece muy antiguo –respondí por educación.

–Un amigo me dijo un día que era la llave de un tesoro. Tome, es suyo.

–No no, ni pensarlo.

–Sí acéptelo, por favor, piense que es un regalo de bienvenida. Sólo le pido algo a cambio. Si un día encuentra el tesoro, procure que lo sepa todo el mundo.

Aquellas palabras enigmáticas me pusieron en guardia. Había algo extraño en aquel hombre. Su frialdad, su melancolía, su distancia, me hicieron percibir que no era yo la dueña de la tristeza de aquel momento.

– No puedo aceptar una joya así. Muchas gracias, no puedo.

–No se preocupe, es sólo bisutería.



En aquel momento oí la voz de una pareja de huéspedes recordándome que iban a empezar a servir la cena. Me entretuve hablando con ellos unos minutos. Cuando volví la cabeza, él ya no estaba. En el suelo casi oculto por la niebla yacía el pequeño objeto, fruto de nuestra discusión. Lo cogí. No funcionaba. Las agujas marcaban las dos. Tenía una esfera blanca, algo ennegrecida. Lo agité con la mano. Nada, seguía parado.

Me senté sola en el comedor jugueteando con mi regalo, mientras un grupo de jubilados, que había llegado al mismo tiempo que yo, se distribuía por el resto del salón.

–¡Tenga cuidado con esa joya! –me dijo un señor del grupo, señalando el reloj.

Era grueso, no muy alto. Tenía una extensa calva, disimulada por varios mechones de pelo, que pasaban de un lado a otro de la cabeza. En el pecho sobresalía una corbata repleta de círculos de colores, sobre un fondo azul eléctrico. Sus dedos cortos y regordetes estaban adornados con dos anillos, que difícilmente se podría volver a sacar.

–No se preocupe, es una simple baratija. Además, mire, no funciona –dije sin prestar atención.

–He sido relojero toda mi vida –continuó acercándose y sacando una lupa del bolsillo–. Le aseguro que es una pieza de mucho valor. El mecanismo en este caso no importa, ni siquiera el oro que lo recubre es significativo. Lo primordial aquí es el diamante que une las dos saetas. Sé muy bien lo que digo. Es valiosísimo.



En aquel momento el hombre haciendo uso de su oficio, abrió las dos piezas que componían el reloj y que según me dijo, se habían atascado. En su interior aparecía un nombre grabado: Ernesto Pitarch.

–No se puede quejar de su herencia señorita. Si algún día quiere venderlo, ya sabe –susurró, sacando una tarjeta del interior de una pequeña cartera. Ahora es mi hijo quien lleva el negocio, pero usted trataría conmigo. Sabe que no la iba a engañar.

Sentada en la cama de mi habitación intentaba encontrarle sentido a todo aquello. ¿Quién sería aquel hombre? Quizás un pintor excéntrico, que cansado de su fortuna, la iría repartiendo entre mujeres desconocidas o tal vez un ladrón, que acosado por la policía, habría necesitado desprenderse del botín. Tengo que buscar a su dueño y devolvérselo. No me lo puedo quedar. Aquella noche mis recuerdos lucharon por seguir siendo los reyes de las pesadillas, pero Ernesto se impuso, ganando la contienda.

Llegué a la casa del porche verde jadeando. Ésta estaba casi en la cima de la colina, en la cual se asentaba el pueblo. El olor a pino y a eucalipto me acompañaron gran parte del camino. Las casas de tejados bajos, parecían guardar el hechizo de siglos atrás.

–Buenos días –dije golpeando con los nudillos la puerta entreabierta.

–Hola –respondió un joven abriéndola del todo, mientras se secaba las manos con un delantal amarillo, que llevaba encima de los tejanos.

–Hola, soy Marta Gómez, me gustaría ver a Ernesto Pitarch.

– Aquí no vive nadie con ese nombre.

–¿No? Me dijo que ésta era su casa.

–Te aseguro que no. Mi familia ha vivido aquí toda la vida.

–¿Sabes dónde puedo localizarlo?, es importante –dije con insistencia.

–Ni idea, desde luego en el pueblo no. Quizás en el hotel.

–No, vengo de allí.

–¿Ramón, quién es? –preguntó una señora adentrada en años, abriendo las cortinas de una de las ventanas.

–Es una chica que pregunta por Ernesto Pitarch. ¿Conoces a alguien que se llame así abuela?

–No, aquí no –respondió, mientras le quitaba una hoja seca a uno de los geranios que tenía apoyados en la reja.

–¿Saben a quién pertenece este reloj? –dije, sacándolo de mi bolsillo.

En aquel momento se oyó un golpe seco acompañado de un suspiro, el chico entró rápidamente en su casa, yo le seguí por inercia. En el suelo yacía la anciana, pálida y sin apenas moverse. Era una mujer corpulenta, muy gruesa. Le ayudé a subirla al sofá, pesaba mucho. Los ojos de la mujer se abrieron, mientras unas gotitas de sudor frío le llenaban la frente.

–¿Abuela, qué te ha pasado? –preguntó el muchacho acariciándole la cara–. ¿Quieres una manzanilla?

–Sí hijo, pero tráeme también la bolsa de magdalenas que me reponga –dijo prácticamente restablecida, en tono lastimero.

–¿Quieres algo Marta? ¿Un café con leche caliente? –preguntó mientras andaba hacia la cocina–. Te quitará el frío.

–Pues... muchas gracias.

–¿Hija de dónde has sacado ese reloj? –preguntó, acariciándolo.

Su voz era temblorosa, sus manos buscaban las mías. Su rostro, en el cual las arrugas habían dibujado una vida, veía a través de mí un pasado, que yo trataba de entender.

–Ayer durante un paseo vi a un chico pintando un cuadro, me acerqué a él, hablamos durante unos minutos y después por increíble que parezca, me lo dio. Quisiera devolvérselo.

–Hija mía –siguió mientras me sujetaba de la muñeca– lo que me dices es imposible. Ese objeto no pertenece a este mundo, debería estar en una tumba.

–Abuela no asustes a la chica –era la voz de Ramón, que desde la cocina no se perdía detalle.

– No la entiendo. Cuénteme qué quiere decir. ¿Sabe algo del dueño?

–Es una triste historia hija, que no esperaba volver a recordar, pero si tienes la llave es por algo. Creo que de-

bes conocerla. Es la primera vez que la cuento y, por caprichos del destino, será una desconocida quien la oiga.

–Yo también estoy aquí –dijo el muchacho, que venía cargado con dos tazones humeantes de café con leche y una taza de manzanilla.

–Las magdalenas hijo, que siempre se te olvidan. Mi Ramón es muy bueno –siguió, dirigiéndose a mí–, pero desde que vive conmigo y cocina él, estoy muerta de hambre. Yo me hacía unos buenos caldos con tocino y chorizo, de éstos, que sale un caldo que se puede cortar, pero ahora sólo comemos “verdines”.

–Julia que te oigo –dijo entrando en el salón con un plato repleto de pastas–. Sigue contando la historia del reloj y deja de renegar.

Hace muchos años en la posguerra, el hotel Santa Águeda fue un sanatorio para gente que tenía tuberculosis –empezó, al tiempo que cogía una magdalena y se la mojaba en la manzanilla–. Aquí con el aire de las montañas y el descanso mejoraban. Entonces no había tantos medicamentos como ahora. Venían de toda España, la mayoría con dinero. Los pobres no nos lo podíamos pagar. Entre los enfermos había un chico de unos veinte años, se llamaba Ernesto y creo que era de Valencia. Se pasaba el día con su caballete, pintando las montañas. Algunos de los cuadros que hay en el hotel los pinto él. Estaba muy enfermo. Varias veces don Ramiro, el médico que venía tres veces por semana, escribió a sus padres porque creyó que era el final. En aquella época llegó al sanatorio un chico francés, Alphonse. Era

un muchacho alto y bien parecido. Tenía el pelo rubio y dos hoyuelos en las mejillas cuando sonreía, me acuerdo como si lo estuviera viendo. Los dos se hicieron inseparables. Siempre estaban juntos, donde iba el uno iba el otro. Ernesto pareció revivir. Yo que por entonces era una chiquilla con buenas fuerzas y muchas necesidades, ayudaba a sor Nicolasa, la monja que mandaba en el hospital, en todo lo que precisaba. Hacía la comida, limpiaba el suelo, lavaba a los enfermos, y cuando hacía falta hasta los amortajaba. Una noche de invierno, no me acuerdo por qué, sor Nicolasa entró en el pabellón de los hombres y vio que Ernesto y Alphonse estaban juntos en la cama. Imaginaos el escándalo en aquellos tiempos. Rápidamente vino don Inocencio, el cura que estaba a cargo del sanatorio y, de común acuerdo llamaron a las familias para que se los llevaran. Al llegar los padres, al parecer con dinero, pusieron bastantes billetes sobre la mesa y el asunto se tapó, ya sabéis como son esas cosas. Sor Nicolasa sacó a Alphonse del pabellón y lo puso en una habitación aislada, que había en el fondo del corredor. Creía que al ser francés, era él quien había tenido la culpa. El muchacho se pasaba las noches llorando, pero allí siguió. Unos días después y en secreto, empezaron a escribirse cartas. Yo les ayudaba, pasándolas del uno al otro. Era la mensajera y bien orgullosa que estaba de serlo, una porque los apreciaba y otra porque me daban siempre una propinilla, que me venía muy bien. Pero sor Nicolasa, que parecía un halcón, me vio con una de ellas en la mano. Yo traté de tragármela, pero ella me la sacó de la boca, después de darme un bofetón. Cuando la leyó, me llevó hasta la capilla y me hizo jurar delante de

Santa Águeda que aquello se había terminado. Me dijo que los que ayudaban a pecar, eran los primeros que ardían en el infierno. Yo lo juré por miedo a ser despedida, no por ganas. Pero los muchachos, ingeniosos y enamorados, buscaron otra forma de comunicarse. Ernesto tenía una caja de madera, que siempre llevaba con él. En ella guardaba el dinero y sus papeles. La cerradura era una hendidura, la cual sólo se podía abrir con el borde de un reloj, el suyo. Una noche después de asegurarse de que sor Nicolasa dormía, abrió la pequeña puerta de una chimenea, que como hacía humo estaba sellada, y escondió allí la caja, con varias cartas dentro. De nuevo volví a ser la mensajera, esta vez asegurándome de que no iba a condenarme por ello. Le pregunté a don Inocencio si llevar un reloj de un lado a otro era pecado, el hombre me dijo que no, y me alegré. Así pues, yo les pasaba la llave y ellos dejaban las cartas. La felicidad se leyó en sus caras durante un tiempo. Pero aquello no duró mucho. Ernesto murió poco después. Recuerdo que mientras lo enterrábamos, Alphonse se abrió paso entre la gente y echó el reloj de su amigo encima del ataúd. Unos meses más tarde éste empeoró y también nos dejó. Yo creo que no fue por la enfermedad, sino por la tristeza. Sus padres vinieron para llevárselo a Francia, pero en el bolsillo de su pantalón encontraron una nota pidiendo ser enterrado aquí, en el pueblo. Fue una tragedia, como muchas otras.

Ésta es toda la historia –dijo con un suspiro–. Si el reloj ha salido a la luz, debe ser por algo –terminó, mientras seguía sujetándome la muñeca con la mano.

–Abuela, debe haber cientos de relojes iguales, no exa-  
geres. ¡Vas a asustarla!

Abracé a Julia agradeciéndole aquellas horas. Sin quererlo nos habíamos convertido en dos mujeres muy próximas, que por unos momentos compartían un mismo objetivo, con decenas de años de diferencia.

–Te diría que olvidaras lo que ha dicho mi abuela, pero sé que no me ibas a hacer caso –dijo Ramón, acompañándome a la puerta–. Vuelve por aquí.

–Ya te contaré –respondí, mientras me despedía de él con dos besos.

El camino hacia el hotel se me hizo interminable. Corrí la mayor parte del tiempo, cuando ya no podía más, me paraba y disminuía la marcha. El corazón me latía con fuerza. La adrenalina llenaba mis arterias. El grupo de jubilados estaba paseando. Sin embargo, apenas me di cuenta. Iba deprisa. El relojero quiso entablar conversación, pero yo no le dejé, fingiendo un fuerte dolor de cabeza. La chica de la entrada me llamó, diciéndome que tenía un mensaje de Concha García. Pasé de largo, con un simple gracias. Por fin llegué. Me detuve al principio del corredor. Cogí fuerzas, necesitaba respirar. Me sequé el sudor que me empapaba la frente. De repente sentí miedo. Un temor extraño a que lo que esperaba encontrar, hubiese desaparecido con las reformas. Anduve despacio, intentando retrasar lo más posible el desenlace. En aquel momento miré la pared, había un cuadro que me resultó familiar. Era el que había visto la tarde anterior en el caballete de aquel hombre, estaba segura, sólo que



éste estaba terminado. Observé la firma. Ernesto. Abrí de par en par los ojos, mientras que un calor intenso me recorría el cuerpo. La razón se perdía en un laberinto de sombras forjado por mi imaginación. Continué andando. Los pasos se hacían cada vez más cortos, mientras seguía sin perder de vista la chimenea tapiada. Por fin estaba allí. Busqué algo con lo que poder abrirla. De repente oí que alguien se aproximaba. Fui hasta la puerta de mi habitación, tratando de disimular. Aguanté la respiración. No quería ser descubierta. La tensión hizo que el bolso se me cayera, y todo lo que había en él rodó por el suelo.

—¿No encuentra la llave Señorita Gómez? —era el encargado del hotel, un hombre musculoso y con una cortesía de libro.

—Sí, sí, no se preocupe —dije tartamudeando. Sin yo quererlo, me ayudó a recoger uno a uno todos los objetos, mientras que yo le decía con insistencia, que no hacía falta.

Por fin se fue. Entré en la habitación, suplicando que llegase la noche. Habría menos peligro. Por un momento sentí una pequeña parte de su incertidumbre. Les veía inquietos, agitados, esperando recorrer el largo camino de diez pasos, que les conducía a su objetivo. Intentaba encontrar el momento de salir. Los jubilados siguieron por el hotel hasta altas horas. La inquietud aumentaba. Agazapada y protegida por la oscuridad abrí por fin la puerta de mi cuarto y llegué sin dar la luz, hasta la chimenea. Unos pequeños farolillos de emergencia facilitaron mi búsqueda. No había ningún ruido. Sólo el





lejano aullido de algún perro quebrantaba el silencio de la noche. Provista de una lima, intenté abrir la tabla de madera. Se resistió. No era cuestión de fuerza. Quizás el barniz la habría pegado a la pared. Mi corazón latía de prisa. Tenía que abrirla. Mis uñas se rompieron en un intento desesperado de averiguar la verdad. Por fin cedió. Todo estaba negro. Un olor a humedad se mezcló con una nube de polvo. Miré hacia un lado. Estaba allí. Oculta detrás de piedras, adobes y hierros viejos. Cuando la cogí, la rodeé con mis brazos, tratando de abrazar la única cosa que quedaba de ellos. La emoción no me dejaba respirar, las piernas temblorosas, se negaban a empezar a andar. Ya en mi habitación, leí una por una las cartas. Sobre el papel amarillento, unos trazos firmes y seguros se desdibujaban, presas del tiempo y la humedad. Las lágrimas caían. El nerviosismo pasó, dando paso a una calma triste. Las releí muchas veces, hasta que al final se quedaron grabadas en mi memoria como amuletos, que llevaría durante toda la vida. Los años que tenían aquellas frases desaparecieron.

Unos meses después las librerías se llenaron con sus palabras, haciéndolas libres.

# NEREIDA

*Rosario Leal Salcedo*

*“Hoy, como tantas otras veces, me encuentro aquí, dejándome acariciar por ti, sintiendo tu latir en mí, escuchando tu voz, rumorosa y profunda. ¡Son tantas y tan intensas las vivencias compartidas!*

*Tus sonidos fueron los primeros que llegaron a mí a través de las paredes enjalbegadas de aquella ancestral barraca, en donde mis ojos se abrieron al mundo con curiosa mirada. Fue tu aliento fresco y húmedo el primero también que besó mis mejillas; y junto a ti, intenté alzarme a la vida con mis incipientes pasos.*

*Poco después me adentré en tus inmensidades, supe de tus iras desbordadas, de tus pasiones ilimitadas y comenzó a aflorar en mí este profundo sentir, que me ha impulsado a amarte, apasionada, intensamente, durante toda mi vida.*

*Y ahora mismo estoy aquí, de nuevo fusionada en un todo contigo... y no quiero abrir mis ojos, tan solo sentirme en ti una vez más”.*

.....

–Vaya, ¡hemos llegado a tiempo! Tranquila, señora, ahora la ayudaremos –la voz parecía surgir del infinito.

–¡Cuidado, no te arrimes tanto!. ¡A ver si volcamos nosotros también! –una nueva voz se unía a la anterior.

–No te preocupes, que ya soy gato viejo –replicó el primero.

Lucía no se apercibió casi de las maniobras de rescate. De pronto se sintió zarandeada, izada y arrastrada al fondo de aquella barcaza. Si no hubiera sido porque una extrema debilidad se iba apoderando de ella, se habría resistido, pero le era imposible; cerró los ojos.

–¿Cómo se le habrá ocurrido adentrarse en la mar una mujer sola y con este temporal de levante?

El fragor del trueno amortiguó la respuesta, si es que la hubo, pero a Lucía aquella reflexión le resultó hiriente. ¿Qué podía saber nadie de sus motivaciones, de sus sinrazones?

Aquellas voces volvieron a retumbar en sus oídos, como un tropel de caballos desbocados.

–Creía que no lo conseguáis.

–No ha sido fácil, con lo bravo que está el mar.

–Basta de conversa y ayudarme a subirla, que aunque es algo pequeñaja, pesa lo suyo –apostilló un tercero, con voz correosa y quebrada.

Nuevamente experimentó en su fuero interno la sensación de ser menospreciada y maltratada por la rudeza de aquellos hombres, que la llevaron hasta un camarote, dejándola, sin demasiadas consideraciones, sobre la desvencijada litera. Ahora sí, abrió los ojos cansinamente, e intentó abarcar en una mirada cuanto le rodeaba.

Una luz mortecina pendía del techo, proyectando fantasmagóricas sombras sobre las paredes desteñidas, y a tramos, cubiertas por viejas fotografías de familia, o manoseadas portadas de revistas y almanaques, que lucían atractivos retratos de mujeres desnudas, en poses voluptuosas. Por un momento se sintió incomoda. No deseaba estar en aquella estancia, ni en aquel lugar, tan solo que la dejaran regresar junto a su amado. Intentó incorporarse, pero la cabeza parecía pesarle enormemente y una gran laxitud la invadió de nuevo.

–Tome esto. Le irá bien.

Aquel hombre, de rostro curtido y manos quebradas por el rudo trabajo, le acercó a los labios un pocillo de porcelana medio desconchado, al tiempo que trataba de incorporarla y le ayudaba a sostenerse. Casi la obligó a tragar aquel líquido, de una tonalidad dorada oscura, que expelía un olor agradable, a viejas maderas. La primera sensación que percibió fue de un extraño cosquilleo en la garganta, la segunda como si un volcán descendiera



por su cuerpo, invadiéndolo con sus lenguas de fuego. El pulso pareció desbocarse y las sienes le martillaron aún más por unos instantes. Después todo pareció recuperar su normalidad y sintió un gratificante bienestar. Se dejó caer blandamente y volvió a cerrar los ojos; tan solo quería ahora descansar, descansar de todo y de todos.

—¿Cómo se encuentra? Tiene un buen chichón y está empapada hasta los huesos, pero nada más. Ya puede dar gracias. Ha tenido suerte que la hemos avistado de casualidad. Bueno..., aquí le dejo una toalla y un poco de ropa para que se cambie. Le vendrá grande pero al menos está seca. ¿Necesita algo más...?

Lucía hizo un leve movimiento negativo con la cabeza. No se encontraba con fuerzas para hablar, ni con ganas de hacerlo.

—No tardaremos en llegar a puerto. Ya hemos dado aviso para que la recojan; pero si quiere comunicarse con alguien..., desde aquí puede hacerlo.

Quiso responder, pero la palabra se quedó contenida.

El hombre se marchó cerrando la puerta tras de sí; lo agradeció. En estos momentos ansiaba la soledad, que tantas veces la había abrumado en los últimos tiempos. Un agradable sopor la invadía.

Le parecía ver resurgir escenas casi olvidadas, sentimientos acallados, sueños amordazados; como si toda su vida quedara reflejada en un gran caleidoscopio.

Se veía a sí misma, junto a sus padres, apoyada en la barandilla de un gran trasatlántico, observando la este-



la del mar que la alejaba de su mundo para adentrarla en otro, desconocido y lejano. Un mundo nuevo que fue descubriendo a fuerza de silencios y nostalgias reprimidas, y que la mantuvo distanciada de su amado. Aunque, con el devenir del tiempo, al fin pudieron reencontrarse y entonces rebrotó aquella pasión, tanto tiempo contenida, con una fuerza desbocada, arrolladora.

–Vira un cuarto a estribor –la voz llegaba metálica desde la cabina de mando.

Lucía esbozó una sonrisa. Le parecía estar escuchando a Miguel, cuando la inició en las artes de la navegación. Lo había conocido a los pocos años de su regreso a España, en su primer viaje a Ibiza. La acompañaba en la travesía una amiga y como no les apetecía pasarse la noche en el camarote, decidieron dar un paseo por cubierta. La luna jugueteaba entre espejos, mientras una fresca brisa, salobre, agitaba sus cabellos. Se encontraba ensimismada, admirando las constelaciones que jalonaban el firmamento, sin prestar mayor atención a la cháchara de su amiga cuando, una voz cálida y firme la hizo volverse. Allí estaba él, con su recién estrenado uniforme de oficial; alto, bien plantado y con unos ojos azules, de mirar profundo, en los que le parecía poder sumergirse. Así que fue un auténtico flechazo, que desembocó en boda a los pocos meses. Sus padres transigieron a regañadientes, por aquello del estereotipo: “marinero, en cada puerto un amor”. No se esforzó en convencerles de lo contrario, por encima de todo había un vínculo entre Miguel y ella que los unía estrechamente: su pasión por el mar. De ahí, que los primeros ahorros los destinaran a comprarse un





pequeño velero de segunda mano y en cuanto disponían de algún día libre, o en vacaciones, partían con él desde primera hora de la mañana hasta casi entrada la noche, tras una jornada en la que habían disfrutado practicando sus aficiones preferidas: el submarinismo, la pesca y sobre todo el navegar, surcando aquella inmensidad azul con todo el velamen desplegado, sintiendo la humedad de las olas y los rayos ardientes del sol sobre sus cuerpos.

–¡Vamos chico, recoge esas jarcias! –nuevamente resonó por todo el barco aquella voz ronca y grave.

Intentó incorporarse, pero lo logró solo a medias. Sentía la misma sensación que de niña, cuando se subía a la vieja calesita de la plaza. Apoyó la cabeza con desgana sobre la desconchada pared, al tiempo que un escalofrío recorría su cuerpo.

Los recuerdos se entrelazaban, traviosos, de un lado a otro de la estancia y parecían querer jugar con ella.

Desde los comienzos de su vida en común, Lucía conservó su propia parcela de autonomía en el campo profesional, tal vez ello la ayudó a sobrellevar mejor las ausencias y a disfrutar plenamente los tiempos compartidos. ¡Miguel y ella habían vivido tan intensamente los momentos buenos, las horas bajas, los deseos frustrados, los sueños realizados!, que casi no se apercibieron de que los años iban marcando su ritmo, inexorables. Y a su paso llegaban también, inevitables, la monotonía de lo cotidiano, el tedio, la apatía, los silencios prolongados.



De nuevo le pareció verse, reflejada así misma, en el pequeño y deslucido espejo de su vida. Sentada en el borde de la cama, con el teléfono todavía entre las manos y escuchando aquella voz que le martilleaba en el cerebro, comunicándole que su marido había sufrido un grave accidente de coche, a la altura de Arganda, cuando a esas horas su barco debía estar dirigiéndose rumbo a Las Palmas. Se encontraba ingresado en un hospital de Madrid; el pronóstico era de extrema gravedad; su acompañante, una mujer joven de la que rehusó conocer más datos, había fallecido.



Después llegaron los largos meses de estancia en la clínica, en los que el tiempo parecía haberse detenido y las esperas se hacían interminables. En el viaje de regreso a Valencia fue cuando sintió todo el peso de aquella soledad que la atenazaba, y al entrar en su casa se agudizó aún más aquel gran vacío. Parecía como si todas las paredes estuvieran desnudas y una oquedad sustituyera a las ventanas; la nada la envolvía. Tan solo le quedaba aquella pequeña urna, que sostenían sus trémulas manos.

El último cuadro quedó impreso sobre el ojo de buey. Su viejo velero, que todavía conservaban en el amarre, junto al nuevo de última tecnología que habían comprado el verano anterior, fue el elegido para emprender aquel viaje sin retorno. Sabía que este era el deseo de Miguel.

Empezaba a clarear cuando llegó al embarcadero. El cielo estaba cubierto y negros nubarrones comenzaban a dibujarse por el horizonte; se presagiaba el temporal,



pero no le importaba. Una vez más, como tantas otras, se adentró en su mar, pero esta vez era consciente de que iban a enfrentarse en una batalla desigual.

Las olas comenzaron a encrespase, mientras los primeros relámpagos rasgaban el oscurecido firmamento. Lucía asió con firmeza el timón, mientras seguía el rumbo que marcaba la bitácora. Arreciaba el viento y la lluvia comenzó a caer con fuerza.

Cuando llegó al lugar elegido se encontraba ya empapada, pero ni se apercibió de esa circunstancia. Tan solo sentía que estaban otra vez juntos, Miguel, ella y su mar. Intentó coger la pequeña urna que había asegurado a la caña y fue en ese momento cuando un golpe del oleaje hizo virar bruscamente la vieja embarcación y la botavara se partió en dos, alcanzándola. Después la oscuridad se acentuó a su alrededor.

–¡Sujeta bien ese cabo! –la frase, seguida de una grosera interjección, pareció resonar por todas partes, martilleando su confuso cerebro.

Lucía consiguió incorporarse, una extraña opresión atenazaba su reseca garganta. Los espejos del caleidoscopio semejaban querer atravesar su retina, mientras la luz del techo oscilaba incansable.

–¿Pero qué hace esa mujer?, ¿está loca? ¡Dios Santo!  
¡Nooooo...!

Un silencio opresivo lo envolvió todo.

.....

El patrón del barco permanecía junto a la borda, con la mirada perdida y las manos hundidas en los bolsillos del raído anorak. Allá en la lejanía se divisaba el faro del puerto y la silueta de una patrullera que se dirigía hacia ellos.

—¿No apreció nada extraño en ella?, ¿no les dijo ni tan siquiera su nombre?

El viejo marino negó con la cabeza, no se encontraba con ánimo de hablar.

.....

*¡Por fin contigo y en ti! ¡Llévame hasta tus profundidades!  
¡Hazme por siempre ya tuya, mi bien amado...! ¡MI MAR...!*



# UN CORAZÓN EN CADA ORILLA

*Teresa Rubira Loren*

*Ante limpias miradas, nada importa  
si nació un corazón en cada orilla.*

Después de comprobar el profundo sueño en el que se hallaban sumidos, entorné la puerta de su habitación y volví a la biblioteca intentando retomar la lectura, pero ya no me fue posible, ¡se agolpaban tantas cosas en mi cabeza!...

Habían pasado cuatro años desde que lo vimos por primera vez. Era un cinco de julio y hacía mucho calor. Yo acababa de llegar a casa bastante cansada, y tras dejar las llaves encima de la mesita, me senté para recoger las llamadas del contestador.

—Teresa, soy Laura. Os esperamos esta tarde en la torre, a eso de las seis. Han llegado ya.

Noté cómo mi corazón se aceleraba. Cuando entregamos la petición, ni siquiera sabíamos si podría hacerse realidad. Era un sueño demasiado sujeto a las circunstancias y sin embargo... se estaba cumpliendo.

Di vueltas por la casa, comprobé que todo estaba en su sitio y preparado para la llegada. No disponíamos de

mucho espacio, pero mi madre me demostró siempre que no es cuestión de metros, sino de buena voluntad.

Varias dudas asaltaban mi cabeza y entre ellas, saber cómo sería su adaptación y la de toda la familia. No habíamos dispuesto de demasiado tiempo para hacernos a la idea, ni para planificar bien los pros y los contras de la nueva situación, pero de una cosa sí estaba segura: todos lo deseábamos.

Preparé la comida y esperé a que llegaran como cada día. Mi marido acostumbraba a recoger a la niña del colegio y venían juntos. Nada más escuchar el ruido de la llave en la cerradura, salí a su encuentro. Les di la noticia y sus rostros se transformaron. A continuación, muchas preguntas, muchos planes, mucho nerviosismo.

A la hora convenida, salimos de casa con una mezcla de ilusión y ansiedad, a partes iguales.

La torre era una casa rural grande y bien cuidada. Rodeada de terreno cultivable, se resguardaba bajo enormes pinos y aromas propios de campo recién regado. Pertene-cía a una familia con la que habíamos llegado a hacer una cierta amistad cuando contactamos con la Asociación, así que nos recibieron con la amabilidad acostumbrada.

—Ya han venido casi todos los padres a recoger a los suyos. Pasad, os presentaremos al vuestro.

De la mano de una de las hijas de la casa, apareció él. Creo que jamás olvidaré aquellos hermosos ojos negros, reflejando todo el cansancio del viaje y la inquietud por lo desconocido. Iba vestido con ropas viejas y zapatillas



llenas de agujeros. Colgada de la cintura, una pequeña y desgastada bolsa, era todo su equipaje.

Nos acercamos con la sonrisa abierta y las manos extendidas. Lo apreté contra mi pecho, y sentí latir con fuerza el corazón de madre. Era la misma fuerza que noté años atrás cuando nació mi hija, y el mismo corazón que abría puertas para recibir a una nueva vida, aunque esta vez no fuera fruto de mi vientre .

Él se dejó abrazar vencido y agotado. Durante el camino de regreso, durmió como un angelito de siete años, apoyado en nuestros hombros, y no despertó hasta pasadas doce horas.

Cuando los primeros rayos del sol comenzaban a colarse por las rendijas de la persiana, abrió los ojos y nos miró extrañado. Extendió su manita buscando la bolsa raída y nos entregó un pequeño paquete que contenía algunos collares hechos por su madre, unos anillos de madera pintada, y una carta: “Por favor, cuiden mucho de Nafi, no lo dejen salir solo, y tengan en cuenta que no sabe nadar... Khadiyatú”. Después, sacó unas fotos ya arrugadas en las que a duras penas se distinguía su familia, y nos las mostró.

Lo aseamos, le pusimos ropa limpia y tratamos de comunicarnos con él como mejor supimos. El desconocimiento del idioma por ambas partes no facilitó las cosas, pero yo pensaba que el lenguaje de las madres era igual en cualquier parte del mundo, y lo utilicé a fondo.

Los días siguientes transcurrieron con algunas dificultades –normales en estos periodos de adaptación– que



se subsanaban siempre a base de cariño. Fue una etapa de grandes descubrimientos para él: el agua saliendo de los grifos o adornando las fuentes, la luz que se encendía apretando un botón, o la aventura de subir y bajar en los ascensores del bloque de viviendas. Todo le resultaba nuevo, y a veces mágico.

Especial emoción le producían las excursiones a la playa. Su desierto, también tenía grandes extensiones, pero eran de arena, ¡mucha arena!. Abrazaba el agua, se zambullía, se adentraba sin cuidado y... reía, por primera vez reía, y nosotros reíamos con él.

Yo me sentía dichosa de ver la facilidad con la que mi familia había acogido al nuevo miembro. Y, como padres, orgullosos los dos de la capacidad que demostró nuestra hija para compartir sus cosas con el recién llegado al que consideraría hermano para siempre. “Ante limpias miradas, nada importa...”

Cada noche, antes de dormir, atendiendo a un deseo que no verbalizaba, dedicábamos un rato a recordar a su familia, a mirar las fotos y a hablar un poquito de ellos.

Nos habían contado que muchos de los niños saharauís, acostumbraban a llamar también mamá a la de España, pero le dije con cariño y delicadeza que no debía hacerlo porque, aunque yo lo quería mucho, su madre era aquella mujer grande y guapa que se había quedado en los campamentos, y ella lo quería todavía más. Creo que él me lo agradeció. Nunca pude comunicarme de palabra con Khadiyatú, pero nuestras risas a uno y otro lado del hilo telefónico, eran suficiente mensaje: ella me

pedía que lo cuidara, y a la vez, entendía de mi parte, que así sería. No necesitábamos más.

Las llamadas no eran frecuentes, dada la dificultad añadida con la que se encontraban para desplazarse andando por el desierto y encontrar, a veinte kilómetros de su Wilaya, un lugar con locutorio.

El primer verano transcurrió entre parques, playas, columpios, convivencias, y un viaje al pueblo para presentarlo a todos. Y todos aprendieron a quererlo.

Pero había algo que no podíamos pasar por alto: su origen, su familia de allí, sus costumbres, su propia vida. Indagamos, preguntamos, removimos cielo y tierra para intentar saber algo más de él. Tras una intensa búsqueda, pudimos tener conocimiento de que su padre se encontraba en España trabajando de forma ilegal para poder enviarles algo. Logramos contactarle y conseguimos el milagro de que pudiera venir para unos días. (Posteriormente, también se le ayudó a regularizar su situación).

Cuando descendió del tren, yo llevaba a su hijo cogido de la mano. Se soltó con rapidez y corrió hacia él abrazándose con fuerza a su pierna. Habían estado más de tres años sin verse, pero el niño no lo había olvidado.

Durante dos días estuvimos hablando y disfrutando de la alegría de sentirlos juntos. Y volvimos a saber la historia de los refugiados saharauis, esta vez a través de un protagonista de excepción. Conocimos la verdadera tragedia de ese pueblo, en boca de un padre de familia que se lanzó al mundo en busca de recursos, para que los suyos no murieran de hambre como les estaba sucediendo a otros muchos.



Tras este primero, llegaron otros tres veranos en los que pudimos disfrutar del pequeño, propiciando también nuevos encuentros. Él venía con otros nueve mil niños saharauis que, huyendo de los rigores del verano en el desierto, se repartían por toda España en una campaña llamada "Vacaciones en Paz". Tras pasar los meses de julio y agosto, volvían a los campamentos de refugiados, bajo la tierna y emocionada mirada de las familias españolas que los habíamos acogido...

... Dejé pues el libro que tenía entre las manos. Traté de decirme a mí misma que no era la última vez que Nafi vendría a pasar el verano con nosotros, pero no podía mentirme. Se estaba cumpliendo el tiempo. Él había agotado ya las cuatro veces que les estaban permitidas, y ahora tenían que dar paso a los siguientes. Volví a la habitación otra vez. Seguían igual, durmiendo como dos ángeles; uno de azúcar y otro de caramelo. Sólo pude besarlos, y después... llorar.

Hoy también estoy llorando. Ha pasado un año desde que Nafi se fue por última vez, y nos comunican desde allí que su madre ha muerto. Anemia. Imagino que es la anemia de una persona que deja de comer, para que coman sus hijos.

Pienso en todo lo que el padre nos contó sobre su pueblo, refugiado desde hace treinta años en un estéril e inhóspito desierto. Pienso en aquellas personas mayores que morirán con la pena de no haber podido regresar a su tierra; pienso en tantos niños sin futuro; en tantas madres que luchan solas para administrar los escasos ali-

mentos que les llegan, y pienso también en la injusticia del mundo.

Voy al armario de mi habitación; allí guardo limpias y dobladas las ropas que Nafi llevaba puestas la primera vez, y junto a ellas, el papel arrugado donde Khadiyatú nos decía que no sabía nadar, y que lo cuidáramos. No resultó difícil; amar a un niño siempre es fácil, y más cuando ya se ha tenido alguno propio. No importa si no ha estado nueve meses en tu vientre. No importa si viene de otro lugar, o tiene distinto color. Es un niño. Y Nafi, un niño muy especial, que acababa de quedar huérfano, y más desprotegido si cabe.

Por eso, he tomado el testigo. No hay un hilo telefónico que recoja su petición ni mi promesa, pero ninguna lo necesitamos ya. Ella, desde donde esté, sabe que no le fallaré.

Cojo la pluma y me siento a escribir una carta, para que se la entreguen a mi niño cuando alguna familia vaya en navidades a los campamentos.

“Querido Nafi: ahora, si quieres, ya puedes llamarme madre...”

---

Nota:

Esta historia está basada en un hecho real, que pretende reflejar –en una pequeña parte– el drama que están padeciendo las personas que viven en los campos de refugiados del Sahara, a través de las miradas de dos madres. “Un corazón en cada orilla”

